
Dulce Martínez
Un secreto para el sheriff
Rancho Woodhall

UN SECRETO PARA EL SHERIFF
RANCHO WOODHALL 2
dulce Martínez

Índice

Contenido

Índice
TEXTOS LEGALES
1 DARREL
2. DARRELL
3. KIERAN
4. DARRELL
5. KIERAN
6. DARRELL
7. DARRELL
8. DARRELL
9. KIERAN
10. DARRELL
11. KIERAN
12. DARRELL
13. DARRELL
14. DARRELL
15. KIERAN
16. KIERAN
17. DARRELL
18. KIERAN
19. DARRELL
20. KIERAN
21. DARRELL
22. DARRELL
23. DARRELL
24. KIERAN
25. KIERAN
26. DARRELL
27. KIERAN
28. EPÍLOGO. DARRELL.

AGRADECIMIENTOS

TEXTOS LEGALES

UN SECRETO PARA EL SHERIFF
Dulce Martínez
ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

1 DARRELL

—¿Otra cuando puedas?

Agité la copa casi vacía en dirección al camarero que me había servido antes sin conseguir más que una mueca cuando pasó frente a mí sin detenerse.

—Gracias, majo —mascullé poniendo los ojos en blanco.

Me acabé lo que me quedaba de un trago notando el ligero ardor del ron al bajar por la garganta. Odiaba estar allí, aunque tampoco tenía muchas más alternativas. El vuelo a San Antonio había sufrido otro retraso y aquel era el bar menos atiborrado que había encontrado. Al parecer, los camareros no necesitaban ser demasiado amables cuando trabajaban en el aeropuerto con más tráfico aéreo del mundo porque sobraban los clientes.

Y yo necesitaba una copa.

Odiaba volar, lo evitaba siempre que podía, pero esta vez no había podido convencer a mi «supervisor» de ir en coche, así que tomarme una piña colada antes de subir al avión me había parecido una buena idea.

El problema era que el vuelo se había vuelto a retrasar y yo estaba más nerviosa y menos achispada de lo que me gustaría.

Necesitaba distraerme urgentemente. Hasta me habría puesto con el expediente del caso, pero lo había facturado con el resto del equipaje. Así que saqué el iPhone del bolsillo y tras deslizar la pantalla varias veces me detuve sobre el icono de la aplicación de ligar.

Tampoco era que fuese mucho conmigo, pero una de la peluquería había insistido al enterarse de la ruptura con Isaac y la descargué solo para que se callase y me dejase en paz. Y aunque fuese una tontería no la había borrado. Pero no porque estuviese interesada en conocer a nadie.

La usaba como recordatorio de lo idiotas y salidos que podían llegar a ser los tíos.

Y para eso bastaba con chatear durante un par de minutos con algún desconocido.

El bar estaba más lleno de lo que me gustaría. Por lo general no tenía problemas en relacionarme con la gente en el ámbito laboral, pero cada vez que pensaba en tener que subir al avión notaba que me faltaba el aire. Y con ese último grupo de jóvenes que se había acercado a pedir a la barra ya no quedaba ningún hueco a mi alrededor.

—¿Te puedo invitar a algo?

Levanté la vista justo cuando el camarero se acercaba con mi copa.

—Parece que se te han adelantado, pero gracias.

No le di tiempo a añadir nada más. Bajé la vista hacia la pantalla para zanjar cualquier conversación y el desconocido se volvió hacia su grupo. Si había abierto la aplicación en vez de acercarme a alguien sentado en la fila de taburetes en el rato que llevaba allí era por algo. Agité la copa haciendo que chocasen los hielitos y tras descartar tres perfiles seguidos me quedé con el dedo congelado en alto cuando apareció la siguiente. Un hombre de mi edad o un par de años más, sobre los treinta. Tez morena, cabello negro y unos ojos oscuros y penetrantes. Fuerte. Atractivo. Misterioso.

Estaba segura que se las llevaba de calle sin necesidad de decir una palabra.

Con solo echar un vistazo al perfil lo tuve claro. Me bajé la mitad del cóctel y deslicé a la derecha. Apenas dos segundos después me llegó la notificación.

Match.

Sonreí apartándome un mechón rubio del rostro y toqué en su foto de perfil mientras esperaba a que me hablara mientras cotilleaba, pero no tenía más fotos. Ya teníamos algo en común, porque yo tampoco. Y en la que tenía en el perfil ni siquiera se me veía la cara entera.

Repiqué con los dedos sobre la barra esperando, pero seguía sin escribir nada. No era lo habitual.

Yo: ¿Hola?

Me esperaba cualquier tipo de respuesta. Cualquier cosa. Sobre todo uno de esos mensajes manidos y vacíos y que por la cantidad de veces que los recibía debían estar muy de moda en las aplicaciones de ligar, aunque me negaba a creer que pudieran servir para conocer a nadie. Y menos para conseguir una cita. En los últimos tres meses más de diez personas habían intentado romper el hielo preguntándome qué superpoder elegiría y todos habían recibido la misma respuesta, pero ninguna cita.

Nerviosa al recordar el vuelo metí un trago largo y luego otro más al comprobar en la pantalla que el retraso había aumentado un poco más. Tres horas ya en total.

A este paso me iba a quedar a vivir en el maldito aeropuerto.

KieG: ¿Impaciente?

«¿Impaciente de qué?»

Había encontrado a un imbécil a la primera. Seguro que estaba a punto de mandarme una babosada o de pedirme el número así que agarré el teléfono con las dos manos para dejar los pulgares libres.

KieG: ¿Eres de verdad o vas a intentar saquearme la cuenta del banco?

Me cubrí la boca con la mano para evitar escupir la bebida. No sabía lo que le pasaba a este tipo, pero estaba claro que no era el típico ligón de la app.

Y me había despertado la curiosidad.

Yo: Eso depende… ¿cuánto tienes?

KieG: Lo justo para pagar una cerveza.

Yo: Entonces empezaré a saquearte por ahí.

KieG: Aviso: cobro intereses.

Era seco, pero me gustaba el juego. Sonreí a punto de enviar un emoticono, pero no me dio tiempo.

—No hace falta que pierdas el tiempo ligando por una app. Me tienes a mí aquí.

—Ya. Por eso lo hago, cielo.

Enarqué las cejas, pero el tipo no se iba así que lo ignoré y volví la vista a la pantalla mientras daba un traguito.

Yo: Perdona, un pesado intentando ligarme en el bar.

Añadí un emoticono con los ojos en blanco a la vez que pegaba otro lingotazo.

KieG: Si de verdad eres como en la foto, no me extraña.

KieG: Debes tener a medio Atlanta detrás.

Yo: Claro, pero por poco tiempo.

Me tapé la boca para disimular la risa al ver un simple interrogante como respuesta. Al parecer, no era la única a la que se le había despertado el interés. Levanté la mano con intención de pedir otra copa, pero la bajé casi de inmediato. Los cócteles estaban dulces y no muy fuertes, pero yo tampoco acostumbraba a beber y seguramente ya iba más *distraída* de lo que creía porque no había más explicación para que me encontrase tan cómoda conversando con mi *match*.

Yo: Me voy del estado unos días. Por trabajo.

Omití añadir que era un trabajo que no me apetecía demasiado.

KieG: Una pena. Justo iba a invitarte a esa cerveza que me querías sacar.

Yo: Tienes poco margen. Hasta que salga el avión. Si no se vuelve a demorar...

KieG: ¿En qué bar?

Tuve que hacer un esfuerzo por no atragantarme con la piña colada. Releí el mensaje un par de veces con el teléfono sobre la barra y el pulgar planeando sobre el teclado dudando entre responder o bloquear la pantalla. Solo era una pregunta, y ni siquiera una peligrosa. Tampoco una invitación directa a nada. ¿Qué iba a ser? Ese tipo sexy estaría en la otra punta de la ciudad chateando conmigo a la vez que con otras tantas chicas de la aplicación tumbado en su sofá.

Yo: En el Quikshots.

Esperé unos segundos más, pero nada. Al parecer, mi desconocido se había cansado de nuestra conversación.

Exhalé el aire sintiéndome un poco ridícula. Había pensado en ignorarlo y no contestarle y ahora me molestaba que fuese él quien lo hiciese. Guardé el teléfono en el bolso que tenía en precario equilibrio sobre mis rodillas y paseé la vista alrededor fijándome en la gente que entraba y salía del local: turistas con camisetas y gorros ridículos, un equipo deportivo juvenil que no paraba de cantar, azafatas de vuelo con cara de agotamiento en una de las mesas del fondo y varias familias con aspecto de regresar a casa.

Y yo, que estaba cansada de esperar por el maldito vuelo a Texas y sus casi tres horas de retraso.

El camarero se acercó para llevarse la copa vacía. Y yo saqué el teléfono del bolso de nuevo contándome a mí misma que era para ver si había recibido el resto de la documentación pendiente que Kaito prometió hacerme llegar antes de despegar. Pero no. *Nada*. Ni emails ni notificaciones de chat pendientes de leer en los casi diez minutos que habían pasado. Bufé encogiéndome de hombros y volví a guardarlo. A ese buenorro le había salido un plan mejor. Uno que no incluía chatear con una mujer atrapada en un aeropuerto. Eso sin duda.

Me di media vuelta, eché un vistazo rápido a la pantalla de la televisión más cercana en la que salían las noticias y rebusqué en el bolso hasta dar con la cartera. Pediría algo de comer con lo que bajar la decepción, después caminaría un rato por la terminal y ya me pillaría unos Marie Brizard una vez sentada en el avión que pensaba cargarle después a la compañía. Sin embargo, antes de sacar la cartera una voz grave y masculina me obligó a girarme.

—Hola. ¿Puedo sentarme?

Era él. El tal KieG, con el que había estado chateando, aunque la foto no le hacía justicia.

Sin esperar respuesta se sentó en el taburete contiguo al mío y una esencia a cuero, cítrico y especias borró de una vaharada todos los demás olores. Apoyó los codos sobre la barra sin sacarme la vista de encima y la camiseta de algodón gris se ciñó a su torso corpulento y bien definido resaltando los hombros y los brazos marcados. No era muy alto, pero con mi escaso metro y medio debía llevarme casi treinta centímetros. Su cabello negro y brillante lucía

como si se lo acabase de peinar hacia atrás con los dedos y no hubiese logrado domar algunos de los mechones dándole un aspecto fiero y sexy. Llevaba las mangas remangadas hasta debajo del codo y los antebrazos bronceados estaban cubiertos de un ligero vello negro con una vena oscura y marcada recorriendo junto al músculo el interior del brazo. Los muslos anchos y fuertes quedaban ceñidos en los vaqueros negros hasta las botas texanas que asomaban al final.

Solté el aire despacio por la nariz y maldije al camarero que se había llevado mi copa. Hubiese estado bien poder beber algo, aunque fuese un poco del hielo derretido para apartar la vista con una excusa y aplacarme un poco. Quizá no fuese el más guapo del mundo, pero esa seguridad apabullante de saber exactamente dónde estaba y lo que hacía me resultaba tremendamente atractiva. Demasiado. Y aunque nunca me había sentido particularmente atraída por la estética cowboy, estaba dispuesta a cambiar de idea si había más como él en las localidades que tendría que visitar en los próximos días. Bajé la vista hasta el bolso, solté la cartera y otra vez, como atraída por esos ojos oscuros, lo miré de nuevo sin cortarme.

Y él me estaba esperando.

Su mirada era intensa y cargada de intención. Podía sentirla recorriéndome entera, escrutándome con descaro. Sus ojos bajaron desde el pelo rubio claro que escapaba del recogido que me había hecho en la nuca con una pinza, la camiseta blanca con escote de pico hasta los vaqueros desgastados y flojos que empezaban en las caderas. No era el mejor aspecto que podía ofrecer; me gustaba dar una imagen cuidada, profesional, pero cuando mi supervisor me soltó que me dejase de tonterías porque ya habían efectuado la reserva del vuelo en mi nombre para esta tarde lo último que se me pasó por la cabeza fue retocarme el maquillaje o vestirme de otra manera que no fuese ir cómoda. En cambio, el modo en que se curvó su boca me hizo sentir apreciada, deseada y encendió a su vez algo líquido en mis entrañas.

—¿Hola? —farfullé en bajo—. Estás… aquí. —«Menuda elocuencia, chica».

Sus ojos brillaron divertidos y levantó los dedos en una señal al camarero.

—Eso parece.

—Creí que estabas… no sé. En la otra punta de la ciudad.

Sabía que ese tipo de aplicaciones funcionaban por la distancia y que no podría estar demasiado lejos del aeropuerto si no estaba en su interior, pero me había tomado un instante de más asimilar que el buenorro del chat estaba allí. Frente a mí.

—Y yo creía que tu foto no era real.

«Ni yo la tuya». Sonreí arqueando una ceja. Al parecer, estábamos de suerte.

—Entonces deberíamos brindar por equivocarnos —dije extendiendo mi mano en el espacio que nos separaba—. Soy Darrell.

—Kieran.

Su palma era cálida, áspera y en cuanto rozó la mía un estremecimiento me recorrió entera erizándome la espalda.

Joder. No había sentido una conexión así desde… ni lo sabía. Por un instante el zumbido incesante del bar había desaparecido, como si no hubiera nada más. Me costaba recordar cuándo me había sentido tan atraída por un hombre. Años, probablemente. Y aun así no había sentido ese crepitar que ahora zumbaba entre Kieran y yo.

—¿Eres de aquí? —preguntó.

El mismo camarero de antes dejó una cerveza helada ante él junto con el TPV y esperó a que pagara. Kieran dio un único sorbo a la bebida haciendo que la nuez subiera de manera marcada antes de pasar la tarjeta por el terminal. Y otra vez a ese juego de miradas.

—Vivo en Sandy Springs, al norte de la ciudad. ¿Y tú? —Negó con la cabeza y recogió el ticket—¿Me pones otra piña colada? —pedí con un gesto al camarero antes de que se fuera.

Ya no era solo por la inminencia del vuelo; necesitaba algo fresco que llevarme a la boca. Sus cejas se contrajeron con un movimiento casi imperceptible que no pude descifrar y desplegué mi mejor sonrisa.

—No bebo por beber. Es que me da mido volar.

—¿Y por qué lo haces?

Resoplé.

—Como si hubiera tenido otra opción. Siempre voy en coche a todos lados, pero esta vez el cliente se empeñó con que era más rápido y mi supervisor le dio la razón. —Señalé con la vista hacia la pantalla donde más de la mitad de los vuelos aparecían como demorados—. No contaban con la huelga de controladores aéreos.

Él sonrió y apoyó el borde del vaso contra su labio carnoso para dar otro trago.

No tenía que haber pedido otra copa porque estaba perdiendo la cabeza. Tenía que ser eso porque era incapaz de sacarle la vista de encima sin ningún tipo de vergüenza. La mandíbula marcada, la nariz ligeramente aguileña y sus cejas oscuras y marcadas que le daban más fuerza a sus rasgos. No, Kieran no tenía un atractivo común, pero era imposible de ignorar.

Arrastró el taburete lo suficiente para pegarse a mí un poco más y el calor líquido se acumuló en mi vientre. Estaba demasiado cerca cuando el camarero se acercó a dejar mi copa.

—¿Y tú?

—No tengo jefe ni miedo a volar. —Kieran rio—. Pero tampoco contaba con la huelga.

Cogió la bebida y lo imité asintiendo mientras un millar de preguntas me rondaban la cabeza, pero las descarté y mantuve la boca cerrada. Quizá fuera curiosa por deformación profesional, pero sabía que la mayoría resultarían demasiado personales para alguien a quien no conocía. De hecho, Isaac siempre me sermoneaba con que cada vez que me presentaba a alguien parecía que lo sometía a un interrogatorio. Claro que él no era un referente de nada, salvo en quejarse de mi trabajo, de nuestra relación y de la vida en general.

Y si yo hubiese hecho muchas más preguntas quizá no hubiese tardado tanto en darme cuenta de que me engañaba, así que sus quejas u opiniones sobre mí ya no tenían que tener espacio en mi cabeza ni en mi vida.

Aunque cerré la boca igual.

—¿Vas mucho a San Antonio por trabajo?

—Ojalá —mascullé poniendo los ojos en blanco—. Tengo que ir a un sitio que ni sale en el mapa. ¿Conoces Texas? —asintió girando la bebida entre los dedos—. ¿Te suena Banquete?

—¿Banquete? —repitió con cara de incredulidad y en cuanto negó los dos soltamos una carcajada sin querer.

A partir de ahí todo fue rápido y sencillo. Las bromas sobre los lugares con los nombres más estrambóticos que había visitado por trabajo se mezclaron con risas fáciles y silencios cargados de tensión en calma. Después de la primera media hora me sentí tan cómoda que dejé de beber al terminarme la ronda y él también, pero ninguno de los dos hizo gesto de salir del bar. Para cuando hora y media después una voz sonó por los altavoces anunciando que se reiniciaban varios de los vuelos programados estaba deseando que nos quedásemos allí lo máximo posible. Kieran levantó la vista hacia la pantalla arrugando el entrecejo.

—¿Tu vuelo sale ya?

—En una hora.

—Ha estado bien, ¿verdad?

Asintió con los labios tensos recorriéndome despacio con la vista dejando un hormigueo en cada sitio en que se detenía. Le sonreí algo nerviosa sin saber qué decir. Llevaba casi dos horas ligando con ese hombre sin moverme del sitio y me lo había pasado genial. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien y había sido cómodo; demasiado cómodo para dos desconocidos. Se levantó de la banqueta y lo imité moviéndome despacio porque en realidad no tenía ganas de moverme a ninguna parte. Solo de seguir allí y alargar este momento que habíamos tenido.

Kieran se detuvo casi a la vez y me pregunté si había pensado algo parecido.

Se aproximó hasta casi quedar pegado a mi costado y se me congeló el aliento por la anticipación al ver su rostro acercarse cada vez más al mío. Y me sorprendí a mí misma al darme cuenta de las ganas que tenía y la decepción que sentí cuando sus labios no pasaron de la comisura de mi boca.

—Ha estado más que bien, Darrell.

Su voz sonó grave, y al sentir el aliento en la mejilla volvió a recorrerme ese cosquilleo de arriba abajo. Abrí la boca para soltar una broma que aliviase esta tensión, pero él habló primero con esos ojos tan oscuros que eran casi negros fijados en mí:

—Y podría terminar mejor —bajó el tono asegurándose de que nadie más lo oyera—. Te espero en el baño.

Se me desbocó el corazón incluso antes de que se alejase para salir al pasillo.

Yo no tenía rollos de una noche ni cuando era adolescente. En los últimos meses había estado ocupada trabajando y recomponiéndome. Y antes de eso, equivocándome muchísimo al esforzarme en una relación larga con el hombre incorrecto solo para darme cuenta de que había fracasado. Pero Kieran no era nada de eso. Ni siquiera tenía que ver conmigo más allá de esas horas. Era solo una casualidad, una distracción necesaria del que pronto no quedarían más que recuerdos borrosos que podría repasar durante el despegue o el aterrizaje o en las noches más largas de mi próximo peregrinaje por el medio oeste americano antes de poder regresar a mi nuevo piso en la ciudad.

Y si algo me había enseñado mi trabajo como especialista en recuperación de activos era a escuchar mi cuerpo. A seguir los pálpitos. En las ocasiones en que no había una sola solución correcta y no sabía qué hacer, ser cerebral sobraba. La única manera de llegar al objetivo era siguiendo las corazonadas.

Y en este momento todo mi ser hablaba alto y claro y estaba clamando por Kieran.

Mi cuerpo había respondido antes de mi cabeza y ni siquiera tenía la excusa del alcohol, porque la mayor parte de sus efectos se habían evaporado y solo quedábamos yo y esa sensación líquida y ardiente que ese hombre había encendido en mi vientre desde la primera frase.

La decisión estaba tomada. De forma que me colgué el bolso al hombro y salí del local tras él avanzando por el pasillo hasta los baños donde lo había visto entrar. Era una locura, pero ¿y qué? Llevaba toda mi vida privada comportándome como debía y tampoco había conseguido lo que esperaba. Igual era un error, pero más cometían cientos de personas cada día en Las Vegas. Tantos que hasta habían popularizado lo de «Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas». Pues ya era hora que los de Atlanta hiciésemos nuestra propia versión del dicho. Así que caminé más

aprisa hasta llegar a la puerta de color blanco de la puerta del baño de los hombres y la empujé con decisión.

Lo que pasase en el aeropuerto Hartsfield-Jackson tampoco saldría de allí.

2. DARRELL

No necesitaba leer el email para saber lo que ponía, pero lo abrí igual. Total, llevaba casi veinte minutos allí de pie, escuchando a una señora quejarse sin sentido por unas luces en una granja que no era ni suya.

«No estás de turismo, Pereira. Necesito que me mandes algo antes del viernes. El cliente está perdiendo la paciencia»

Apreté las mandíbulas y los párpados con fuerza y hundí el iPhone en el bolsillo trasero de mis vaqueros ajustados como si así pudiera hacer desaparecer el problema. No necesitaba que el supervisor me respirase en la nuca cada día para saber de mis progresos. Sobre todo, porque no los había. Y de eso éramos conscientes todos los implicados. Eché un vistazo rápido a mi reflejo en el cristal que separaba la zona de atención al público del interior de la Oficina de Sheriff de Strokeville para recolocarme el cabello y aprovechar para ver lo que había al otro lado.

—No hemos recibido ninguna denuncia de las granjas de esa zona, señora Grass —repitió con evidente aburrimiento—. No ha sucedido nada de interés en toda la semana.

—Sé lo que te digo, Louie —respondió ella cruzándose de brazos—. Rebecca Staton se lo escuchó muy clarito al mayor de los Miller en la puerta del veterinario. No se lo decía a ella, pero la escuchó igual.

El ayudante del sheriff se volvió hacia atrás, intercambió un par de gestos mudos con su compañero sentado en una mesa cercana e inspiró hondo antes de volver a hablar:

—De acuerdo, pase y Funke tomará nota para que lo revise el sheriff.

Funke era el que me había atendido el día anterior y no había servido para nada. Un tipo alto y corpulento, unos diez o quince años mayor que yo, de cabello castaño, barbilla puntiaguda, nariz

larga y que seguía dedicándome esa mirada de no fiarse de mí mientras le señalaba la silla a la mujer.

Todo lo contrario que el que ahora me esperaba al otro lado del mostrador. Louie Cruz era moreno, enjuto, con el pelo rizado engominado y las mangas del uniforme remangadas hasta los codos. Y en cuanto se fijó en mí la mirada aburrida cambió al instante y me dedicó una sonrisa de esas que estaba convencida que se le activaban solas al tener a una mujer delante. Un ligón de manual, vaya.

Y eso siempre podía resultar de utilidad.

O eso esperaba, porque desde que había descendido del avión estaba atascada.

Parecía una de esas personas que van tachando los estados de Estados Unidos según los visitan, pero en versión cutre y pueblerina. Por ahora ya había tachado cinco y esperaba que Strokeville fuese el definitivo porque estaba cansada de hacer kilómetros y kilómetros en el coche, dormir en hostales de dudosa calidad y echar de menos el *caramel macchiato* del Starbucks de mi calle.

Aunque, al menos, en aquel lugar había encontrado un hotelito antiguo, con encanto y libre de insectos, que parecía sacado de una película de los años setenta.

El agente movió los dedos para que me acercase sin abandonar la sonrisa pícara y avancé hasta el mostrador.

—Buenos días ayudante Cruz —dije leyendo su nombre en la placa. Sonreí y extendí la mano—. Soy Darrell Pereira.

—Nos alegramos de tenerla en Strokeville, Darrell. ¿En qué la puedo ayudar?

Tiré con discreción para soltarle la mano y evitar confusiones, sosteniéndole la mirada. No me había equivocado para nada: un ligón del tres al cuarto.

—Necesito hablar con el sheriff.

—No está, pero quizá yo la pueda ayudar.

—Es que debería tratarlo con él. Si me dice cuándo estará para poder pasarme…

Louie se encogió de hombros negando con la cabeza y yo me las arreglé para conservar la sonrisa sin llegar a poner los ojos en blanco.

Dos días seguidos yendo hasta allí para reunirme con aquel hombre y en ambos me habían respondido lo mismo los dos ayudantes: ni estaba ni se lo esperaba. *Estupendo*. Dudaba mucho que aquel lugar tuviese un índice de criminalidad tan alto como para que el sheriff se pasase el día entero fuera del edificio. Otro vago más, como el que había tratado hacía dos días en el último condado en el que había estado. Solo que aquel, al menos, vagueaba en la oficina.

—Necesitaba preguntarle un par de cosas de un caso llevado aquí.

Por encima de su hombro vi a Funke levantarse para tomar unos papeles de la impresora y dejarlos ante la mujer echándonos largos vistazos.

—¿Cuál?

Ah. *Mierda*.

No tenía ni idea.

Eso debería aparecer en mis archivos, pero no lo sabía. Y eso que había tenido tiempo más que de sobra para aprendérmelos en los ratos muertos. La copia que me habían facilitado esta vez estaba llena de tachones y era muy incompleta. No era lo habitual, pero pasaba más veces de lo que me gustaría. Del expediente original de Strokeville, por ejemplo, no tenía nada más que el extracto del interrogatorio que habían pasado a la oficina de Los Rosales, en Nuevo México. No eran más que un par de folios donde aparecían un par de frases sueltas.

Y necesitaba más.

—Es por el expediente… Por la detención de Walter Green.

—El sheriff Gómez no está —intervino Funke con la frente fruncida a dos pasos de su compañero—, y no tenemos por costumbre dejar que cualquier curioso meta las narices en nuestros informes.

Estaba claro que el mayor era el que tenía más rango entre los dos.

—Me alegro de que sean tan diligentes, agente. Yo también estoy trabajando. —Lo solté de carrerilla, como siempre. Lo tenía tan ensayado que hasta parecía que me lo creía—. Soy de la aseguradora y necesito revisar algunos datos del expediente que están incompletos y…

—No podemos darle acceso a nada —me interrumpió, cruzándose de brazos con brusquedad—. Eso es algo que tiene que aprobar el sheriff personalmente. Y no está.

Se quedó callado, con los hombros cuadrados y una mirada que dejaba a las claras que estaba deseando que me largara de su terreno. A este no me lo ganaría tan fácilmente así que insistir no serviría de nada. Genial. La cosa estaba yendo *genial*. Debería incluir la amabilidad sureña entre los motivos por los que no avanzaba en el caso en el próximo email de control que le enviase a Kaito.

—O podría hablar con Greg Jameson directamente —intervino Cruz, ganándose una mirada reprobadora de su compañero que ignoró—. Después de todo, Walter Green trabajó para él en el rancho. Si tiene los datos, estará encantado de dártelos si a cambio le saca algo al seguro.

Me repetí ese nombre mentalmente varias veces para que no se me olvidase.

A Walter Green lo habían detenido hacía casi tres meses en Strokeville y el sheriff se lo había comunicado a su homólogo de Los Rosales porque podía estar implicado en varios robos de caballos pendientes de resolver en Nuevo México y en otros estados intermedios. Por lo que sabía, se sospechaba que esos robos no eran casos aislados, si no que habían sido cometidos por una cuadrilla de cuatreros bien organizada y de la que Green podía haber formado parte. Al menos según nuestro contacto en la oficina de Los Rosales; el que que nos había pasado parte del expediente. Y en ninguno de los malditos papeles que había releído mil veces se mencionaba que hubiese vivido o trabajado en un rancho de la zona.

Aunque probablemente no fuese nada relevante, porque a *alguien* se le tenía que haber ocurrido investigarlo antes.

Pero tampoco tenía nada mejor de lo que tirar.

—El jefe tiene razón, Louie. Hay que aprender a cerrar la bocaza—gruñó Funke hundiéndole el codo en un costado. Iba a decir algo más cuando se escuchó el chirrido de una silla al arrastrarse.

—Alan, muchacho, ¿puedes venir a atenderme? Esto está todo mal —exclamó la mujer agitando uno de los papeles en nuestra dirección. El alto frunció la boca y se giró hacia su compañero y los dos intercambiaron una mirada tensa antes de que regresara a su escritorio.

Sintiendo la mirada del otro ayudante en mí imposté una sonrisa para despedirme, pero Cruz extendió la mano y se adelantó susurrando:

—Pásate sobre las once, que es cuando Funke sale a tomar el café. Intentaré sacarte una copia del expediente.

—Trato hecho — susurré guiñándole un ojo.

Salí a la calle todavía sonriendo.

Saqué el teléfono para buscar el nombre que Louie había mencionado y encontré la ubicación del rancho con facilidad. Sí, mi suerte había cambiado, y con un poco de suerte antes de terminar la semana estaría de vuelta en Atlanta.

Levanté la mano para pedir otro café y seguí repasando la copia digital del expediente. Llevaba tantos días haciéndolo que me lo sabía casi de memoria, pero nunca estaba de más echar otro vistazo. Por si acaso. Así que bajé hasta llegar a la parte de Strokeville y maldije en voz baja al ver que no me había equivocado: allí no había más que las cuatro hojas con el extracto del interrogatorio de Green, apenas unas cuantas frases sueltas. Es más, el extracto ni siquiera estaba entero.

Por un momento pensé en subir a mi habitación a por la copia física, pero en cuanto el camarero dejó la bandejita con la taza y el trozo de bizcocho cambié de idea.

Ya bastante deprimente había sido tener que aguantar a Greg Jameson, el ranchero para el que había trabajado Walter Green, como para encerrarme en mi habitación. Así que me había limitado a subir a por el portátil e instalarme en la cafetería.

Me hospedaba en la habitación 209 del Hickory Hotel, que solo por lo luminosa y limpia que estaba ganaba por goleada al resto de las habitaciones donde había dormido la semana pasada. Estaba pintada de un color crema aburridísimo y con unos muebles sacados de la serie de *Bonanza* que me hacían extrañar más mi confortable piso nuevo.

Además, la cafetería estaba tan vacía que era casi como tenerla entera para mí porque solo había otra mesa más ocupada y ni siquiera estaba cerca. Si esa era la afluencia normal de clientes de aquel lugar, me sorprendía mucho que todavía no hubiese cerrado, porque tampoco me había cruzado con más inquilinos.

Removí el azucarillo en el café y tras leer esas páginas puse «Strokeville» en el buscador solo para confirmar que quien fuera que hubiese llevado antes aquel expediente había hecho una auténtica chapuza y que ahora me tocaba comerme a mí.

«En Strokeville, a las 18:39 horas del día 9 de…», esa era la única referencia que aparecía en la pantalla.

Seguro que el anterior investigador ni se había molestado en llamar a la oficina del sheriff para contrastar datos. O para pedir la transcripción completa. *Típico*. Bufé para mis adentros recordando por qué odiaba llevar asuntos que ya habían pasado por varias manos, pero esta vez no había podido evitarlo. Le debía una a Kaito, mi supervisor, y no había dudado en usarla para forzarme a aceptar el caso.

Además, cuando lo resolviera me llevaría un buen pellizco con el que podría pagarme unas vacaciones de lujo en las Barbados, unas botas de Marni espectaculares y todavía sobraría para cubrir las cuotas de la hipoteca hasta final de año.

En fin, que no estaría tan mal.

Abrí el correo electrónico, entré en el mensaje de mi supervisor y le di a responder.

«He encontrado algo que no está en esa birria de expediente que me facilitaste. Green trabajó para un tipo aquí. No habla claro, pero ha insinuado que sabe algo. Y que lo diría por el precio adecuado»

Me guardé las ganas de añadir que me dejase de presionar para resolverlo porque los dos sabíamos que lo haría igual y pulsé enviar sin añadir nada más. A Kaito no le interesaban los detalles, solo la efectividad. Así que pasé de comentarle que Jameson, un ranchero de unos cincuenta años, complexión fuerte y aires de fanfarrón, estaba informado de mi visita a pesar de que había ido directamente al salir de la comisaría; o que me había parecido un cantamañanas no muy de fiar al que había tenido que pararle los pies en un par de ocasiones. Igual que omití la suerte que había tenido esa mañana al caerle en gracia al ayudante del sheriff del mostrador.

Fue pensar en la conversación con Cruz y, casi por reflejo, comprobé la hora en la pantalla del móvil. Las diez y cuarenta y ocho minutos.

—Vamos, que no quiero llegar tarde.

Strokeville no era Atlanta, así que, aunque el hotel quedaba bastante apartado, podía llegar desde este extremo de la ciudad hasta la comisaría, que quedaba en el lado opuesto, en menos de diez minutos conduciendo.

Me incorporé de la silla metiendo el portátil en el bolso antes de dirigirme a la zona de aparcamiento. Al acercarme a la salida vi que la otra persona que estaba en la cafetería leía lo que parecía un periódico local en el que destacaba un titular quejándose de la inactividad del sheriff. Me deslicé tras el volante arrancando el motor del vehículo de alquiler y bajé los párpados unos instantes disfrutando del sol y la quietud de la mañana en Strokeville.

Detuve el coche a unos metros de la oficina del sheriff con intención de esperar unos minutos más.

«Ahí lo está».

Funke salió del edificio dos minutos antes de que dieran las once de la mañana y me alegré de que fuera un hombre de costumbres tan arraigadas. A continuación, salí del coche y caminé de nuevo a la entrada de la oficina del sheriff sintiendo una gran confianza en mí misma.

—Buenos días —saludé al entrar.

Louie estaba al otro lado de la cristalera. No en el mostrador como antes, sino sentado tras uno de los escritorios que había a un lado del pasillo y, al verme, se le disparó otra vez esa sonrisa seductora al tiempo que me llamaba con la mano para que entrase en la parte abierta de oficina.

Me apuré a hacerlo convencida de que iba a tener suerte.

Eso o había perdido todo mi instinto.

—¿Tienes algo para mí, Louie?

Su sonrisa se ensanchó justo antes de meter la mano en uno de los cajones y sacar una carpetilla marrón.

—Eso depende de lo que tengas para mí, princesa.

Apreté los dientes y seguí sonriendo. No pensaba dejar de hacerlo hasta que aquel expediente estuviese en mis manos por mucho que me molestase esa manera tan burda de ligar. Claro que no era nada objetiva. Desde que lo dejé con Isaac estaba inmersa en una fase de «odio a los hombres» que todavía no había desaparecido así que cada intento de ligoteo real o virtual solía resultarme molesto en el mejor de los casos, salvo aquella vez con el tipo del aeropuerto.

Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos porque todavía me ponía un poco nerviosa y excitada al pensarlo y me centré en el hombre que tenía delante. Me aparté el cabello rubio claro tras los hombros, dejé el bolso en el suelo y me senté frente a él intentando seguirle el juego sin darle demasiadas alas porque al fin y al cabo era una de las autoridades de Strokeville y podía necesitarlo más adelante.

—¡Louie! ¿Qué haces?

El grito seco y firme provino del final del pasillo y a mi interlocutor le cambió la cara en el acto.

—Mierda —masculló empujando la carpetilla en mi dirección —. Guarda *eso*. ¿Sí? —añadió en voz alta con un tono completamente diferente, mucho más profesional.

La sonrisilla resabiada de antes se le había caído por completo y parecía más preocupado porque la carpeta y yo desapareciésemos de delante que por conseguir mi número de teléfono.

«¿Así de fácil?»

No pensaba cuestionármelo. Agradecí mentalmente la intervención de quienquiera que hubiera proferido aquellos gritos y me apresuré a agarrar el bolso antes de que el ayudante cambiase de opinión y escondiese esa carpetilla entre las muchas que tenía sobre su mesa de trabajo. A simple vista, ya se veía que era mucho más completa que aquellas cuatro hojas que tenía en mi habitación del Hickory, aunque tampoco se tratase de un expediente demasiado abultado.

Coloqué el bolso en las rodillas y para cuando extendí el brazo Cruz ya estaba llevándose la carpeta hacia la pila de su izquierda. *Mierda*. Tenía la vista fijada en el hueco vacío del pasillo así que ni se dio cuenta de que varias hojas se habían salido y yo me apresuré a atraparlas y meterlas en el bolso entre el portátil y una libreta para evitar que me sucediera lo mismo. No podía perderlas. Aunque con mi suerte seguro que no contendrían nada relevante. Ahogué un gruñido y bajé el bolso de nuevo a mis pies.

Y al levantarme sentí una especie de pánico mental apoderarse de mi mente durante un micro segundo al verlo apoyado contra el marco de la puerta.

Se me formó un nudo en el estómago al ver su frente arrugarse un poco más en el momento en que sus ojos coincidieron con los míos y me reconoció.

No le había hecho mucha gracia verme allí sentada.

Kieran, el KierG de la aplicación de citas, el buenorro del aeropuerto, me estaba sosteniendo la mirada desde la otra punta de la estancia. Vestido con un uniforme de sheriff que le sentaba como un guante y al que solo le faltaba el sombrero. Y aunque no parecía alegrarse de verme, una sensación líquida y caliente se asentó en la parte baja de mi abdomen al instante.

Estaba igual de guapo que hacía casi dos semanas, aunque no sonriera.

—Buenos días. — Mi voz sonó mucho más serena de lo que estaba en realidad.

A cambio recibí algo parecido a un gruñido.

—¿Qué haces? ¿Te falta mucho? —se lo decía a él, pero sus ojos seguían puestos en mí.

—Es de la compañía de seguros, jefe —respondió ignorando la tensión entre los dos—. Viene por lo de Green, ¿se acuerda? El del robo de caballos de Los...

—No hubo ningún robo —lo interrumpió con brusquedad cuadrando los hombros.

—Bueno, eso no lo sabemos. Alan dice…

—Cierra la bocaza, Cruz. Y ven a mi despacho en cuanto termines aquí.

Golpeó con el índice el canto de madera y recordé al instante la sensación de ese dedo acariciando mi cuerpo. Se separó de la puerta haciendo un movimiento seco a modo de despedida con esa misma barbilla angulosa que yo había lamido unas noches atrás y se giró desapareciendo por el pasillo.

Kieran Gómez, la máxima autoridad de Strokeville que podía bloquear toda mi investigación era mi primer rollo de una noche con un desconocido.

Sí que había cambiado mi suerte, sí.

3. KIERAN

Me levanté con paso pesado para cerrar la puerta de mi despacho. Louie acababa de salir para atender a un vecino que acababa de llegar. Y aunque acostumbraba a dejar la puerta abierta para que mis ayudantes se limitasen a pasar dejando atrás tanto formalismo, en ese momento necesitaba aislarme un poco. Unos minutos nada más. Me dejé caer con desgana en el asiento y mis ojos tropezaron con el titular de nuevo.

«*Ataque a la granja de los Smith y el Sheriff Gómez no hace nada. ¿Tan seguro está de su reelección?*»

Sin poder contenerme puse los ojos en blanco y lo aventé de un manotazo asqueado.

A la granja de los Smith no le había pasado nada. Al menos, nada reseñable. Un conductor, posiblemente borracho, se había llevado por delante varios metros del vallado del fondo sur de su finca. Y a cambio, y como única pista, había dejado dos marcas de pintura plateada en una de las maderas antes de largarse. De hecho, ni sabíamos el día en que se había producido porque el mayor de los Smith me había asegurado que llevaban al menos una semana sin pasar por allí. Eso si no había sido uno de ellos y solo querían usar la denuncia para conseguir que el seguro pagase el desperfecto.

Pero al que había escrito esa noticia la verdad le daba igual.

No era una sorpresa, ya me había dirigido varios titulares antes y ninguno había sido especialmente amable. Pero ese era el primero en que mencionaba directamente mi reelección y eso me molestaba. Un sheriff no era un cargo fijo, sino que dependía de muchas cosas; entre otras, de lo que opinase el alcalde del condado y el nuestro se dejaba guiar por el sentir común de los vecinos para asegurarse su propia victoria también. Todavía quedaban más de seis meses para la reelección, pero que alguien intentase influenciar

en ella posicionando a los vecinos en mi contra desde el anonimato y de esa manera era rastrero.

Y por eso había salido de mi oficina con un cabreo de narices para pedirle a Louie que antes de terminar su turno se pasase por la granja de los Smith y se asegurase de dejarles muy claro que seguíamos con la investigación abierta de su caso. No quería que los de Strokeville empezasen a dudar de nuestra profesionalidad así que había optado por mostrarnos más activos de cara a nuestros vecinos. A veces no bastaba con hacer el trabajo, si no que tenía que parecerlo. Aunque eso nos hiciese perder tiempo y recursos.

Pero al verla allí, levantando la cabeza por detrás de la mesa de trabajo de Cruz me había despistado por completo.

«Darrell».

En el bar del aeropuerto dijo que se llamaba así y lo mismo me había confirmado mi ayudante unos minutos antes.

Darrell, la mujer atractiva de cabello color miel cortado por los hombros, enormes ojos azules y sonrisa fácil en un cuerpo pequeño, atlético, que apenas llegaba al metro y medio. La Darrell, que derrochaba energía, seguridad y desparpajo desde la primera frase en el chat. Darrell, la del miedo a volar y que vivía en un buen barrio del norte de Atlanta y parecía molesta por tener que viajar a un condado perdido de Texas (a más de trescientos kilómetros del mío) por motivos estrictamente laborales.

Yo también estaba allí por trabajo aquel día. Había malgastado dos de mis escasos días libres para asistir a un congreso policial en Georgia que no valió la pena. O eso había creído entonces.

Lo único bueno de aquel viaje fue ella.

Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas justo antes de colarse conmigo en aquel baño, como si fuera la primera vez que hacía algo así. Y yo me había sentido el tipo con más suerte de todo el estado por habérmela jugado al cruzar la terminal para buscarla y sentarme a su lado en aquel bar.

Pero ahora ya no era Darrell, sin más.

No era una desconocida. Ni mucho menos.

Era alguien que aparecía de repente en *mi* jurisdicción, en Strokeville.

Preguntando por Walter Green.

—*Joder*.

Mi mirada se perdió en la ventana del fondo por unos instantes. En el aparcamiento de tierra vacío salvo por dos de nuestros coches, en la hilera de fresnos que delimitaba la parcela y en las dos personas que vislumbraba más allá, en el cruce con la calle principal, mientras mi mente no me daba descanso.

Para cuando me di cuenta mi mano se había ido sola hasta el auricular, así que marqué.

Estaba seguro de que era bueno en mi trabajo. Y era así porque desde crío sabía priorizar, mantener la cabeza fría cuando los demás estaban a punto de perderla y conservar el foco en el lugar adecuado en cada momento. Sin atajos. Sin cabos sueltos. Y sin dejar a nadie atrás.

Tras cinco tonos la voz sonó firme al otro lado:

—Oficina del sheriff de Los Rosales, buenos días.

—Buenos días, al habla el sheriff Kieran Gómez, del condado de Strokeville, Texas.

—Diga, sheriff, ¿en qué podemos ayudarle?

—Llamaba por un caso en el que colaboramos hace un tiempo. El que terminó con la detención de Walter Green.

—Un momento, que le paso.

Asentí para mí mismo activando el altavoz dispuesto a esperar.

Darrell había venido preguntando a mi gente por Walter Green en concreto. No era un caso en sí mismo, más bien un fleco pendiente que seguía molestando a mi cerebro tantos meses después.

Todo había comenzado con una llamada de esa misma oficina hacía cuatro o igual ya seis meses. El compañero de Los Rosales me llamó para advertirme de que habían sufrido varios robos en Nuevo México en un corto margen de tiempo. El último, en su condado. Y sospechaban de habían sido obra de una cuadrilla de cuatreros bien

organizada que se movía entre estados y que podían dirigir su ruta hacia aquí, hasta Texas. Hablamos tres o cuatro veces, no muchas más.

Entre esas llamadas se cruzaron demasiadas cosas: el destrozo de la clínica veterinaria, la denuncia del robo de caballos de los Velasco y el testimonio de Gaby Winston asegurando haber visto algo extraño en el rancho de mis primos la noche que fue a tratar a su semental Red Smoke por un cólico.

Y de repente todo se precipitó.

La agresión a Gaby aceleró la investigación y se convirtió en mi prioridad.

Claro que ayudó mucho el hecho de que Walter Green, medio borracho, se jactase ante la esposa de Funke de ganarse muy bien la vida robando caballos mientras le servía unas copas en el pub en los límites entre Strokeville y Manson.

No tardé demasiado en darme cuenta de que los dos casos (la agresión a la veterinaria y el robo de los caballos) no estaban realmente conectados. No tenían nada que ver. Así que tuve que hacer lo que mejor se me daba. Decidir. Priorizar. En aquel momento no contábamos con todos nuestros efectivos; en realidad, a día de hoy todavía quedaba un puesto por cubrir. Había que hacerse cargo de la situación y lo hice sin vacilar. Y no porque la víctima fuera la novia de mi primo mayor, como llegaron a insinuar los de aquel panfleto local, sino porque no podía dejar pasar un ataque así de brutal a uno de mis conciudadanos a los que me había comprometido a proteger al aceptar el cargo. Y eso incluía a la veterinaria que llevaba casi cuatro años prestando sus servicios en Strokeville y que ya se había convertido en una de los nuestros.

Los Velasco habían recuperado uno de sus caballos y el resto podían esperar.

—¿Sigue ahí, sheriff?

—Sí.

—El que lleva ese caso, el de los ladrones de caballos, no está en este momento.

Maldije para mis adentros antes de pasarle mis datos y despedirme. Saqué la agenda de debajo del escritorio y me escribí

un recordatorio para el viernes para insistir si no me la devolvían. Yo mismo estaba tan hasta arriba de trabajo que a veces postergaba esas llamadas, y no me costaba imaginar que en este caso podría suceder lo mismo a la inversa, pero esta vez no lo dejaría pasar.

El caso estaba cerrado a todos los efectos.

Al menos, sobre el papel.

Mientras yo me ocupaba personalmente de lo de Gaby junto con otros del equipo con el que habíamos colaborado, fueron mis chicos los que se encargaron del resto. De llevar la gestión de la oficina hasta que aquello terminó. Y fueron ellos los que me informaron de que la denuncia de los Velasco no había sido más que un intento de estafar al seguro, lo cual no me había sorprendido demasiado porque estaban prácticamente arruinados desde hacía años.

Nadie había robado ningún caballo en nuestro condado.

Así que entregaron al detenido Green a las autoridades de Los Rosales por los robos que sí se habían cometido allí y después habían archivado ambos expedientes, que enseguida quedaron sepultados por nuevos casos. Pero a mí se me había quedado ahí. Quizá porque había sido demasiado fácil. O demasiado rápido. O porque no lo había supervisado yo directamente.

Y ahora aparecía Darrell aquí preguntando por ese mismo Walter Green por algo de unos seguros.

Y me parecía demasiada coincidencia.

Si hubiera sabido que menos de dos semanas después aparecería por mi jurisdicción preguntando por uno de mis casos jamás me hubiese acercado a ella. No me enrollaba con mujeres de Strokeville o que estuviesen implicadas en mis investigaciones de alguna manera. Claro que cuando la vi en la app y después en la barra del bar lo único que pude pensar fue: «Es impresionante. Nunca he visto una mujer igual». Me había deslumbrado con su ingenio, su sonrisa y su espontaneidad, además de su belleza. Y ella respondió igual, porque vi el deseo arder en su mirada. Lo vi tan claro que no pude resistirme a proponerle que me siguiera.

Y tuve el encuentro más apasionado que había vivido en años.

En toda mi vida, diría.

Apreté la mandíbula y me pasé la mano por la pernera del pantalón en un reflejo. Si cerraba los ojos todavía podía escuchar sus gemidos contra la puerta del baño y su cuerpo deshaciéndose contra el mío. Recordaba perfectamente su olor a vainilla y clavo y maldije en silencio.

No era el momento. Y no debía echarla de menos.

Pero esta misma noche había soñado de nuevo con ella retorciéndose contra mi pecho jadeando mi nombre y me había despertado en mitad de la madrugada sudoroso, empalmado y deseando tenerla entre mis brazos. Así que me había obligado a mí mismo a levantarme temprano y darme una buena ducha fría para que me templara el ánimo.

El teléfono sonó y eché la mano recomponiéndome como pude.

—¿Sí?

—Soy yo, Kieran —la voz tranquila y suave de mi madre al otro lado contrastaba con el calor que bullía en mi interior—. Me he cruzado con el señor Phelps y me ha dicho que ha vuelto a tener problemas con Aaron Jackson. Al parecer está bebiendo demasiado y no…

—Entiendo, mamá.

Resoplé para mis adentros porque no me apetecía nada tener que hacer esa visita, aunque no se la iba a dejar a mis segundos. Lo que mi madre no sabía cómo verbalizar era que Aaron Jackson se había emborrachado y había perdido el control. Otra vez. Hacía poco más de un año que había regresado a Strokeville y ese tipo de comportamientos eran constantes y cada vez más habituales. Se emborrachaba prácticamente diario, tenía problemas con el resto de los vecinos, lo habían echado de tres trabajos que supiera y debía dinero en el Dollar Matt Store, que debía ser el único que le seguía fiando.

La antigua granja de sus padres, en la que vivió hasta que se mudaron hacía diez años, se caía a pedazos y el señor Phelps estaba más que arrepentido de haberle alquilado el pequeño apartamento

de encima del Sally's Caffe, así que no necesitaba esforzarme mucho para saber cuáles habían sido esos *problemas* entre los dos.

No, no me apetecía tener que discutir con él antes de la cena. Antes prefería *divertirme* encargándome de las aburridas tareas administrativas que siempre acompañaban a mi cargo. Me incliné hacia atrás y deslicé la vista por la pared recorriendo la estantería abarrotada de carpetas, libros y placas conmemorativas de los últimos veinte años. Las fotografías con el alcalde de los sucesivos sheriffs que habían ocupado aquel mismo despacho antes que yo. El escritorio con la pila de casos pendientes de revisar, la fotografía familiar en el rancho Woodhall y la estúpida pelotita antiestrés que me había regalado Flores poco antes de pedirse la baja.

Agarré la pelotita y la apreté dos veces con ganas mientras mi madre seguía hablando de lo mismo. Era algo habitual que los avisos y las noticias del día a día fuesen grises, sucias y predecibles, pero me funcionaba repetirme que la rutina era mi mejor aliada; la que me mantenía en pie y tiraba del trabajo adelante. No tenía problemas para mantener el control. O evitar una distracción. Pero hasta en este momento tan inconveniente ella me asaltaba de nuevo y no podía desterrarla de mi mente. Sus piernas firmes, sus pechos pequeños, sus besos tiernos y el modo casi salvaje en que había reaccionado a cada roce, a cada embestida, a cada caricia. Joder… me había puesto duro de nuevo.

«No tienes tiempo para esto».

No lo tenía. Ni tiempo ni ganas. No mantenía relaciones con mujeres, solo rollos de una noche y con mujeres ajenas a mi jurisdicción. Y Strokeville no recibía demasiadas turistas, así que por eso me había instalado la maldita aplicación de citas por la que habíamos coincidido. Mi familia y mi trabajo tenían toda mi atención. Normalmente no llegaba a casa antes de cenar y después de calentar alguna sobra en el microondas me tiraba en el sofá a comerla y la mayoría de los días no llegaba ni a la cama porque estaba tan agotado que me quedaba allí dormido. Por eso estaba mejor soltero.

Estaba demasiado cansado como para mantener una relación, aunque mi madre y la tía Rita no perdiesen ocasión de insistir con

ello en las comidas de los domingos… Sobre todo, desde que Trevor se había echado novia. Pero yo ahora mismo no estaba para eso. No quería ningún tipo de compromiso; solo satisfacción y liberar el deseo. Y eso me lo daban esos encuentros esporádicos con desconocidas.

Solo que ella había dejado de ser una desconocida para presentarse en mi oficina.

Si no supiera que era imposible, pensaría que nuestro encuentro no fue al azar. Pero fui yo el que la fue a buscar corriendo por el aeropuerto. Y ahora ya daba igual. Esa noche había sido increíble y si hubiera podido hubiese hecho que los retrasos de los vuelos durasen otras cuatro horas más, pero había sido una noche, un encuentro y nada más. No tenía ninguna intención de repetir esa experiencia por muy tentadora que fuera. Además, no era de aquí. Hasta ella misma me lo había dicho en el bar: estaba deseando regresar a su apartamento en Sandy Springs, en Atlanta.

Dos golpes secos, firmes y muy reconocibles al otro lado de la puerta.

—Pasa. —Funke abrió y le hice un gesto con la mano para que se acercase—. Gracias por avisar, mamá. Me pasaré esta tarde a hablar con él.

—Y recuerda comprar vino para la comida del domingo.

—Lo haré. Hasta luego.

Colgué despacio y señalé con la barbilla la silla vacía frente a mí para que Alan la ocupase. Me acomodé reclinándome hacia delante dispuesto a prestarle toda mi atención. Alan Funke podía ser seco y soltar la lengua de más cuando le invitaban a un par de cervezas, pero seguía siendo el mejor de mis efectivos, así que clavé los codos en la mesa y lo animé a que empezara mientras inspiraba despacio vaciando mi cabeza.

Rutina.

Eso era lo que necesitaba para borrar a Darrell Pereira de mi mente.

4. DARRELL

Una de las pocas cosas que había hecho bien el investigador que se había encargado de este caso antes que yo fue ponerse en contacto con todas las comisarías de policía y oficinas del sheriff de Nuevo México, Texas y Oklahoma que pudo preguntando por los expedientes relacionados con robos de caballos. Otra cosa buena fue ganarse a los suficientes agentes como para hacerse con un número de expedientes nada desdeñable.

Lo malo fue que, después de ver todos los informes, extractos y expedientes que le habían pasado, se había dedicado a vaguear. Quizá se sintió tan sobrepasado como yo al tener que enfrentarse a tantos documentos. O quizá se centró en otro caso desentendiéndose de este. El problema era que yo me había encontrado con una cantidad abrumadora de información salida de la nada que tenía que gestionar con la mayor celeridad posible.

Me estiré sobre una silla de madera que por la pinta a antiguo pudo pertenecer a algún confederado que luchó en la Guerra de Secesión y apoyé las pantorrillas en los pies de la cama ignorando el horroroso y desfasado estampado de flores del edredón. También tuve que esforzarme por ignorar el recuerdo del rictus serio en la boca de Kieran al reconocerme horas atrás.

Por primera vez desde que Kaito, el supervisor con el que más colaboraba, me llamó para encasquetarme este encargo estaba casi segura de que iba en la dirección correcta. *Casi*. Casi era la palabra clave con la que tendría que conformarme por el momento. Tras un examen preliminar de la documentación y las escasas anotaciones del anterior investigador mi intuición me había traído hasta Texas: tenía motivos más que fundados para creer que no había llegado a salir del estado. A cambio, tenía que admitir que me había precipitado y había perdido un montón de tiempo deambulando de un condado a otro intentando dar con algo hasta que se me ocurrió

pasar una a una las fichas policiales por el programa de reconocimiento para compararlas con la imagen del vídeo.

Y así había dado con Green.

Coincidencia del 78-84%, había indicado el carísimo programa. Y aunque faltaba un poco para llegar al 100%, que era lo ideal (lo que en mi experiencia solo sucedía en las películas) a mí me bastaba: era infinitamente más de lo que había conseguido hasta aquel momento mostrando y contemplando fotos del fichero de detenidos en cada condado que había visitado.

Si las investigaciones se asemejaban en algo a un ovillo de lana con el que hubiese jugado un gato, por fin parecía que había encontrado uno de los cabos libres aquí, en Strokeville. Y si era capaz de desenredarlo correctamente me llevaría hasta el premio gordo. A Blue Comet. O lo que era lo mismo, a más de noventa mil dólares calentitos directos a mi bolsillo, gastos aparte. Una de las mayores primas que había visto hasta el momento y eso que llevaba años dedicándome a la recuperación de bienes de alto valor.

Pero para eso tenía que dar con el maldito caballo antes.

Y gracias a Louie Cruz estaba un pasito más cerca.

Me había costado todo el esfuerzo del mundo no ponerme a husmear en los papeles que había sisado nada más salir de la oficina del sheriff. *De la oficina de Kieran*. Y una de las pocas cosas que me detuvo fue que había aparcado demasiado cerca del edificio para estar tranquila. Para estar segura. La otra era el recuerdo de esos ojos negros y escrutadores de los que no lograba librarme cada vez que bajaba la guardia. Mi fortuna había cambiado un poco, pero tampoco quería tentarla. Y menos cuando por fin avanzaba en la dirección correcta.

Estiré los brazos y aplaudí por encima de mi cabeza antes de volver a agarrar los papeles que reposaban en mi regazo. Los mismos a los que no me pude resistir a echar un vistazo en el coche alquilado en cuanto llegué al hotel, incluso antes de quitar las llaves del contacto. Me sentí tan pletórica que no pude evitar hacer un baile ridículo con los brazos en medio del parking vacío del Hickory tras echar una hojeada rápida a los folios que le había afanado al ayudante del sheriff. *Al ayudante de KierG*. Sacudí la cabeza

negándome a pensar en él otra vez y busqué la referencia en el expediente informático para poder compararlos.

Lo que la carpetilla había soltado antes de que Louie la escondiese entre una pila de ellas había sido todo un premio. Quizá no el gordo (para eso tendría que haberme llevado el expediente entero), pero sí uno bastante bueno. *Clin, clin, clin*. Lo que había escondido en mi bolso era el interrogatorio de Walter Green casi completo.

Necesitaba comprobar una cosa: quería comparar las cuatro frases que tenía en el extracto digital del expediente en mi poder (las únicas que pude leer hasta ahora) con las que figuraban en estas hojas nuevas antes de dejarme llevar, emocionarme de más y acabar llevando un palo épico. Por si el ayudante ligón me había intentado dar gato por liebre. O por si el anterior investigador solo había pasado al archivo digital lo que le convenía. O por si… Levanté las hojas hasta dejarlas a la misma altura de mi pantalla y alterné la vista entre unas líneas y otras.

«Estoy solo, sheriff, y si no pregúntele a Jameson a ver qué le dice. Y uno solo no puede mover tantos caballos sin que alguien lo mire. ¿Me ha mirado alguien? Yo creo que no. Como mucho me habrán confundido con parte del paisaje».

«Hipotéticamente, si ya tenemos los caballos, ¿para qué nos vamos a quedar en el sitio en vez de largarnos al siguiente lugar? ¿Y para qué vamos a cometer más delitos? ¿Para que nos pillen?»

Hipotéticamente… El tipo tenía callo. Sabía exactamente qué decir sin admitir nada.

«No conozco a esa gente. Y aun así… tampoco tengo por qué saber de quién es cada caballo que pasa por mi mano. No eran míos, yo no tengo caballos. Anótelo, sheriff.»

«¿Volver a Los Rosales? No digo que haya estado, pero… Digamos que no solemos hacer *nuestras cosas* —el interrogado hizo comillas con los dedos— dos veces en el mismo sitio».

Pues sí, coincidían. Palabra por palabra. Al menos esa parte estaba correcta.

Sonreí y blandí el ordenador en el aire hasta que noté tensarse el cable del cargador y lo volví a colocar sobre la mesita

pegada a la ventana. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer, como leer un millón de veces el interrogatorio completo, hasta desgastarlo, para ver si así daba con algo. Con el hilo del que seguir tirando. La información estaba ahí, a unas líneas de mí y con un poco de suerte encontraría algo de chicha que me llevase a la siguiente pista.

Una hora después bufé arrastrando las palmas de las manos por el rostro. No tenía nada. Nada de nada. Torcí la boca en una mueca, bajé la tapa del ordenador con más fuerza de la necesaria y me incliné hacia atrás en la silla como si con eso valiese para coger distancia. Paseé la vista por los ligeros desconchones del techo pensando que eso de que no tenía nada en realidad no era cierto. Más bien al contrario: ahora tenía una amalgama de información dando vueltas por la cabeza y tenía que separar el trigo de la paja. O los caballos que no me interesaban del único que sí. Apreté los párpados, conté hasta tres y se me escapó una carcajada cargada de cinismo. Quizá no hubiese información digna de separar o que me acercase más a Blue Comet, pero me había sorprendido preguntándome a mí misma más de una vez si existiría una versión grabada del interrogatorio.

Solo con fines profesionales, desde luego, pero me moría por verlo.

Era Kieran quien había realizado el interrogatorio y resultaba que era un agente metódico, serio e inflexible. Poco dado a rendirse. Estaba más que acostumbrada a leer partes, atestados e informes de todo tipo y sin duda el sheriff de Strokeville era mucho más minucioso que la mayoría, lo cual no encajaba bien con el titular del periódico que había leído en la cafetería de abajo. Porque Kieran no había dado por concluido el interrogatorio hasta estar plenamente convencido de haber preguntado todo lo necesario y de que no iba a sacar nada más de Green, que estaba poco dispuesto a colaborar de verdad. En realidad, lo que había leído allí casaba muy bien con su personalidad. O al menos con la idea que me había formado de él hasta el momento. Me puse de pie al darme cuenta de que volvía a divagar buscando centrarme.

Porque hasta el momento lo único que había averiguado era que el tal Green negaba tener nada que ver con unos caballos desaparecidos en una pequeña granja local de la zona que no me parecía relevante en mi caso, aunque por si acaso la había buscado en el Google Maps. Era pequeña, a las afueras de Strokeville y me imaginaba que con caballos de escaso valor económico. Nada que ver con mi chico desaparecido. Green también negaba tener relación con los ataques que había sufrido el veterinario local en esa época. Si en las preguntas sobre su presunto robo a la granja parecía estar de pitorreo, en esto se mostraba mucho más tajante, más serio, como si se esforzase porque lo creyese.

«Ojalá tuviese una copia del vídeo para verlo en acción».

Al levantarme me fijé en los folios desordenados frente a la ventana y me detuve un instante en su ficha policial. La había ojeado tantas veces que podía recitarla de memoria: varón de 34 años, complexión media, 1,84 metros de estatura, de cabellos y ojos castaños y sin nada más reseñable. Ni tatuajes ni cicatrices visibles. Originario de Paris, Kentucky, nunca había sido fichado antes. Un tipo normal de esos a los que no le echarías un vistazo si te lo cruzases por la acera. Y eso me hacía dudar en si lo reconocería si lo tuviera delante.

Metí las páginas en una carpeta de manera apresurada y la escondí. No tenía motivos para desconfiar, pero tampoco me apetecía dejar nada a la vista. El hotel estaba limpio; eso significaba que alguien entraba en mi habitación a diario cuando yo no estaba y no quería fastidiar el caso solo por ser descuidada. Como ya le había sucedido a otros menos minuciosos en mi gremio.

Era tarde y todavía no había comido así que bajé por las escaleras de madera con intención de comer el menú del día en la mesa de la esquina de la cafetería mientras seguía rumiando lo mismo en la cabeza. Para cuando me quise dar cuenta el camarero del día anterior ya había dejado una bolsa de papel frente a mí y me acercaba el lector de tarjeta, así que me apuré a pagar. Al agarrarla el olor a res ahumada, salsa barbacoa y pepinillos me hizo la boca agua. Entré en el coche y lo arranqué mientras le metía un bocado al sándwich de *brisket*. Delicioso. Dejé la bolsa sobre las piernas y

conduje hacia el centro de Strokeville con un pensamiento muy claro bombardeándome la cabeza.

¿Por qué Walter Green se había quedado aquí?

Él mismo lo decía en su interrogatorio: no había que permanecer en el lugar; lo inteligente era dar el palo y desaparecer. ¿No habían podido hacerlo? Eso no salía en las hojas que había afanado y no tenía intención de acercarme a la oficina del sheriff. Al menos, no todavía; podía esperar unos días a ver cómo iba la investigación. Si sonreía lo suficiente seguro que podía convencer a Louie el ligón de que me pasase el resto del expediente.

Puse el intermitente, giré a la izquierda hacia un aparcamiento cercano al cruce de las dos calles principales y me llevé una patata a la boca antes de empezar a maniobrar. *Tenía* que haber una razón para quedarse. Si el programa de reconocimiento facial y su estúpido porcentaje eran correctos, Green era uno de los hombres de mi vídeo. Tenía que haber un motivo de peso para que alguien implicado en el robo de un caballo asegurado en más de tres cuartos de millón de dólar decidiese quedarse a trabajar como un simple vaquero en un rancho del tres al cuarto que criaba caballos que no se vendían ni a cinco mil dólares por cabeza.

.

Y la estrategia casi le había salido bien, pero después de tres rondas de chupitos se le había soltado la lengua con una camarera. Y ese fallito era la única razón por la que yo estaba aquí ahora.

Apuré a meter las últimas patatas en la boca, hice una bola con la caja y la bolsa y las lancé al contenedor que había junto a la entrada. Strokeville era una localidad pequeña, pero cuidada y hasta el aparcamiento de tierra estaba limpio y recogido. Regresé hasta el coche, agarré la manilla y me quedé allí de pie sin saber bien qué hacer. Había decidido venir al centro en un impulso, pero al estar ahora aquí me había desinflado un poco. Cogí aire, lo solté y cuadré los hombros. Si quería los noventa y cinco mil no podía estar con estos remilgos. O se los llevaría otro. Me peiné hacia atrás con los dedos y arrugué la nariz al notarlo menos suave que de costumbre. Me había olvidado mi mascarilla buena, la de peluquería, en mi nuevo piso. El que había visitado una docena de veces en los últimos

diez meses y que me había comprado por fin. Sin Isaac. Giré los pies y eché a andar hacia el centro.

Solo se me ocurría un motivo por el que Walter Green se pusiese a trabajar en el rancho de Jameson: esconderse. Un rancho pequeño en un pueblo perdido en el centro del medio oeste a más de dos horas de San Antonio. Pero era un motivo débil. Nadie lo buscaba; al menos no entre las fuerzas del orden. Y si estaba implicado en robos de caballos de raza *tenía* que tener dinero. El suficiente como para sobrevivir sin trabajar durante meses. Nadie se metía en ese tipo de robos, de vida, para ganar cuatro dólares salvo que fuese un completo idiota.

Si pudiera hablar con Green todo sería mucho más sencillo. Me lo ganaría con una sonrisa, un par de bromas y varios litros de cervezas. Los suficientes hasta que se le fuese la lengua como la otra vez. Y se lo sacaría. «¿Dónde está Blue Comet?». Vaya que si me lo diría. Y, ya puestos (porque me había despertado la curiosidad) le preguntaría que por qué había decidido esconderse a simple vista cuando podía…

Del impacto me quedé quieta en medio de la calle a punto de tropezar con el bulldog de una señora que me puso mala cara.

—Perdone, es que me acabo de acordar de algo y es tan pequeño que… Disculpe.

Levantó la ceja y me miró de arriba abajo y chasqueó la lengua antes de tirar de la correa del perro para acercarlo a ella.

—No empiece a beber antes de las cinco. Esto todavía es un sitio decente.

Me pasó por la derecha con la barbilla levantada. Yo saqué el teléfono del bolsillo ignorándolo todo excepto las indicaciones del Google Maps, despegando la vista de la pantalla solo lo justo para no volver a tropezar con nadie. «Si Green estuvo aquí era por algo». La idea se repitió una, dos, diez veces en mi cabeza. Y en Strokeville no había nada interesante. Nada excepto caballos, granjas y ranchos. Y el sheriff macizo, pero seguro que no estaba aquí por eso.

Quizá al que estaba escondiendo a simple vista no era a él, sino a mi caballo. O quizá estuviese buscando un nuevo objetivo que

robar en el condado. Seguro que no era un ejemplar tan valioso como Blue Comet, pero sí uno que valorado en varios de los grandes. Y si había alguien que tuviera esa información era el veterinario local.

Eché un vistazo rápido a mi atuendo: vaqueros de diseño ajustados, botas de media caña con tacón y mi sudadera favorita de Essentials bajo la parka. Hice un mohín y me estiré la manga hasta casi cubrir la mano por entero. No iba tan profesional como debería, así que tendría que improvisar algo: una sonrisa directa, sacar una carpeta vacía del bolso y poner cara de «me han enviado los de arriba a revisar algunas cosillas, ya lo siento». Nada concreto. Que pareciese algo aburrido: papeleo, una visita de cortesía, esas cosas que las compañías insisten en que es «para mantener la relación» justo antes de sacar la factura e intentar exprimirte la cartera. No me gustaba mentir, pero tampoco es que fuera mi primera vez y luego fuese a tener remordimientos.

Además, si usabas las palabras adecuadas las personas hacían ellas solas el resto. Había descubierto que a la gente le encantaba unir los puntos con suposiciones y sin necesidad de que yo rellenase los huecos.

En cuanto llegué frente a la clínica veterinaria inspiré despacio y solté el aire entre los dientes observándola. Era un edificio sencillo, nada llamativo. Estaba al final de una calle secundaria, paralela a la principal, casi en el cruce con una calle más estrecha y más allá solo campos. Subí el escalón, inspiré otra vez y agarré el manubrio, pero la puerta no se abrió. Por un segundo me quedé bloqueada. Me fijé el papelito con el horario en la pared y chasqueé la lengua molesta antes de volver a tirar de la manilla. Según la nota, aquello debería estar abierto. Pero al parecer los horarios eran algo opcional. Golpeé con los nudillos por si acaso y esperé unos segundos antes de aceptar que nadie iba a abrir.

—No está.

Me volví. Una mujer aproximadamente de mi edad me observaba con una curiosidad nada disimulada con sus ojos vivos. No era alta, aunque sí más que yo. Como casi todo el mundo. Y con más curvas por cómo se le ajustaban los leggins y el jersey. Sus

botas de vaquera rojas parecían mucho más auténticas que las que me compré al aterrizar y todavía no me había atrevido a calzar. Le devolví la sonrisa y señalé el cartel.

—Ya me he dado cuenta. —Bajé el escalón y me acerqué otro paso hacia ella—. ¿Sabes cuándo vendrá?

—¿Cuánto tiempo tienes?

—¿Para esperar? —Arrugué la frente y soltó una carcajada.

—¡No! Lo digo para que me acompañes hasta el Sally's —levantó el brazo y señaló un punto a su espalda— que no puedo llegar tarde otra vez. Mientras te tomas el café te pongo al día. El chisme está incluido en el precio.

Riéndose de su propio chiste dio un par de palmadas e inclinó la cabeza como para que la siguiese, pero no me moví del sitio. Había escuchado hablar de la amabilidad sureña, pero también de «los campos de la muerte» texanos y no la conocía de nada.

—¡Oh! ¿Buscabas al sustituto? Igual viene mañana. —Se encogió de hombros—. Pensaba que te referías a Gaby y para que se reincorpore… ¿Septiembre? Aunque si dependiera de Trevor esa no salía del rancho ni para comprar helados. Anda, vamos que no te vas a quedar aquí en medio de la calle esperando. Si trabajo ahí al lado.

5. KIERAN

Crucé las manos tras la nuca, resoplé con aburrimiento y uno de los currículos se desplazó sobre la mesa. Repasé su contenido y por un momento me dieron ganas de echar todas las solicitudes a la destructora de papel que estaba en algún punto a mi espalda. Estiré la mano hasta dar con mi vieja taza de los Houston Rockets para ahogarme en café, pero al llevarla a la boca me di cuenta de que estaba vacía. Arrugué el gesto y la posé con más fuerza de la necesaria en el único hueco libre que quedaba en ese momento en mi escritorio y busqué la hora en la pantalla del ordenador.

«Genial, Kier. Tercer café y no son ni las once. Hoy el día va a ser largo». Bufé y me dejé caer contra el respaldo antes de ir a por más café. Me había tocado madrugar esa mañana para visitar un par de granjas en la periferia del condado; eso no sería un gran problema si no hubiese tenido que trasnochar. «Y, total, para nada». Ayer, al acabar la jornada y acordándome de la llamada de mi madre, me acerqué a todos los bares de Strokeville buscando a Aaron Jackson, pero fui incapaz de encontrarlo. Tampoco me respondió cuando fui a su apartamento, aunque eso no significaba nada. Con lo borracho que iba últimamente podía estar durmiendo la mona en su cama y ni enterarse de las tres veces que fui hasta allí a aporrear su puerta. Con el que sí que hablé fue con Phelps, su casero, que seguía tan enfadado como me había adelantado mi madre. Al parecer, Jackson llevaba cuatro meses de retraso en el pago del alquiler, se había cargado dos veces la puerta de abajo en el último mes y habían estado a punto de llegar a las manos. Varias veces.

La cosa no pintaba bien.

Y yo no tenía tiempo para lidiar con las borracheras de un hombre de casi cincuenta años al que le estaba constando demasiado asumir que su mujer lo había dejado y le tocaba volver a

empezar. Resoplé y me rasqué el cogote. Si no hubiese regresado al pueblo ahora no sería mi problema. «Y si el alcalde no fuese de la virgen del puño cerrado, a lo mejor tampoco». Tendría que volver a buscarlo hoy, a ver si con suerte lo encontraba antes de que le diese tiempo a liarla lo suficiente como para que lo echasen de cualquier lado.

Necesitaba mucha más cafeína para lidiar con todo lo que tenía encima, pero el líquido que salía de la máquina no era lo suficientemente fuerte para eso. Normal que Alan se escapase todos los días hasta el Sally's Café. Me incorporé y solté un suspiro ahogado al ver todas las pilas de expedientes que se amontonaban en el escritorio.

Me encantaba mi trabajo. Pero odiaba el papeleo. Y últimamente tenía mucho de ambos. En Strokeville no había demasiados delincuentes, pero estábamos bajo mínimos de personal y, por pocos casos que hubiese, siempre había impresos, formularios e informes que rellenar y redactar. Sobre todo, encima de mi mesa.

Necesitábamos a alguien más desde hacía mucho tiempo. Solo éramos mis tres ayudantes, la recepcionista y yo. Mary solo venía veinte horas a la semana y yo tenía que haber contratado a otro ayudante mucho antes de que Roback se rompiese el tobillo en verano y llevase casi cuatro meses enlazando reincorporaciones y bajas. Pasé tres currículos más en silencio antes de hartarme y volver a esconderlos en la carpeta que empujé al fondo del cajón.

«Estaría bien cerrar la selección del nuevo ayudante cuanto antes. Preferiblemente, antes de final de mes. Pero también estaría bien tener dinero con el que pagarle porque el presupuesto es una broma y al alcalde le da absolutamente igual»

Pasé los dedos por entre mi pelo grueso despeinándolo un poco y me hundí más en mi asiento sabiendo que no me quedaba otra que amoldarme. El alcalde había congelado el presupuesto destinado a la oficina del sheriff desde el último año de mi predecesor, con el que se llevaba bastante mejor que conmigo. Dudaba de que fuese a aumentarlo para que pudiese contratar a otro ayudante a jornada completa si se lo pedía; ni siquiera en un par de miles de dólares.

Roté los hombros notando la tensión con la voz suave de Louie de fondo. Eché mano a la vieja taza y me puse en pie para recorrer el pasillo. Llegados a este punto, un mal café sería mejor que ninguno. Me acerqué a la máquina de café y le hice un gesto con la cabeza a mi ayudante, que escuchaba al teléfono mientras hojeaba un expediente sin mucho interés.

—¿Algo nuevo? —pregunté.

Negó con la cabeza y cubrió el auricular con la palma de la mano.

—¡Qué va! —susurró con la frente arrugada—. Es Smith, por un permiso de quema que… —Destapó el micrófono antes de añadir en su tono jovial habitual—. Entiendo. Se lo diré al sheriff. Un saludo.

Colgó. Me apoyé contra el mueble, rellené la taza solo con café hasta arriba y esperé, pero Cruz se levantó llevando varios expedientes en la mano en dirección al archivo. Parecía cansado, como yo. Rebusqué en la caja de lata, saqué un par de las barritas energéticas con cereales que Mary nos compraba y dejé una de pistachos sobre su escritorio y guardé la otra en mi bolsillo y decidí esperar un minuto más mientras lo escuchaba abrir y cerrar las cajoneras al fondo.

Tomé un trago que solo me supo amargo y bajé los párpados intentando concentrarme en que la cafeína hiciese efecto deseado cuanto antes en vez de irritarme porque mis chicos tuviesen que perder el tiempo manteniendo en orden el archivo por no poder aumentarle las horas a nuestra asistente como debería. Se separé de la encimera para regresar a mi despacho cuando escuché pasos rápidos y pesados acercándose por atrás.

—Buenos días, Funke.

—Sheriff. —Funke apareció por detrás y se detuvo a medio camino entre mi sitio y su mesa de trabajo. Metí la mano en el bolsillo y apunté a la máquina con la barrita antes de tendérsela.

—¿Quieres uno? —Rechazó ambas cosas sacudiendo la mano y se quedó quieto frente a mí con la frente arrugada y los pulgares colgando de las presillas del pantalón.

Cuando llegué al cargo me comprometí a mantener en su puesto a los que se quisieran quedar en la oficina, así que con el cargo también había heredado al personal del sheriff anterior. Salvo a Alan Funke, el único de mi equipo al que había contratado realmente. Así que después de casi cuatro años ya lo iba conociendo bien: seco, predecible y desconfiado. Se quedó allí quieto observándome con sus ojos de oso y me armé de paciencia sabiendo que quería decir algo que no le gustaba. Guardé la barrita y me bajé media taza de un trago.

—Suéltalo de una vez, Alan. ¿Es por Roback, no se reincorpora el viernes?

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—No es eso. Es que… —Louie apareció con otras dos carpetas en las manos. Alan lo miró de reojo y siguió: — No sé si lo sabe, pero una mujer se ha pasado por aquí esta semana dos veces. Lunes y martes. Preguntando por Walter Green.

«Darrell», me dije al instante. ¿Qué le interesaba tanto de un caso cerrado a alguien de Atlanta?

—Es lista. Demasiado. Dice que es por algo de un seguro. —Arrugó la boca como si la idea le resultase ridícula—. Y yo le contesté que, lo que quisiera saber, tenía que hablarlo contigo las dos veces. ¿Se ha pasado otra vez?

—No.

La respuesta me salió demasiado rápida. Demasiado seca. Funke desconfiaba de ella. Y yo también. Pero nombrar a Green me hizo recordar algo.

—Louie, ¿han llamado los de Los Rosales esta mañana?

Sacudió la cabeza de espaldas, dejó las carpetas en un montón y se giró.

—Mientras he estado yo aquí solo, no. ¿Quieres que los llame? —preguntó echando la mano al auricular. Negué con firmeza. Era poco realista pensar que devolverían la llamada en tan poco tiempo.

—Si llaman, cuando sea, me la pasáis.

Me despegué del mueble para regresar a mi oficina, pero Funke seguía allí clavado. Me tragué un suspiro y le hice un gesto

con la mano para que terminase de una vez.

—Esa mujer… ¿cómo se llamaba, Louie?

—¿Quién, la del culazo?

Bajé la taza tan rápido que parte del café me salpicó la camisa.

—No hables así de un civil delante de mí, Cruz.

—Yo solo…

—«Solo» nada. Y menos con tu tío y su periodicucho inventándose historias donde no las hay. Ya solo faltaba que nos acusaran de acoso sexual.

Su mirada bailó entre Funke y yo durante unos instantes.

—Darrell Pereira, creo. Trabajaban para una aseguradora —añadió girándose hacia la pantalla del ordenador. Funke asintió despacio con el ceño fruncido.

—¿Quieres que la investigue, sheriff? Puedo hacerlo en mis ratos libres. Nombró a Green, pero no trajo ni la póliza ni un parte ni nada. Además —carraspeó y bajó la voz, casi como si pensase en voz alta—, ¿qué clase de seguro tenían los Velasco como para que los de la compañía manden aquí a alguien si no les han indemnizado nada? A mí me suena raro.

Y a mí. Dudé y me encogí de hombros mientras la veía frente a mí cuando la encontré en Atlanta. Sus ojos azules tan vivos y brillantes. Su sonrisa franca y descarada. Un calor familiar me golpeó con fuerza extendiéndose por toda mi piel.

La chica del bar del aeropuerto, la del «culazo», se traía algo entre manos. Funke tenía instinto, aunque se pasase de desconfiado, y yo no creía en las casualidades. Carraspeé y me recoloqué el reloj en la muñeca. No sabía si me molestaba más que hubiese ido dos días seguidos a mi oficina preguntando por un caso que no había conseguido cerrar y olvidar en mi cabeza o que no hubiese regresado hoy, ahora que sabía que el sheriff era yo.

Iba a decirle que lo hiciera, pero apenas abrí la boca cambié de idea.

—Por ahora no. Pero si vuelve preguntando por lo que sea me la mandáis y ya me encargo yo.

Al llegar a mi oficina me detuve frente al escritorio. «Perfecto. Más que perfecto». La luz grisácea que se colaba por mi derecha daba todavía un peor aspecto al caos de papeles y casos que se desplegaba ante mí. Sacudí una hoja sin ganas y me volví hacia la ventana; fuera dos mujeres conversaban junto a los árboles de manera despreocupada. Y yo me reprendí por el modo en que le había contestado a Cruz.

Su tío era el director de ese panfleto mal llamado periódico y estaba claro que su desprecio por mí y mi familia era tan evidente como sus ganas de provocarme, pero Louie no era el responsable de eso. Más bien lo sufría, como el resto de mis ayudantes. Mi primo mayor, Trevor, había tenido un altercado con un primo de Cruz, lo despidió y cuando la bronca se repitió me tocó intervenir. Eso fue al poco de incorporarme al puesto y al parecer el rencor le iba a durar todo mi mandato. Poco después empezaron los artículos anónimos criticándome en portada.

Habían criticado mi edad, porque al parecer veintinueve eran pocos años para aceptar el cargo de sheriff. Y lo seguían siendo mis casi treinta y tres. Lo habían tachado de favoritismo, recalcando que si me habían «regalado» el puesto era para que los hermanos Woodhall estuviesen contentos y siguiesen contribuyendo con el condado. Mis primos tenían el mejor rancho de caballos en doscientas millas a la redonda y generaban muchos puestos de trabajo de manera directa e indirecta, eso era verdad, pero me costaba creer que ese fuese el único motivo que había considerado el alcalde para elegirme.

Lo que se les olvidaba mencionar a los del periódico era que yo era el sheriff más cualificado que habíamos tenido en los últimos cien años.

Me aparté de la ventana molesto conmigo mismo. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que si me había puesto así con Louie no había sido por eso. De hecho, en el periódico de hoy ni me nombraban. Me acabé el café de un trago y evité pensar más en la chica del culazo, como la había definido mi ayudante. La misma que se había derretido entre mis dedos y que no me sacaba de la cabeza. *Y que preguntaba por Green*. «Perfecto». Me acomodé en

la silla y solté el aire entre los dientes antes de volver al trabajo. Iba a ser un día *perfecto* de esos que no se terminan jamás. Y tenía demasiadas preguntas en la cabeza como para pasarme las próximas horas sentadito tras el escritorio.

Estaba a punto de rendirme y dejarlo para mañana. El día había resultado agotador, el partido de los Rockets comenzaba a las ocho de la tarde y me moría de ganas de sacarme el uniforme, ponerme un chándal viejo y hundirme en el sofá con una buena cerveza fría en la mano para ver el partido de baloncesto desde el salto inicial. Solo estaba a dos calles de mi casa, pero en cuanto doblé la esquina supe que mis planes tendrían que esperar.

De repente me sorprendió un sonido metálico, gritos que no pude comprender y apreté el paso al escuchar más golpes.

—¡Que te largues de aquí, joder!

Vi al dueño del Willow Rock Bar braceando en el aparcamiento, varios de los clientes habituales acumulándose junto a la puerta y una de las motocicletas estacionadas frente a su local caer poco después.

—Como le hayas hecho un solo rascazo, me cago en…

—¿Qué sucede, Josh? — voceé antes de llegar. Se giró con los puños apretados a ambos lados de sus vaqueros desgastados y con una mueca de desagrado señaló a su espalda.

—A ver si lo controlas, sheriff. El hijo pródigo no para de dar problemas.

Se movió y vi a Jackson desplomado en el suelo de cemento con la mirada perdida. El muy inútil se había caído sobre la Haley-Davison de Josh; esa moto era su niña. Josh se pasó la mano por la barba que le llegaba a la mitad del pecho bramando entre dientes y alargó el brazo para levantar la moto apartando a Aaron de un puntapié. En cuanto vi que arrugaba la frente pasando la uña con insistencia por el tanque me apresuré a cargarlo en el hombro para sacarlo de allí. No quería tener que hacer más papeleo ni procesar al dueño de mi local favorito porque se le fuese la mano por un arañazo en la pintura de su moto.

Apenas lo pegué a mi costado el tufo a alcohol barato, tierra y sudor me invadió. Estaba sucio y lleno de polvo; quizá no era la primera caída del día. Lo sujeté por un brazo y la cadera y me despedí de Josh, que ni se volvió para gritar:

—Me debe ciento veinte, que ni se le ocurra entrar a mi bar si no es con la pasta en la mano. Ah, y como vuelva a montar otro numerito dentro, lo veto. Avísale, joder.

El camino hasta el Sally's Café fue lento. Al principio porque era como llevar un peso muerto y después, cuando comenzó a reaccionar, porque se negaba a caminar. Lo apoyé contra la fachada de la cafetería ignorando el olor a comida que venía del interior y que me llamaba porque me moría de hambre. En cuanto me librase de Jackson bajaría a por un bocadillo para llevar. O vería en el Sally's lo que quedase de partido. Rebusqué en sus bolsillos sin mucho miramiento hasta dar con la llave, abrí la puerta exterior y lo empujé ligeramente en dirección a las escaleras.

—Vamos, Aaron. Arriba.

—No me toques los huevos, sheriff. —Ignoré el tono burlón en su voz pastosa y me coloqué detrás para evitar que cayese por las escaleras y se abriese la cabeza. Me negaba a tener que volver a la oficina y rellenar un formulario más—. Solo estaba tomando algo. Soy mayorcito y sé lo que me hago.

—Josh también es mayorcito y quería partirte la cara.

—¿Por qué? Si al final siempre pago.

Se tambaleó hasta chocar contra la pared y siguió subiendo. Tuve que ayudarlo a abrir la puerta. El paisaje del piso era desolador, aunque dentro de lo esperable. La estancia principal estaba hecha una pena, con la mesa y la encimera cubiertas de botellas de litronas vacías, cajas de comida para llevar con restos y muy pocos indicios que indicasen que aquello era un hogar. Cuadré los hombros y decidí no respirar por la nariz en cuanto lo seguí adentro.

—¿Aún estás ahí? Si esperas que te invite a algo, la llevas clara. Aquí no hay de nada. —Soltó una risa cínica y me dio la espalda.

—Llevo dos días buscándote, Aaron. Tienes que relajarte un poco. Como sigas así Phelp te va a echar de aquí y…

—Pues que lo haga —me interrumpió estirándose en el sofá —. Para la mierda de piso que es…

—No vas a encontrar nada más porque no pagas el alquiler a tiempo. Y los de los bares tampoco te quieren fiar.

Sacudió la mano espantando mis palabras.

—Eso era antes. Ahora tengo un nuevo trabajo. En cuanto cobre les pago a los que se pongan más pesados y santas pascuas.

—¿Otro? ¿Y crees que este te va a durar?

—Pues claro, si me crie en una granja, joder. Vacas, cabras, caballos, … y lo que les dé la gana. Ese curro lo hago yo con los ojos cerrados. Todavía no ha habido una queja.

Torcí la boca callándome que ya lo habían echado de trabajos similares hacía pocos meses. Intenté razonar un poco más con él, pero pronto me llegaron sus ronquidos así que fui hasta la puerta, saqué la llave de la cerradura, la dejé sobre la mesa y me largué. Tampoco di marcha atrás cuando escuché un golpe sordo en el interior del piso seguido de varios quejidos de Jackson. Bajé las escaleras a toda prisa sacudiéndome el polvo y la tierra de las perneras decidido a pedir una hamburguesa y una jarra de cerveza helada.

Al salir a la calle la brisa fría que me dio en la cara me trajo el olor a comida fresca con una risa que me obligó a girar la cabeza. Era Darrell. Y de nuevo esa sensación cálida y conocida extendiéndose por dentro, incluso antes de que se girase. Estaba entre Anitta Larsen y Vera Stanway, que la agarraba con familiaridad, y riéndose de lo que decía el hombre de espaldas con la visera hacia atrás al que no reconocí. Riéndose *demasiado* para mi gusto.

Con el ceño fruncido me calé el gorro del uniforme hasta las cejas dispuesto a entrar de una vez en el local cuando Anitta me miró y me saludó con la mano. Me llevé la mano para devolver el saludo, hundí ambas manos en los bolsillos de la cazadora y me di la vuelta justo cuando el resto se giraron. Aun así, nuestras miradas se cruzaron por un instante y vi cómo curvaba la comisura de la boca en algo parecido a una sonrisa.

Entonces me negué a entrar en el Sally's antes de acabar haciendo cualquier tontería. Anitta trabajaba allí desde hacía un par de años y desde entonces Vera parecía parte del mobiliario. Lo más seguro era no entrar, me repetí al detenerme como un idiota nada más doblar la esquina. Lo más seguro era volver a casa, comer algo recalentado y dormir hasta que sonase la alarma.

Aunque eso tampoco funcionó.

Poco antes de las cinco de la mañana me había despertado sudado, empalmado y con el sabor de Darrell en la boca. Otra vez. En una misma semana. Molesto aparté las sábanas e intenté solucionar el problema con una ducha fría con la ayuda de mi mano antes de refugiarme en el despacho de casa con más café. El trabajo siempre había sido una buena vía de escape ante cualquier problema para mí. Intenté concentrarme en los informes que me había traído el lunes y que todavía no había revisado. En el presupuesto y las partidas que necesitaban de más dotación. En el maldito horario que podía ofrecer a algún sustituto bien cualificado para que aceptase el trabajo. Pero cada vez que bajaba la guardia ahí estaba ella, apoyada contra la barra del bar con esa sonrisa que lo encendía todo. Y que no dejaba de desafiarme. Joder.

Salí de casa antes de lo habitual dispuesto a hacer una ronda por el condado, a visitar dos de los ranchos del sureste más apartados y a pasarme por la granja de Smith para recordarle que los permisos de quema no eran algo opcional, salvo que estuviese dispuesto a pagar la multa. Me subí al coche oficial con la intención firme de mantenerme ocupado. Me gustaba conducir y por fortuna contaba con decenas de caminos rurales por los que perderme a la vez que hacía la ronda. Arranqué decidido a empezar por la granja, pero al llegar al desvío al final de la calle vi el edificio de estilo colonial pintado de blanco y azul claro y di un cambio de sentido para estacionar en el parking privado casi vacío.

Podía dejarlo pasar. *Podía*.

Pero no lo hice.

6. DARRELL

Los tres golpes secos me sorprendieron y busqué la hora en la pantalla en vez de mirar hacia la puerta. Las siete y cuarto. Un poco temprano para recibir visitas. Aunque tampoco era como si estuviera acostumbrada a recibir demasiadas en mi vida en general. Guardé el expediente en la carpeta que coloqué boca abajo a un lado del ordenador y al ver la imagen congelada me demoré un instante pasando el dedo por el perfil. Otra tanda de golpes mucho más firmes y secos me hizo bajar la tapa del portátil y acercarme a la puerta.

«¡Qué impaciencia!»

Solo se me ocurría una persona que pudiese estar al otro lado, pero cuando abrí la puerta me llevé una sorpresa. Por un instante se me olvidó respirar mientras me perdía en esos rasgos fuertes y atractivos. Un Kieran sexy y mosqueado era mucho mejor que quien tenía en mente. Sonreí y me pegué al marco de la puerta ignorando el escalofrío que me bajaba por la espalda.

—Buenos días, sheriff.

—No deberías abrir sin asegurarte de quién está al otro lado primero.

—Pensaba que eras otra persona.

—¿A las siete de la mañana? —preguntó con un tono de incredulidad. Me encogí de hombros.

No mentía. Anitta Larsen, que había resultado ser una gran fuente de cotilleo local además de una persona con la que era muy fácil congeniar, había insinuado que me obligaría a ayudarla con su ronda de desayunos en la cafetería en la que trabajaba por haberla hecho trasnochar.

—¿Qué te puedo decir? Soy popular.

Me recorrió entera con la vista, con calma, provocando un hormigueo en cada sitio donde se detenía.

—Bueno. Tenemos que hablar.

—Claro. ¿Quieres un café? —Me despegué de la madera, señalé a mi espalda y al girarme contuve un suspiro. Todo estaba ahí, con solo estirar el brazo podría hacerse con todo lo que tenía y que tanto me había costado reunir. Me adelanté dos pasos y coloqué el ordenador sobre el expediente felicitándome mentalmente por haber bajado la tapa. De lo contrario a estas alturas habría visto congelada la última escena de una secuencia que me sabía de memoria: Walter Green abriendo la puerta del establo de Blue Comet hablando con alguien que no salía en el encuadre, entrando y señalando a su izquierda justo antes de que apareciese una mano frente a la cámara de seguridad y la rociase con espray negro para que no pudiese ver cómo robaban al caballo.

Eso seguro que nos daría mucho para tema de conversación que en este momento prefería evitar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo? —Me giré y casi me tropecé con él. Lo esquivé para ir hasta la cabecera de la cama—. No les digas a los dueños que tengo esto aquí, ¿vale? —añadí intentando cambiar de tema señalando hacia la cafetera de cápsulas colocada sobre la mesilla de noche—. La compré en otro sitio. El hostal era una mierda y el café era aún peor y si quería aguantar…

—Darrell…

«Darrell». Siempre me había gustado mi nombre, tan masculino en contraste con mi aspecto externo. En cambio, al decirlo él, con esa voz profunda y firme, lo hacía parecer suave, dulce y un poco íntimo. El escalofrío esta vez me atravesó entera y me sentí excitada sin necesidad de que hiciera nada más.

¿Qué me pasaba con este hombre que era incapaz de controlarme?

Me giré con la taza en la mano y me miró entornando sus intensos ojos oscuros.

—¿No vas a contestarme a la pregunta?

Tragué saliva y le di al botón de calentar el agua. Debía ser cuidadosa al elegir mis respuestas. No me gustaba mentir, en general. No era una santa, pero no me sentía cómoda con ello.

Sobre todo, por razones de practicidad: mentir exigía más y más mentiras, una detrás de otra sin parar, lo cual suponía a la vez un buen ejercicio de memoria y control para no quedar en evidencia. Por eso intentaba pegarme lo más posible a la verdad, aunque intuía que con Kieran no iba a ser tan sencillo. No solo porque fuese un agente de la ley, sino porque me daba la sensación que podía leerme más profundo de lo que me gustaría.

—Claro que sí. —Metí la cápsula y moví la palanca—. ¿Solo y sin azúcar?

—Darrell, estoy esperando. —Me apuntó con la barbilla y esperó firme. El uniforme se le ceñía en todos los sitios correctos. Suspiré y separé una de las sillas para que se sentase.

—Si les hablas a todas en ese tono no me extraña que tengas a la mitad de las mujeres de Strokeville detrás.

Se movió a mi espalda y el olor a cítricos, cuero y algo más me atrapó como una enredadera. Mi cuerpo reaccionó al instante y me alegré de llevar una sudadera un poco suelta para que no se diese cuenta de lo que me pasaba. Porque era verlo y desearlo. Ahora hasta me excitaba con su olor, al parecer. Y eso no tenía sentido para mí. Me jactaba de ser racional, organizada, metódica. Un poco aburrida también. No era una persona especialmente sexual: lo no había sido cuando estaba sola ni tampoco con mi ex. Y después de casi treinta años de contención mi cuerpo había decidido comportarse como un mono cachondo. Estupendo.

Se remango la camisa del uniforme y me distraje observando el vello oscuro de su antebrazo.

—No tengo a nadie detrás.

—¿En serio? Porque me han dicho que…

—Que a qué has venido, Darrell, joder —masculló con tono más duro—. Y por qué preguntas por Green.

«No es mentir si le doy la misma versión que a mis padres. Es casi la oficial».

Abrí una cápsula de leche, la volqué en la taza y me volví con una sonrisa acercándome a él.

—Me han mandado los de la compañía de seguros. —Eso era casi verdad. El encargo partía de la compañía porque sus

recuperadores internos no habían sido capaces de terminar el trabajo dentro de los plazos. Esperaba que diese por hecho lo mismo que el resto: que eso significaba que trabajaba para la compañía. Me encogí de hombros y añadí: — Ya sabes.

—Pues no. No sé.

Abrió la boca para añadir algo más, pero mi teléfono se le adelantó. Dejé la taza junto a la suya, metí la mano en el bolsillo del vaquero y al leer el identificador respiré hondo, lo silencié y lo volví a guardar evitando poner los ojos en blanco. Alargué la mano con ganas de beberlo de un trago.

—¿Por qué no coges? ¿No quieres que te oiga?

Me clavé las uñas en la palma por dentro del bolsillo y miré hacia la ventana que mantenía la cortina abierta desde mi llegada al hotel. Era tan temprano que apenas estaba amaneciendo. El cielo todavía era de un azul oscuro y profundo donde comenzaban a aparecer los primeros halos entre rojizos y dorados. Eso no lo tenía en Atlanta y era un paisaje al que no me costaría acostumbrarme tener de fondo al desayunar.

—No te imagines cosas raras, sheriff. Es mi madre —su ceja se arqueó con suspicacia así que saqué el teléfono y lo dejé entre ambos. En la pantalla todavía figuraba la palabra «mamá».

—¿No vas a responder?

Sacudí la cabeza y fingí una sonrisa que no me salió demasiado bien.

—Mejor luego. —Di otro trago—. Ahora estoy contigo.

Me observó con detenimiento y su nuez se desplazó como si tragara, en un movimiento casi hipnótico. Por un momento sus ojos volaron a mi izquierda, a la cama medio deshecha que ocupaba espacio entre los dos, antes de clavarse con fuerza en los míos. Tuve que obligarme a no moverme del sitio.

—No tengo líos con ninguna de las residentes de Strokeville.

—Lo siento por ellas.

Arrugó el ceño y sus ojos bailaron hasta mis labios, mi cuello y después descendieron lentamente por mi tronco hasta detenerse en mis caderas.

—Lo digo en serio, Darrell.

—Yo también.

—No me acuesto con mujeres que estén bajo mi jurisdicción porque no quiero problemas. No tengo tiempo para relaciones serias ni de ningún tipo y cuando se dan cuenta siempre surgen complicaciones.

—Pues estás de suerte porque estoy de paso. En cuanto termine con mi trabajo me voy. Por si no te acuerdas, soy de Georgia, no de Texas.

—Perfecto. Me alegro de aclararlo. Entonces, por lo que a mí respecta es como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

—Desde luego.

Y una mierda. Tenía el suceso del aeropuerto grabado a fuego en mi memoria. Indeleble. Por eso me molestaba un poco eso de «como si no hubiera pasado nada», y a la vez me resultaba difícil de creer. Si él quería fingir que no había sucedido, pues muy bien. Ninguno de sus residentes tenía que enterarse de que nos habíamos corrido juntos dos veces nada más conocernos.

—Volviendo al motivo de mi visita. Me gustaría saber por qué estás preguntando tanto por Green.

Qué profesional. Tenía la espalda erguida, sin tocar el respaldo de la silla. La expresión completamente contenida y ni rastro de aquella sonrisa ladeada que me dedicó en otro momento. Quizá fuera lo mejor. Para ambos.

—¿Tanto? He ido directamente a la comisaría intentando ver el expediente y las dos veces tu ayudante, el alto con mala leche, me dijo que eso tenía que hablarlo con el sheriff. Te prometo que no sabía que el sheriff eras tú. —Asintió descruzando los brazos y noté un poco de alivio—. Y el motivo ya te lo he dicho. La compañía de seguros me ha enviado para hallar respuestas. A veces se externalizan algunas gestiones y luego hay que revisar las actuaciones porque no siempre se ajustan al protocolo. Al parecer, han quedado algunos cabos sueltos que les gustaría aclarar antes de cerrar por completo el expediente. Papeleo. Nada importante.

«Solo un caballo perdido asegurado por tres cuartos de millón. Calderilla. Ya sabes».

Kieran se levantó de la silla. Sus ojos oscuros brillaban, pero el resto de su expresión estaba completamente contenida.

—No has vuelto por la oficina para ver el expediente. ¿Eso es que ya lo has resuelto?

Se me escapó una sonrisa.

—Para nada. Pero yo tampoco quería malos entendidos entre… —moví el índice señalándonos a los dos en vez de terminar la frase.

—Entiendo.

Sonrió y me derretí un poco más. Me tragué un suspiro y lo seguí hasta la puerta. Tenía que estar perdiendo la cabeza porque en vez de centrarme en resolver sus dudas con la conversación para que no se frustrase la posibilidad de ganarme esos casi cien mil dólares, solo estaba pensando en saltar sobre él y pedirle que me arrastrase a la cama. No era muy grande, pero comparado con el cubículo del baño nos dejaría mucho más espacio para movernos. Y para pasarlo muy bien. «Para, Darrell. *Para*».

Me froté los ojos con las yemas de la mano y me detuve tras él justo antes de tropezar. Agarró el pomo de la puerta y se giró hacia mí.

—Si quieres ver el expediente no hay ningún problema. Solo tienes que seguir los cauces habituales que tenemos para estos casos. Tienes que rellenar un formulario solicitándolo y dárselo firmado a Mary junto con una copia de la póliza y del encargo de la aseguradora.

Exhalé despacio para que no me escuchase sabiendo que no podía solicitar nada. Si había ido hasta su comisaría con mi mejor sonrisa y le había seguido el rollo a su ayudante era porque no podía obtener la copia del expediente por los cauces legales. A Blue Comet no lo habían robado en Strokeville, si no en Lakegold, una ciudad pequeña al otro lado de la frontera con Oklahoma, a más de quinientos kilómetros de distancia. Allí el caso se había dormido hasta languidecer, seguramente amontonado en alguna estantería junto a otros cientos de expedientes, por la falta de pistas.

La otra opción era sincerarme.

«Hola, Kieran. Soy recuperadora de activos de alto valor económico y necesito que me dejes poner patas arriba tu comisaria para ver si doy con la clave para localizar el caballo y así ganar un buen pellizquito». Ni de broma. En mi mundo la discreción era fundamental, y más cuanto mayor fuese la recompensa. Hacerse notar antes de tiempo podía significar que quien tuviese el bien a recuperar lo hiciese desaparecer. O peor aún, confiar en quien no debías y que esa persona se quedase con la recompensa en tu lugar, como les había sucedido a varios conocidos. Kieran no tenía pinta de ser así, pero podía compartirlo con alguien que se lo diría a otro alguien y… era mejor prevenir que lamentar.

Además de que dudaba muchísimo que me dejase acercarme a su archivo.

—Vale, sheriff.

—Y Funke tiene razón. Ven en mi turno. Tengo que ser yo quien dé la autorización para que consigas una copia.

Torcí la boca y asentí. Tendría que volver a recurrir a Louie el ligón entonces.

Dio un paso a un lado para abrir la puerta y de repente estábamos demasiado cerca. De nuevo ese aroma oscuro y especiado me invadió la nariz y tuve que contener la respiración. No me moví; solo me humedecí los labios.

No había más que unos centímetros entre nosotros y podía sentir la misma energía que ya nos había conectado en la anterior ocasión, el día en que nos conocimos. Era tan intensa que la notaba crepitar a nuestro alrededor. Y él estaba todavía más impresionante que entonces. Sus intensos ojos negros parecían estar a punto de devorarme y sin poder evitarlo bajé la vista hasta sus labios. Solo un instante. Kieran los entreabrió y me sentí perdida, a punto de perder el control.

Se acercó un poco más.

—¿Qué quieres, Kieran?

—No lo sé.

Y cubrió mi boca con la suya. Perfiló mi labio inferior con su lengua en un baile lento y para mí fue como si ya no estuviésemos allí, de pie en la habitación de un hotel cualquiera que parecía un

decorado de algún capítulo de Bonanza, sino en el aeropuerto, a punto de seguirlo al baño. Con mis vaqueros tirados en el suelo y los suyos por los tobillos. Con su boca bebiendo de la mía cuando pegó a la puerta. Habían pasado quince días y todavía sentía la intensidad de su cuerpo moviéndose dentro del mío. Las marcas de sus manos fuertes en mis caderas se habían borrado, pero me encantaría volver a llevarlas si se diera la oportunidad.

Me rodeó entre sus brazos y aproveché para pegarme cuanto pude a su torso duro y ancho. Enredé la lengua con la suya y lo saboreé. Sus labios eran firmes y sentí como me raspaba su barba del día anterior en una mezcla perfecta entre molestia y placer. Trinqué la camisa del uniforme con fuerza cuando me inclinó la cabeza hacia atrás para profundizar el beso recostándome sobre la pared. Estaba a punto de despegarme de sus labios para suplicarle que me llevase a la cama cuando sonó su teléfono y todo se acabó.

Kieran se apartó de golpe de mis labios lo justo para detener el beso, pero todavía podía saborearlo. Me quedé desplomada contra la pared con las piernas sin fuerza siendo incapaz de quitarle la vista de encima.

El pecho le subía trabajosamente, jadeando, tan agitado como yo; esforzándose por recuperar la respiración. Sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón y arrugó el ceño al ver la pantalla. Y antes de que yo pudiera recomponerme ni un poco, abrió la puerta y se marchó sin mirar atrás.

Me quedé con las manos apoyadas sobre los muslos mirando la puerta cerrada como un pasmarote y escuchando su voz alejándose por el pasillo.

—Mierda —susurré.

Me separé de la pared y me froté el rostro con las manos intentando borrar el beso y el deseo que aún bullía bajo mi piel. Me giré y sobre la mesita todavía estaban nuestros dos cafés a medio tomar. Si quería olvidarlo, si quería borrar ese sabor embrujador de mi boca, iba a necesitar algo mucho más fuerte.

Aunque tampoco sabía si quería que desapareciese.

7. DARRELL

«¿Alguna novedad, Pereira?»

Sacudí el móvil en el aire, lo arrojé sobre el asiento de copiloto y volví a apoyar la barbilla sobre el volante. Llevaba casi una hora conteniéndome de contestar con una respuesta igual de escueta: «no». Seguro que a Kaito no le haría ninguna gracia, claro que seguro que tampoco le interesaría una versión más larga que incluyese que llevaba desde ayer medio catatónica solo por un beso y una espantada del sheriff local. Conociéndolo, lo consideraría una pérdida de tiempo. Por dios, si no había ni incluido un «buenos días» en su email.

Tampoco querría leer que mis avances hasta el momento no eran nada significativos y más cuando estaba segura de que estaba recibiendo presiones de la compañía, aunque no lo mencionase, porque era lo que solía pasar cuando se hablaba de cifras tan altas. Las aseguradoras se ponían en contacto con gente como él cuando necesitaban a un recuperador externo y Kaito me derivaba los casos que consideraba más adecuados para mí, lo que hasta ahora nos había reportado muy buenos resultados económicos a ambos. Éramos un buen tándem. Y aunque me refiriese a él como mi supervisor, Kaito no era mi jefe; más bien un intermediario, pero eso no significaba que no tuviese que mantenerlo al día.

Tenía que haberme limitado a contestarle algo ambiguo y seguir con lo mío. Es más, había intentado ignorar su mensaje y continuar revisando el expediente, pero al rato me di cuenta de que no hacía nada más que mover las hojas de aquí para allá sin enterarme de nada. En vez de eso había repasado nuestra cadena de emails y después me había subido al coche y conducido hasta aquí.

—Tenía que haberle mandado un no —gruñí lamentando mi impulso.

Los rayos del sol atravesaban el cielo azul ya despejado, pero el rocío todavía no se había evaporado por completo en los trozos de hierba ni de la valla de madera junto a la que había aparcado. A veces, cuando no tienes pistas nuevas hay que tirar de las viejas y yo había dejado una a la mitad. Greg Jameson podía tener respuestas, aunque no me apetecía nada verlo. Soplé apartando un mechón de los ojos y volví la vista al frente. Ya conocía un poco el rancho de mi anterior visita y no me había impresionado demasiado. Jameson tenía un rancho de buen tamaño, aunque nada excepcional, con una vivienda principal de planta baja que tenía dos cocheras a un lado y varios cobertizos y establos de madera al otro lado de la suave colina. Y no había podido ni asomarme a los establos porque ese hombrecillo desagradable no había estado dispuesto.

Cogí el teléfono y dudé en marcar su número justo cuando una camioneta medio destartalada pasó a mi lado para entrar en el rancho. Poco después el motor se detuvo. Había sonado cerca, así que me bajé del coche y apreté el paso en dirección a las cocheras. En cuanto giré lo vi fumándose un cigarro de espaldas a mí con la ropa manchada de tierra, paja y grasa.

—¿Hola? ¿Me puedes ayudar? —pregunté elevando la voz y acercándome.

El vaquero, no mucho mayor que yo, se volvió y me recorrió de arriba abajo con la vista a la vez que sacudía la colilla.

—Necesito hablar con Jameson —añadí.

—¿Quién eres? —Dio otra calada y miró detrás de mí —. ¿Y qué quieres? El jefe está con la yeguada y no le gusta que lo molesten.

Activé el piloto automático con mi mejor sonrisa y sacando una carpetilla del bolso dije:

—Soy Darrell, por lo del seguro. Hablé con él el martes.

El hombre chasqueó la lengua como si no le interesase. O como si en vez de dos días hubiesen transcurrido dos años y fuese imposible que su jefe me recordase. Con una nueva calada dio un paso en dirección a la camioneta, tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie.

—Anda, vamos. Están en los terrenos del sureste y hasta allí no puedes ir caminando con esas botas.

Cuando subí encendió la radio y comenzó a tararear la canción mientras conducía despacio por el camino lleno de piedras y socavones. No cruzamos más palabra hasta que al girar hacia la colina vi el gran establo de madera.

—¿Puedes parar, por favor?

El vaquero frenó al instante y me miró sorprendido. Eché la mano a la manija y abrí la puerta.

—¿Qué…? —Miró hacia el establo y negó—. El jefe no está ahí.

—Así voy adelantando trabajo. Dile que lo estoy esperando.

Cerré de golpe sin darle tiempo a contestar y caminé hacia el establo antes de que volviese a conducir. Esperaba no meterlo en un lío, aunque tampoco me importaba demasiado. Conforme me acercaba, el olor a estiércol y animal era cada vez más intenso y me di cuenta de que el establo tenía peor pinta de lo que parecía de lejos, con maderas levantadas e hinchadas y la pintura descascarillada.

Entré y me llevé la mano a la nariz debido al aroma tan desagradable. Yo era una chica de ciudad; siempre lo había sido, y me encantaba serlo: los centros comerciales, el Starbucks, los teatros, las cafeterías de té matcha y el bullicio desordenado en las calles a cualquier hora del día era algo con lo que disfrutaba. No había pisado una granja o un rancho en mi vida hasta esta semana. Y la experiencia no me había impresionado demasiado; al menos, no para bien.

Respiré por la boca y en cuanto me acostumbré al olor y a la falta de claridad avancé hasta las cuadras del fondo. Tenía mucha experiencia recuperando objetos de alto valor económico y todos ellos inanimados: joyas, cuadros, coches, armas, … pero no tenía ni idea de animales, así que había tenido que aprender todo lo posible en el mínimo tiempo.

Avancé frente a las puertas de los boxes cerradas oteando el interior a través de los barrotes. Tras varias vacías, las dos primeras ocupadas las pasé rápido; eran dos yeguas con sus crías. La

siguiente también, un potro demasiado joven como para encajar con lo que buscaba. Tras varias cuadras vacías más me detuve frente a una de ellas y metí la mano en el bolso que colgaba en bandolera. Al leer el nombre de Jameson en uno de mis antiguos correos se me habían ocurrido dos *cosas*. Metí el brazo por el hueco entre los barrotes con el escáner activado y lo pasé por el cuello del animal que me observaba reticente. Dos pitidos y un número de serie que no se correspondía con el de Blue Comet.

Torcí la boca. Vale, podía descartar la idea de que Green hubiese escondido al caballo a la vista de todos en este rancho… salvo que no lo hubiese mezclado con el resto de la yeguada. De ser así, era un problema porque no podía recorrer todos los terrenos de este (o de los demás ranchos) con el escáner en la mano en busca del caballo correcto. Apagué el aparato y lo guardé justo a tiempo. Entonces escuché unas pisadas detrás de mí.

Apenas me giré lo vi apoyado contra el marco de la puerta, observándome con una sonrisa socarrona y las manos en los bolsillos. A diferencia del hombre que me había traído hasta aquí, no estaba manchado en absoluto.

—Vaya, pensaba que ibas a tardar más en dejarte ver por aquí —dijo sin moverse del sitio.

Forcé una sonrisa y me acerqué hasta él lo suficiente para percibir el olor a heno y a tabaco.

Lo segundo de lo que me había dado cuenta es de que con él no podía llevar a cabo ninguna de mis estrategias habituales, así que debía armarme de paciencia. Con Jameson había perdido el factor sorpresa desde antes de pisar su rancho porque alguien le había avisado de que me interesaba Green.

—Necesitaba aclarar algunas cosas más —respondí con tono profesional.

Él me sostuvo la mirada varios segundos. Sabía lo que hacía: intentaba incomodarme, pero lo iba a tener difícil. Me había tocado lidiar con peces más gordos que él. Y mucho más peligrosos. Por eso había aprendido a defenderme. Como se le ocurriera acercarse a menos de dos palmos iba a descubrir que me sobraban cinco segundos para romperle un brazo.

—¿Qué? —preguntó finalmente.

—Walter Green… —levantó una mano interrumpiendo.

—Ese tipo de información tiene un precio, bonita. —Levanté una ceja y se echó a reír. Su voz sonaba calmada, pero se frotaba las palmas contra las perneras —Cinco mil o no abro la boca.

—No vamos a pagar un centavo sin saber lo que tienes. —Me crucé de brazos—. Eso si es que tienes algo.

Se impulsó con el pie en la madera para despegarse de la pared y se acercó hasta el hueco de la puerta. La mitad de la cara le quedó en sombra, pero todavía pude ver el atisbo de una sonrisa burlona antes de soltar:

—Green no era hombre de muchas palabras. Trabajó para mí un par de meses y quedó claro que no quería que nadie se metiera en sus asuntos. No pasaba más tiempo del necesario ni conmigo ni con ninguno de mis chicos.

Asentí sin mover un rasgo de la cara esperando a que continuara y Jameson continuó fanfarroneando algo sobre su cuadrilla a lo que no presté ni caso. Cuadré los hombros y me quedé muy quieta. «Un par de meses», eso era lo que acaba de decir. Y, casualmente, encajaba con el tiempo en que habían robado a Blue Comet para luego desaparecer. La cuadrilla de cuatreros no había vuelto a actuar desde entonces; al menos, que yo supiera. Sin querer mi pulso se aceleró un poco.

—Si no hablaba con ninguno de vosotros más motivos me das para que no crea que tienes útil y por lo que valga la pena soltar tanto dinero.

Él dio unos pasos por el pasillo de los boxes y acarició el morro del caballo que acababa de escanear.

—Lo vi más de una vez en un bar —continuó de espaldas a mí —, siempre con el mismo hombre. La última vez discutían y no me vieron.

Contuve el aliento, pero se calló.

—¿Quién? ¿Dónde?

Retorció los labios en esa sonrisa desagradable.

—Esas son muchas preguntas, señorita del seguro. Y ya te he dicho mi precio.

Sin esperar la respuesta se dio la vuelta y caminó hasta la puerta dando la conversación por finalizada. Rebusqué hasta encontrar el teléfono y respondí al email pendiente.

«Jameson sabe algo de Green, pero se niega a hablar. Quiere 5.000$. Todavía no sé si es de fiar».

8. DARRELL

Me coloqué los auriculares, le di al play, guardé el teléfono en el bolsillo de las mallas y empecé a correr. Me gustaba hacer ejercicio; tenía una rutina en el gimnasio que cumplía casi a diario y que me ayudaba a sentirme viva y en forma, pero lo de hoy se trataba de otra cosa. Todavía estaba molesta conmigo misma y con Greg Jameson. Por eso el trayecto de vuelta al Hickory me había llevado la mitad de tiempo. Casi sin darme cuenta me había puesto mi conjunto de Lululemon, las deportivas, una sudadera y había bajado corriendo las escaleras con el teléfono en una mano y los cascos en la otra. Al llegar a la recepción seguí de largo. El hotel tenía una habitación a la que llamaban gimnasio, aunque no merecía esa distinción ni de lejos, y yo necesitaba hacer algo con toda aquella energía. Por ahora mi única alternativa posible era esta: correr.

Escuché un aviso de mensaje que ignoré. Había pasado muy poco tiempo como para que Kaito me respondiese, y ni siquiera necesitaba que lo hiciera. En otros casos previos el procedimiento había sido siempre el mismo: yo adelantaba el dinero; si salía bien y el caso se resolvía, lo recuperaba. Si no se llegaba a resolver (como los sobornos no se facturaban) me tocaba a mí asumir la pérdida. Y no me gustaba apostar mi dinero sin saber si iba a ganar y menos aún en personas de las que no me fiaba.

No podía negar que el vaquero había sido listo. Había jugado muy bien sus cartas echando un cebo al que me costaba resistirme y sin darme ninguna pista que me permitiera bordearlo. Antes de arrancar el coche, todavía frente a su rancho, había hecho una búsqueda rápida en internet sobre locales que se pudieran considerarse bares en aquella parte del mundo. En el centro de Strokeville había tres. En total, en todo el condado, siete. Y si ampliaba el perímetro a las zonas más próximas de los condados cercanos, diecinueve. Demasiados para ir por ahí con una foto de

Green preguntando si alguien lo conocía y no levantar sospechas o acabar detenida.

Me aparté un mechón de pelo sudado de la frente, molesta conmigo misma por ser tan descuidada. Yo no era impulsiva, aunque por fuera lo pareciera. Era una persona que medía muy bien mis pasos.

Al menos, hasta Kieran.

Desde entonces parecía que había perdido un poco la cabeza.

Era la única explicación a que hubiese sacado el escáner en el rancho de Greg Jameson sin más motivo que mi propio impulso.

Esquivé a un anciano que paseaba despacio junto con varios perros y seguí corriendo por el sendero de tierra y gravilla. Noté la tirantez en las pantorrillas cuando el terreno comenzó a ascender de manera más abrupta, pero no rebajé el ritmo. Aunque el aire era fresco, el sol calentaba y comenzaba a sentir la sudadera pegada a la parte baja de mi espalda. Llevaba más de veinte minutos corriendo, comenzaba a cansarme, y todavía no estaba más calmada. Ignoré el paisaje de árboles, senderos y campos salpicados de pequeñas flores con las montañas al fondo y seguí subiendo.

«Deja de flagelarte, Darrell».

¿Me había precipitado? Sí.

Pero a primera vista los dos ejemplares eran lo suficientemente parecidos como para sospechar que podía tratarse del mismo. En mi maratón de aprendizaje sobre equinos y sus robos había leído más de un informe explicando que los ladrones teñían o decoloraban el pelaje de los animales para despistar a investigadores y propietarios en un primer vistazo.

Y estaba convencida de que Jameson no había visto el escáner. Existían pocos motivos para usar uno de esos aparatos. Uno, concretamente: leer el chip identificativo. Y si me hubiera pillado con él comprobando su caballo me hubiera pedido más dinero porque sabría que no iba detrás de Green solo por dar con ese hombre, sino que buscaba algo más. Pero eso no quitaba que me había comportado como una ingenua.

O peor, como una novata.

Y yo no era ninguna de las dos cosas.

Al llegar a la parte alta del sendero me detuve agarrándome la cintura con ambas manos mientras inhalaba hondo. Mucho bombardear por los medios sobre las bondades del aire puro, pero yo no había notado ninguna diferencia con el de ciudad. Si acaso este era peor. El de Atlanta no me hacía cometer tantas tonterías… dejando a un lado lo de Isaac, que había sido un error de cuatro años de principio a fin.

Me tomé unos segundos hasta que la respiración se normalizó con la vista puesta en el paisaje a mis pies. Desde allí podía distinguir la iglesia, la oficina del sheriff y mi hotel de un solo vistazo. Más allá del centro de Strokeville, solo campos y tierra seca y alguna que otra construcción: seguramente ranchos o granjas.

¿Cuántos habría? Saqué el teléfono y se lo pregunté con una canción electrónica de fondo. Al ver la respuesta bufé y emprendí el camino de regreso al Hickory. Google había puesto mucho más empeño en actualizar el listado de bares y locales de ocio que el de ranchos y granjas. En el mapa de búsquedas solo salían cuatro y desde esa colina quedaba claro que había muchos más.

Antes de salir de la ducha ya había tomado una decisión: no pensaba pagarle a Jameson mientras me quedase otra opción.

Así que salí del hotel decidida a explorar esas nuevas opciones que me permitiesen ahorrarme el dinero y hacerme con una buena provisión de cafeína. La necesitaría para pensar y trasnochar y las cápsulas se me habían acabado porque recorrer el pueblo y la vez examinar la documentación pendiente exigía más cafeína de la que había previsto.

Pero en vez de ir directa al centro, hasta el Dollar Matt Store, me desvié a las afueras para echar un vistazo a esos ranchos y granjas en persona. Tanto si Green había intentado ocultar el caballo rodeado de otros ejemplares como si buscaba uno nuevo que robar tenía que ser en alguno de esos lugares en Strokeville, porque para eso se había quedado aquí varios meses. Había contado más de diez solo en la zona que había visitado, aunque algunos parecían medio abandonados. Incluso en dos me habían animado a no bajar el coche y seguir conduciendo mostrándome un rifle, y por si acaso seguí las instrucciones y me alejé quemando llanta.

Y al final había acabado en el Sally's Café. La intención seguía siendo la de ir al supermercado, pero el olor a café, asado y pan tostado me atrajo sin ser consciente hasta que toqué el frío cristal de la puerta. A esa hora había más gente que en anterior visita y supuse que sería por el precio y por la baja oferta y no por el horrible tono mantequilla de las paredes. Empujé la puerta y apenas entré choqué con un grupo de hombres que ocupaban media entrada como si no hubiese suficientes mesas libres al fondo del local para no molestar. También localicé a dos camareros, pero ninguno era Anitta Larson, a la que esperaba ver. Uno de los hombres levantó el brazo para dejarme continuar.

—Gracias —murmuré.

Otro dio un paso atrás de espaldas obligándome a detenerme en seco.

—Perdona, ¿me dejas pasar?

La mayoría del grupo se giró al instante y entonces vi que dos llevaban uniforme. Levanté la mano para saludar a la vez que los sorteaba. Cruz, el ligón, me dedicó una sonrisa ladina. Funke, en cambio, arrugó el ceño como si le molestase verme allí. Dejé el bolso sobre la primera mesa libre que encontré un poco apartada del resto de comensales y me pedí un café americano. Cuando me senté saqué el portátil y al levantar la vista Funke seguía mirándome con una expresión que gritaba «no me fío ni un poquito de ti». Ahogué un suspiro y encendí el ordenador intentando olvidarlo y centrarme en mi objetivo. Que Funke no me iba a ser de ayuda estaba claro desde que puse un pie en la comisaría.

Mientras esperaba la consumición desplegué el mapa impreso que llevaba en la libreta y lo alisé un par de veces con la mano. Después abrí el espacio de trabajo digital y pasé a limpio las notas. Había impreso el mapa con la intención de marcar los puntos donde pudiera relacionar a Green, pero por ahora solo tenía dos: el rancho de Jameson y la clínica veterinaria. Era lo mismo que no tener nada. Después numeré los ranchos y granjas que había visitado y taché con lápiz los que parecían abandonados. Me separé para verlo y lo metí bajo el teclado. Seguían siendo demasiados para poder gestionarlo.

El café llegó y di las gracias mientras seguía pasando a limpio las anotaciones hasta que escuché un carraspeo. Levanté la vista y me encontré con Anitta aguantándose la risa con la jarra en la mano.

—¿Me echabas de menos a mí o al café?

—A los dos, claro.

—Claro. —Sonrió y posó la jarra en la mesa—. ¿Trabajando?

Asentí y deseé haber guardado mejor el mapa cuando lo miró con descaro. Normalmente trabajaba en casa. En mi piso. Pero cuando necesitaba un cambio, otra perspectiva, bajaba al Starbucks y pasaba allí media mañana hasta que daba con algo que me hiciera avanzar en el expediente que tuviera designado. Me llevé el café a los labios y suspiré por el *caramel macchiato* que no podría volver a tomar hasta que cerrase el caso y regresase a casa. «Quizá esa sea mi motivación para cerrar el caso». Di un trago y para mi sorpresa, el café estaba buenísimo.

—No te había visto.

—Estaba en el almacén. —Torció la cabeza—. ¿Qué buscas? —preguntó recorriendo el mapa con el pulgar sin ocultar su curiosidad—. Igual te puedo ayudar.

Mierda.

O quizá no.

Bajé la taza despacio pensando bien mis palabras.

—Intento encontrar los ranchos y las granjas en activo, pero no doy con un registro actualizado. Y el veterinario sigue sin estar. —respondí. Había pasado por la clínica de camino y el papelito con el horario seguía en la puerta al lado de uno nuevo que rezaba «no estoy».

Anitta abrió la boca, miró a los lados y señaló hacia la gran cristalera que hacía de pared exterior.

—¿No te lo has…? Mira, allí está Bud Lavigne. El de la parka azul que está delante del ayudante Cruz.

Contuve el aire mientras lo buscaba. Al veterinario. Seguía queriendo hablar con él si la titular no regresaba antes. Era uno del grupo de hombres con el que me había tropezado al entrar y en el que ni había reparado. Un hombre de unos cincuenta años, de la

altura de Cruz, pero más ancho, barriga amplia y poco pelo. Sonreía al grupo asintiendo y se metió en una ranchera con la jaula trasera abierta antes de que me diese tiempo a ponerme en pie y perseguirlo para presentarme.

Solté el aire y dejé caer los hombros.

—¿Todavía no lo habías localizado?

Negué y se le escapó una risilla. Sacó una libretita del bolsillo, pero una mujer mayor con cara de malas pulgas salió de la cocina y la llamó con un grito.

—¡Larson!

En cuanto desapareció Anitta puso los ojos en blanco y se recolocó un mechón platino en el moño desecho.

—Dicen que ayer pilló al novio con la peluquera y lo está pagando con nosotros obligándonos a hacer el inventario —siseó deprisa echando mano a la jarra—. Mejor hablamos luego. ¿Te pido un menú?

Iba a decir que sí, pero no me dejó ni contestar desapareciendo tras la barra.

Me gustaba Anitta. Su frescura, su buen rollo y sus mechas de colores. Si la conociese más o la prima por resolver el caso no fuese tan elevada ya le hubiese preguntado por Walter Green. Las dos ocasiones que estuvimos juntas chismorreó de un buen número de personas así que, si algún cliente había dicho algo jugoso de Green, Anitta lo sabría. Lo malo era que después se iría de la lengua conmigo y no podía arriesgarme a que pasase eso todavía.

Aparté los papeles a un lado y abrí la versión digital del mapa al que adjunté las fotos de los recintos visitados hasta el momento junto con varias anotaciones y después abrí el abrí el expediente digital para repasarlo una vez más por si había alguna referencia a algún negocio que hubiese dejado atrás, pero nada. Ni siquiera tenía el nombre del local donde detuvieron al cuatrero porque eso debía aparecer en alguna de las hojas del interrogatorio que me faltaban. Uno de los veintisiete resultados que me había ofrecido el Google, seguro, pero a saber cuál. Torcí el gesto y después de terminar la transcripción y un par de tareas más decidí avanzar en el informe que estaba segura que Kaito me pediría antes de acabar el mes.

Y entonces caí y me sentí muy tonta por no haberlo pensado antes. El sitio en el que habían detenido a Walter Green podía ser el mismo bar que Jameson mencionó verlo en dos ocasiones. Igual hasta era un cliente habitual. Eso si las insinuaciones de Jameson eran ciertas, porque por su manera de actuar me costaba creérmelo porque no tenía pinta de tener muchos escrúpulos en mentirme para sacarme el dinero.

Si supiese el nombre del local, al menos, me podría pasar y hacer un par de preguntas.

Y eso sí que se lo podía sacar a Anitta.

Obviamente no preguntando directamente por él, pero me jugaba mis gafas de diseño a que en un lugar tan pequeño y tranquilo tenían tan pocos detenidos que todo el mundo se enteraba de lo sucedido y seguro que algo recordaba. Satisfecha lo añadí a la lista de tareas pendientes y continué tecleando cuando dos golpes secos contra la mesa de fórmica negra me hicieron cerrar la ventana y levantar la cabeza.

—No he podido darme más prisa, lo siento.

Torcí la cabeza confundida. Vera Stanway, la mejor amiga de Anitta, me observaba con curiosidad. La mitad de los clientes de la barra se habían girado para verla y no era de extrañar. Era despampanante. Con unas piernas kilométricas y esa confianza en sí misma tenía pinta de supermodelo, pero sin necesitar ni rastro de maquillaje. Su pelo era tan claro como el mío, aunque más corto; apenas le rozaba la mandíbula. Y aunque las dos amigas tenían mucho en común, Vera era más desconfiada y directa que la camarera y había necesitado invitarlas a tres rondas para ganármela. Tiró el bolso y el abrigo en el asiento y se dejó caer frente a mí.

—¿Qué era lo que querías? —preguntó tecleando en su teléfono.

—¿Yo?

—Anitta dijo que viniera porque necesitabas ayuda. — Se remangó inclinándose hacia adelante—. Venga, dispara.

Parpadeé. No tenía ni idea de lo que hablaba.

—Como sea una de sus tretas para despotricar de John Buttler cuando sabe lo pillada que voy de tiempo es que la mato —

rezongó echándose hacia atrás—. ¿Es por eso?

Me encogí de hombros y se me escapó una carcajada al ver su expresión y casi a la vez Anitta salió de la barra cargada con la bandeja y una sonrisa enorme. La dejó sobre la mesa y se apretó contra Vera.

—Hazme un hueco que tengo poco rato.

—¿No me digas? Como a mí me sobra...

Anitta la ignoró guiñándome un ojo a la vez que agarraba un plato y me lo pasaba. Un guiso que olía increíble y que me hizo darme cuenta del hambre que tenía. No había comido nada, vivía solo a base de cafés. Dejó otro igual frente a Vera que lo agarró con firmeza y soltó:

—¿Me has hecho venir por lo de John?

—Yo no hablo de ese imbécil —masculló agarrando la servilleta. Torció la cabeza y la miró fijamente— ¿Te ha preguntado por mí?

—Que para que estoy aquí, Anitta.

—Por lo de los ranchos.

Las dos pusimos cara de sorprendidas y nos miramos de reojo. Levanté las palmas intentando decirle que estaba tan desconcertada como ella.

—Darrell quiere saber cuántos hay por la zona para venderles seguros —añadió sirviendo las bebidas.

—Y pensaste que yo podría ayudarla por…

—Pues porque trabajas para varios —completó llevándose el cubierto a la boca.

—Una granja y un rancho —siseó Vera.

—Pues eso. —Se encogió los hombros y yo me tapé la boca para ocultar la sonrisa. Era casi como ver un partido de tenis.

—No tengo ni idea de cuántos hay. Eso lo sabrá Gaby, que atendería a casi todos los de la zona.

El día que me encontró frente a la puerta de la clínica veterinaria Anitta me habló de ella. Gabriella Winston era la veterinaria del condado que llevaba varios meses de baja debido a una agresión muy violenta. La misma persona a la que Green negó haber atacado cada vez que Kieran se lo preguntó.

—Déjala en paz que ya bastante tiene —la advirtió apuntándola con el tenedor y las dos se enzarzaron en una pequeña discusión.

Si Vera trabajaba en un rancho podía saber más. Y yo podía sacar algo útil de aquella visita al centro.

—¿Sabes si por aquí hay caballos valiosos? —pregunté intentando sonar desinteresada—. Purasangres o sementales o así.

—¿Por qué? ¿Te dan más comisión si el seguro es más caro?

—Sí. —«Algo así».

Se golpeó la barbilla dos veces antes de responder.

—El rancho al que le llevo las cuentas es uno de los mejores del centro de Texas. No sé en los otros, pero los Woodhall tienen uno de varios cientos de miles.

A Anitta casi se le cayó el tenedor con los ojos abiertos como platos.

—¿En serio están tan forrados?

—¿De cuánto hablas, medio millón?

Arrugó la boca negando con la cabeza.

—Tanto no. Igual trescientos mil. Eso o los del seguro los están estafando con la póliza.

—¿Estás hablando del caballo ese que estuvo a punto de palmarla hace unos cuatro meses?

Vera asintió hacia Anitta, que seguía con los ojos desorbitados y después se volvió hacia mí, pero en mi cabeza todavía se repetían sus últimas palabras. Cuatro meses. Cuatro. Los mismos que llevaba desaparecido Blue Comet. Tenía que verlo para comprobarlo.

—¿Estás intentando que allane el terreno?

Asentí con vehemencia. Exactamente eso era lo que necesitaba. Entrar en el rancho. Ver al caballo.

—Lo que deberías intentar, Vera, es olvidarte de tus conflictos de instituto y ligarte a Jarrad. —Rio y le dio un codazo—. O ligármelo yo. Trescientos mil por un caballo, la leche.

Vera chasqueó la lengua molesta y Anitta puso los ojos en blanco, pero cerró la boca.

—Si quieres te llevo, pero lo vas a tener difícil. El jefe tiene contratada una buena póliza para el rancho y otra para el semental,

así que…

—¿El lunes? —me adelanté antes de volvieran a discutir.

9. KIERAN

¿Pero por qué la había besado?

Me debí hacer esa pregunta más de mil veces en los dos últimos días. Solo había visto a Darrell cuatro veces en mi vida, una de ellas de lejos, y aun así me las había apañado para besarla dos veces. Como si fuese un adicto incapaz de resistirse. Y también me había acostumbrado a pensar en ella, o a por qué era una mala idea volver a besarla, a cualquier hora del día. A solas en mi cama cuando no podía dormir, patrullando solo o acompañado o esta misma mañana en la tensa discusión con el departamento del condado por la falta de personal.

Era como si su llegada a mi condado hubiese afectado a mi cordura.

Necesitaba hacer algo.

Por eso esta tarde con el agua hasta las ingles mientras rescataba al viejo perro de los Thompson de la acequia me planteé hacer una escapada de fin de semana. Usar la aplicación de encuentros, montármelo con alguna desconocida y aparcar a esa rubia increíble de mi cabeza.

Y no volver a besarla antes de que eso ocurriera.

Además, tenía que focalizar mi atención en el trabajo. Necesitaba encontrar ya al nuevo ayudante para que el día a día en la oficina volviera a la normalidad al rebajar la carga de trabajo y la montaña de tareas pendientes que nos desbordaban a todos. Como actualizar los expedientes con los casos del día, que era lo que me retenía en la oficina a esas horas después de no haber parado desde la mañana. Me comí media barrita energética sopesando el marcharme y dejarlo para mañana, aunque fuese sábado.

—Sheriff.

Levanté la cabeza y le hice señas con la mano, pero no se movió. Funke llenaba el vano de la puerta, aunque su figura parecía

menos imponente que en otros momentos por su uniforme desaliñado, las manchas de hierba y tierra y las bolsas bajo los ojos. Supuse que yo también ofrecía un aspecto parecido.

—Me marcho ya. Todavía tengo que ir a por Cindy que estamos con un solo coche.

Era tan tarde que solo quedábamos nosotros en la oficina.

—Ok. Descansa. Y no quiero verte hasta el lunes —bromeé apuntándolo con la lata de cola.

—Ojalá, jefe —respondió con una sonrisa cansada. Dio dos golpes contra la madera, como solía hacer para despedirse cuando comenzó a sonar el teléfono y sus hombros se hundieron en respuesta. Se giró para ir hacia su mesa, pero me adelanté desviando la llamada a mi extensión llevándome el auricular a la oreja.

—Oficina del sheriff de Strokeville, ¿en qué podemos ayudarle?

Apenas escuché las primeras palabras levanté la vista al techo pidiendo fuerza a la divinidad que fuera. La semana había resultado agotadora y el fin de semana no se presentaba más tranquilo. Funke entró en mi oficina con cara de resignación mientras escuchaba mis respuestas.

—¿Qué pasa? —preguntó al colgar.

—Aaron Jackson borracho y liándola. Otra vez.

—Vamos. —resopló colgándose los pulgares de las presillas.

Me levanté, suspendí el ordenador y agarré la cazadora colgada del respaldo para ponérmela. En media hora estaría de vuelta con el problema zanjado y todavía a tiempo para terminar con el trabajo y por primera vez en mucho tiempo tener libre el fin de semana completo. Señalé el pasillo con la cabeza y los dos salimos de mi despacho tras apagar las luces. El día había sido muy duro y lo notaba en la tensión de los músculos de la espalda.

La mayor parte de la ronda la había empleado en visitar las granjas de la zona sureste que quedaban muy apartadas unas de otras, ya en la periferia, para advertir de los recientes ataques de un puma al ganado en el condado vecino de Menard, por lo que era posible que los animales salvajes se desplazasen hasta aquí.

Esa tarea inicial derivó en tener que ayudar con la reparación de vallas, cercados y establos en algunas granjas unifamiliares de escasos recursos. A diferencia del de mis primos, muchos ranchos y granjas de la zona no atravesaban su mejor momento; muchos, incluso, tenían tantos problemas económicos que andaban muy cortos de personal. Yo había pasado la mitad de mi infancia en el rancho de mis primos, cuando todavía lo regentaban sus padres, así que estaba acostumbrado a ese tipo de trabajo y no me costaba echar una mano cuando sabía que la necesitaban.

También tocó lidiar con los ánimos de varios granjeros cabreados que temían ataques humanos a sus propiedades. Algunos se referían a esos estúpidos rumores del periódico sobre luces nocturnas en distintos puntos del condado y de los que no había ni una sola prueba, mientras que otros desconfiaban de los foráneos que habían visto cerca de sus granjas, aunque tampoco les dieran motivos.

Y durante toda esa jornada maratoniana Alan Funke había estado a mi lado. Si yo estaba reventado, él, que me llevaba doce años, tenía que estar peor.

—Yo me encargo, Alan. Tú vete a buscar a tu mujer.

Me palmeó la espalda con una sonrisa agradecida y se despidió de mí al entrar en el aparcamiento. Cindy trabajaba en un bar de carretera a las afueras de Strokeville, casi en el límite de la frontera con el condado de Mason. En cambio, yo solo tenía que cruzar un par de calles para encontrarme con el vecino que más problemas me estaba dando en el último año. Metí las llaves en el coche oficial porque esta vez apuntaba a que no iba a servir con un par de amonestaciones y arranqué a toda prisa.

Rosario Matt me había suplicado atropelladamente que fuese a ayudarlos al supermercado y de fondo había distinguido la voz de su hijo enfrentándose a las bravuconadas de Aaron. Nelson no era más que un chiquillo de unos quince años que ayudaba a sus padres en el negocio familiar cada vez que lo necesitaban. Demasiado joven para tener que lidiar con ese imbécil.

En cuanto llegué a la calle del Dollar Matt Store escuché un grito de mujer y me apresuré a estacionar en el primer hueco libre

del aparcamiento privado del supermercado. No parecía la voz de Rosario, pero sonaba igual de angustiada. Casi corrí sorteando las furgonetas estacionadas y entonces lo vi. Aaron Jackson, de espaldas a mí, levantó el brazo y soltó un manotazo torpe hacia adelante. Abrí la boca para gritarle que parase, pero no me salió la voz.

Darrell fue más rápida.

Giró, lo esquivó, le dio una patada seca en la rodilla que lo desestabilizó y le retorció el brazo tras la espalda. Sin dudar. La única respuesta de Aaron fue un aullido lastimero. Avancé viendo que se inclinaba para decirle algo sin soltar el agarre a pesar de que intentaba sacudírsela de encima. No tenía sentido que una vendedora de seguros que calzaba unos tacones imposibles supiera hacer eso y a ese nivel. Solo necesitó dos segundos para controlar con soltura a un borracho que debía llevarle más de treinta kilos y otros tantos centímetros. Y ni se había despeinado.

Tampoco tenía sentido que verla controlar la situación de esa manera me la hubiese puesto tan dura.

Carraspeé y me puse a su lado.

—Ya me encargo yo, Darrell. —Volvió la cabeza sorprendida sin llegar a soltarlo —. Como sigas girando le rompes el brazo.

—Pues es lo que se merece.

Me tragué un gruñido y tiré por Aaron hasta que se quedó de pie.

—Tú te vienes conmigo, Jackson. Esta noche la pasas en una celda a ver si así te entra algo en la mollera y espabilas.

—¡No puedo, tengo cosas que hacer! —farfulló lloroso apestando a cerveza.

—Habértelo pensado antes de montar otro numerito —bramé llevándolo hacia el coche. Rosario nos observaba desde la puerta del supermercado rodeando con el brazo a su hijo Nelson que tenía una marca roja en la cara. Por detrás de ellos se asomaban varios rostros de vecinos curiosos que a diferencia de Darrell habían pasado de acercarse. Le recité sus derechos y me aseguré de que comprendía lo que le decía antes de dejarlo cerrado en el coche y regresé.

—¿Estáis bien? —le pregunté a Rosario que se limitó a asentir temblorosa apretándose más contra su hijo —. Si necesitáis algo…

—Todavía tenemos que cerrar. Mike no está y no quiero dejarlo solo —dijo señalando a Nelson con la voz entrecortada.

Asentí, le apreté el brazo al chaval para reconfortarlo y al girarme, Darrell me guiñó un ojo mientras recogía unas naranjas del suelo que ni había visto.

—Y tú también te vienes conmigo hasta que esto se aclare — ordené.

—Pero … —protestó incorporándose.

—Que me sigas hasta la oficina, Darrell.

Torció la boca y negué con la cabeza para que ni se le ocurriera quejarse, pero alguien se le adelantó.

—No ha hecho nada —protestó la señora Staton. El cabello le caía desordenado por la frente, lo que sí que era una novedad y no su capacidad de meterse en donde la llamaban—. Solo me ha ayudado cumpliendo con *tu* trabajo.

Apreté las mandíbulas con fuerza para evitar una respuesta a la altura mientras Rebecca continuaba despotricando agarrando la bolsa con las naranjas. Di dos zancadas hacia la mujer que había invadido mis sueños, me metí las manazas en los bolsillos para evitar el impulso de apartar parte del pelo liso de su mejilla y siseé enfadado conmigo mismo:

—Como no vengas para que te tome declaración juro que voy al Hickory y esta noche duermes en la celda contigua a la de Jackson.

Me giré hacia el coche sin darle tiempo a responder.

Dejar a Aaron en la celda me costó más rato de lo esperado entre tropiezos, empujones, quejas y lloriqueos, pero antes de salir de allí ya roncaba despatarrado sobre el camastro. Subí a la planta principal y al abrir la puerta me sorprendí. Darrell no estaba sola, sino que llevaba a Rebecca Staton como refuerzo colgando del brazo. La conocía desde niño y si algo tenía claro cualquier vecino de Strokeville era que a Rebecca no le gustaban los forasteros, pero estaba claro que la prefería a ella mucho antes que a mí en aquel

momento por el modo en que me examinaba con la nariz arrugada. Y yo no estaba del humor necesario para aguantarla.

—Ven por aquí, Darrell. Usted puede retirarse, señora.

—¿Irme? —Rezongó haciendo que me apartase para dejarlas pasar y enfiló hacia el pasillo sin mirar atrás—. Ese Jackson es un borracho y un sinvergüenza como ya lo era su padre. Ha intentado robarme la cartera y si no llega a ser por esta joven tan valiente a ver qué hubiera sido de mí. Tenemos el pueblo plagado de delincuentes y no hacéis nada de nada para solucionarlo.

—Que sí, señora Staton. —La corté. Me detuve frente a la puerta de mi oficina. Los ojos azul claro de Darrell brillaban de diversión. Agarré el pomo y me giré—. Puede irse a casa y si quiere le recojo la declaración el lunes.

—No, no. Yo a ese borracho lo denuncio hoy —contestó sentándose en el banco de espera.

Abrí y apunté al interior con la barbilla y esperé a que Darrell entrase antes que yo. Todavía no se había sentado cuando espeté:

—No sé qué es lo que ha pasado exactamente —empecé.

Se encogió de hombros dejándose caer con gracia en la silla frente a la mía.

—Ni yo. No creo que intentase robarle. Más bien tropezó y casi se le cayó encima, pero en vez de disculparse, se revolvió, la amenazó y tuve que intervenir.

Intervenir. Claro.

—¿Y qué hacías por allí? ¿Mi ronda?

—La compra.

—¿A estas horas?

Metió la mano en el bolso sin dejar de sonreír y dejó una caja cuadrada de cápsulas de café sobre mi escritorio.

—Se me acabaron. Últimamente recibo muchas visitas y tengo que ser una buena anfitriona.

Me estaba provocando y lo peor era que le funcionaba. No podía evitar sentirme intrigado por ella. Había algo que no encajaba en lo que me contaba, aunque de momento no pensaba preguntar mucho más. Al menos no de manera directa, porque cuando lo hice no obtuve más que ese chiste malo de que trabajaba «con seguros»

en una respuesta vaga y nada detallada. Lo que en mi experiencia profesional solía significar que era mentira.

No era la primera vez que trataba con personal adjunto a una compañía de seguros; administrativos, normalmente. La mayoría de las veces era por accidentes con ganado involucrado y necesitaban hacer algún tipo de comprobación del expediente. Casi todas las gestiones eran telemáticas y, las pocas veces que habían tenido que venir a comprobar algo en persona en los casi cuatro años que llevaba a cargo de la oficina, no duraban en Strokeville más que unas horas.

En cambio, esa mujer segura de sí misma y provocadora llevaba *al menos* cinco días en mi condado. Ningún administrativo, abogado o vendedor de seguros se quedaba tanto tiempo solo *revisando pólizas*. Ni hacían llaves de defensa personal con esa soltura.

Fue pensar en ella golpeando a Aaron y mi amiguito se volvió a animar.

—¿Cómo supiste deshacerte de Jackson?

—Vivo en una ciudad grande, sheriff. Saber defenderse no siempre es opcional.

—Para eso la gente se compra una pistola eléctrica o una de verdad.

Levantó su bandolera con un brazo.

—Es un bolso grande, cabe de todo —sonrió y cruzó las piernas de manera provocativa.

Me estaba incitando, distrayendo, y los dos lo sabíamos. Me incliné hacia adelante observándola con seriedad intentando leerla más allá de esa imagen de portada, pero ella permanecía impasible. Era molesto. No podía evitar sentirme atraído por Darrell a pesar de que *sabía* que había algo que no encajaba. De que tenía la sensación de que me ocultaba algo.

«Y me jode que, a pesar de todo, me guste tanto igualmente».

—¿También un manual de defensa personal avanzada?

Apoyó los codos sobre el escritorio con confianza y su olor me envolvió de repente.

—Empecé por un curso obligatorio en el trabajo y le cogí el gustillo. Siempre me ha gustado el deporte.

—¿Un curso obligatorio de defensa personal para vender seguros porque es un trabajo peligroso, quieres decir?

Asintió con más descaro todavía con la risa brillando en la mirada. Estaba a punto de replicar cuando sonó su teléfono. Rebuscó en el bolso y al leer la pantalla apretó los labios dejándolo sonar entre sus dedos.

—Responde.

Sacudió la cabeza, pero sus ojos habían perdido parte del brillo. Dejó el teléfono sobre la mesa y pude leer el identificador. «Mamá». Recordé que en mi visita al Hickory había aparecido el mismo nombre en la pantalla y ella tampoco había contestado alegando que lo haría cuando yo no estuviese presente. Como si no quisiera que pudiera escuchar ni una palabra de esa conversación. Podía haber mil motivos diferentes para eso, claro, pero uno obvio por el que no quisiera contestar era porque ese identificador fuese solo para despistar.

—Igual es algo urgente.

—No creo. —Negó rehuyéndome la mirada, con la boca torcida en una mueca. Suspiró—. Si lo fuera no me llamaría a mí. Además, ya hemos hablado esta semana. —No fui consciente, pero debí mostrar mi desconcierto porque añadió—. ¿Qué pasa, tú no hablas con tus padres con frecuencia?

—Claro que sí, por eso te digo que contestes. Si es que no tienes nada que esconder.

Boqueó una, dos, tres veces y después apretó los labios y se echó hacia atrás. *Ahí había algo.* Me pasé la palma por el pelo despeinándome y la imité hundiéndome en el respaldo sin sacarle el ojo de encima. El ambiente había cambiado: ella parecía un poco a la defensiva y yo seguía intrigado, más de lo que debería.

Hasta el momento había conocido muchas facetas de la misma mujer: tenía sentido del humor, era descarada, segura de sí misma hasta decir basta, más preciosa cuanto más la miraba y cargada de vitalidad. Era compleja. Todavía no había visto un cariz

de ella que no me atrajese. Pero en aquel momento se estaba cerrando en banda.

Igual si me abría, si compartía algo, Darrell también lo hacía.

—Mi madre vive en una casita con jardín al final de la Carretera de Agua Fría, a quince minutos en coche de aquí. —Señalé la dirección con la mano—. Trabaja en la escuela y es voluntaria en la biblioteca. Y si me llama tres veces en un día sin que le responda más me vale estar hospitalizado.

Sonrió y negó con la cabeza como si estuviese exagerando. Su teléfono dejó de sonar a la vez que se abría la puerta. La señora Staton se quedó en el umbral observando mi oficina con curiosidad.

—¿Sí?

—¿Tenéis para mucho rato? Es que me han llamado mis amigas por la partida de bridge. Y para que les cuente qué hago aquí, claro.

—Todavía vamos por la mitad —mentí deseando librarme de ella.

Frunció los labios y se inclinó para agarrar las bolsas que había dejado tras ella.

—Pues entonces te haré caso, Kieran, y volveré el lunes para la declaración. Porque ese no se va a librar de lo que me ha hecho, vaya que no.

Cerró sin apenas despedirse y resoplé por la frustración. Darrell todavía se estaba riendo de mí cuando su teléfono volvió a sonar. «Mamá». Se removió en el asiento incómoda hasta sentarse solo en el borde.

—¿Lo que has dicho de tu madre es verdad? —Asentí con seriedad. Ya me había llevado más de cuatro gritos por eso—. ¿Y por qué se pone así? Tienes más de treinta… y una pistola.

Apreté los labios antes de darle una respuesta.

—Mi padre murió estando de servicio cuando yo era un crío. Desde entonces es un poquito quisquillosa con eso.

—Vale. —Soltó un suspiro largo y después descolgó activando el altavoz. —Hola, mamá.

—Darrell, llevo días llamándote. ¿Estás bien?

—Sí.

—Estupendo porque, verás, la sobrina de mi compañera de trabajo de… —Quitó el altavoz, se llevó el iPhone a la oreja y se limitó a escuchar contemplando los ronchones del techo. Bajó la mirada con resignación evitándome.

El identificador de llamadas era correcto y ahora era obvio por qué no había querido responder delante de mí las dos veces.

—No, mamá. No puede quedarse a dormir en mi piso. —Su voz sonaba más cansada y frustrada que hacía unos instantes—. Pues porque no la conozco de nada; ni a ella ni a tu compañera. Y porque ni siquiera estoy en Atlanta.

Hacía más de quince días de nuestro primer encuentro en el aeropuerto.

Toda mi familia sabía de la convención en Georgia desde antes de que me decidiese y comprase el billete de avión.

—Sí, es por los seguros. No, no quiero cambiar de trabajo. En Texas. Sí, me hacen viajar mucho. ¿Isaac? No, tampoco puede encargarse. —Me miró de reojo y se volvió hacia la ventana. Sus contestaciones sonaban robóticas, cada vez más apáticas—. No ha venido conmigo, no. Pues porque tampoco está en el piso. De acuerdo, mamá. Hasta luego.

Colgó y se quedó quieta un momento con la mano apretada sobre el teléfono y la melena lisa rubia cubriéndole el rostro. Inspiró hondo y sentí su mirada ir y venir en el silencio. Tras un minuto eterno cuadró los hombros y me apuntó con la barbilla.

—Te dije que no era urgente —dijo con una sonrisa forzada mientras levantaba el iPhone con los dedos blancos de tanto apretarlo.

Fingía seguridad, pero ya no lo estaba como cuando me desafiaba con sus bromas. Sus hombros se habían hundido, sus preciosos ojos ya no brillaban igual y una sensación molesta comenzó a anidar en mi estómago. Se testigo de la relación con su madre me había dejado más preguntas que respuestas y, aunque necesitaba tenerlas, lo más importante era que ella necesitaba una tregua.

Así que se la di.

Me incorporé y le indiqué que hiciera lo mismo.

—Vete a descansar, Darrell. El lunes repasaremos tu declaración.

Parpadeó sorprendida.

—¿Me estás echando?

—Sí. Los dos hemos tenido un día largo y ya son horas de terminarlo —añadí rodeando el escritorio para abrirle la puerta. No dije «estoy agotado» o algo mucho peor como «si no dejo de mirarte voy a acabar perdiendo la cabeza». Solo me quedé allí de pie a un lado de la puerta.

Caminó despacio hacia la salida con el teléfono todavía colgando de la punta de sus dedos.

—Buenas noches, sheriff.

Iba a responder cuando se puso de puntillas y me besó en la mejilla. Su perfume avainillado me invadió trayendo recuerdos peligrosos, así que me quedé muy quieto y con la boca cerrada. Apenas salió al pasillo cerré y me apoyé contra la pared escuchando sus pasos alejándose hasta que la puerta principal se cerró. Y entonces respiré. Porque si se hubiese quedado un minuto más, si yo me hubiera movido un milímetro, la hubiera besado por tercera vez.

Así que esperé hasta que la tensión comenzó a disminuir, me froté el rostro con ganas y exhalé hasta que me quedé vacío. Había algo en Darrell que la hacía diferente a todas las demás. Era fuerte, frágil, preciosa y mil cosas más. La seguridad en sí misma que había mostrado hasta ese momento era algo que me obsesionaba tanto como sus labios perfectos. Me pasé una mano por el pelo y me separé de la pared. «Una horita más para actualizar los expedientes y para casa, Kier».

No me hacía ninguna gracia perder el viernes noche en eso, aunque tampoco tener que recuperar el tiempo fin de semana o entrar dos horas antes el lunes, así que quizá una buena dosis de aburrida burocracia fuese lo que necesitaba para poner los expedientes al día y exorcizarla de mi cabeza. Di dos pasos y el chirrido suave de la puerta me detuvo en seco. Giré la cabeza para ver la puerta abriéndose detrás de mí.

Ahí estaba otra vez. Con el pelo algo revuelto y la respiración ligeramente agitada. En cuanto sonrió el corazón me golpeó la garganta.

—Me olvidé las cápsulas. —Su voz era apenas un susurro que chocaba con los movimientos felinos con los que se coló por la puerta para acercarse hasta mí.

Señaló hacia la mesa y seguí su dedo todavía sorprendido porque hubiese regresado. La cajita cuadrada estaba encima de una montaña de expedientes. Me apresuré a acercarme al escritorio obligándome a no mirar su boca ni un segundo. La tomé y se la tendí.

—Toma.

Debería agarrarla y salir.

Debería.

Pero sus dedos rozaron los míos y eso lo cambió todo. Intenté huir, hacer distancia interponiendo entre los dos mi escritorio, así que me senté al otro lado. Soltó el bolso y parte del contenido salió disparado por el suelo, pero ya daba igual. Sus ojos no se separaban de mí. Un paso. Luego otro. Estaba a punto de romperme, de perder el control.

Pasó una pierna por encima de las mías para quedarse de pie con sus rodillas clavándose en mis muslos. Sus manos pequeñas, pero fuertes, recorrieron el rudo tejido del uniforme serpenteando con el índice entre los botones de la camisa. Cuando se sentó sobre mis piernas y rozó mi miembro hinchado ya no pude pensar más. Solo sentir. El calor de su cuerpo menudo. Su respiración en mi rostro. Su tacto en mi piel. Ahogué un gemido y me agarré a los reposabrazos porque comenzó a frotarse contra mí. Una y otra vez. Sin tregua.

—Prefiero descansar contigo, sheriff

—Ven.

Se echó hacia adelante hasta que nuestros labios se rozaron y perdí el escaso control que me quedaba. Metí la mano entre su pelo para que no se separase de mí a la vez que colaba la lengua entre sus dientes y le acariciaba el paladar. A Darrell se le escapó un gemido que me puso duro por completo. Sus caderas trazaron

círculos sobre las mías al mismo compás al que lo hacían nuestras lenguas. Y ya no hubo vuelta atrás.

Los expedientes tendrían que esperar.

10. DARRELL

—Menuda idea que he tenido, ¿eh? —murmuré con desgana al ver el desastre en el que había convertido la habitación.

Tenía un aspecto catastrófico.

Había periódicos por todas partes cubriendo la colcha de flores casi por entero y ya me estaba arrepintiendo de haber dicho que sí. Torcí la cabeza y culpé a la caja de cápsulas de café que descansaba tranquilamente a un lado de la cama de todo. Sobre todo, de la frustración que me había llevado a tener esa infame colección de periódicos sobre la cama. Deslicé las yemas de los dedos por la piel irritada junto a la boca, agarré uno y me dejé caer sobre la silla con mala gana recorriendo la montaña uniforme de titulares sin reparar en ninguno.

Kieran besaba muy bien. Quizá demasiado. Y se había esmerado mucho en dejármelo claro en su oficina. Se había tomado su tiempo para lamerme, acariciarme y mordisquearme hasta llevarme al límite. Hasta estar a punto de suplicar por más. Eso en sí ya tenía que haber sido una pista de que debía apartarme.

Alejarme lo más posible, porque yo no era así.

No me dejaba llevar.

Esa era una queja habitual de Isaac. Y Kieran ya había conseguido sacarme de mis límites en dos ocasiones. O más bien una y media. Estaba a punto de quedarme sin camiseta cuando los teléfonos sonaron como locos una y otra vez y Kieran se convirtió en el sheriff entregado a su condado dejando la lívido atrás. Una emergencia, al parecer. Al salir del edificio solo me dedicó un gruñido antes de dirigirse al aparcamiento y dejarme allí sola frente a la entrada con el jersey arrugado en el bolso y la piel ardiendo por culpa de sus dedos ásperos.

Y sin mirar una sola vez hacia atrás.

Al llegar al aparcamiento del supermercado ya había cerrado. La cocina del hotel también. Y cuando protesté porque no tenía ganas de volver a salir la camarera miró hacia los lados para cerciorarse que no hubiese nadie más y después añadió:

—Si no te importa que sea recalentado…

Mientras esperaba a que volviera me fijé en la pila de periódicos doblados sobre la barra. Eran de la última semana. En el primero aparecía con un titular que ocupaba la página completa una crítica a la nueva ordenanza de basura; en el segundo, apenas leí la palabra «sheriff» lo tiré a un lado. En el tercero la fotografía de una joven jinete sonriendo sosteniendo un trofeo junto a un caballo llenaba la portada.

—El caballo es de un rancho de aquí. ¿Te gusta el rodeo?

«No, pero las noticias sobre caballos sí». Bajé el periódico y la mujer me puso delante una bandeja cubierta de la que salía olor a queso caliente. En vez de darme prisa por subir a la habitación, levanté la tapa, le di las gracias y me dispuse a darle coba a la vez que atacaba los macarrones con queso. Más de una vez había intentado rastrear noticias locales sobre robos de caballos o de ejemplares desaparecidos, pero con escaso éxito. Y no solo en Strokeville. En general, en estos condados más rurales, la información estaba menos digitalizada que en las ciudades, lo que era perfecto para la privacidad, pero malísimo para mis intereses.

La web del periódico del condado era un desastre. La primera vez que la consulté mostraba de inicio una noticia que tenía más de un mes. No subían el contenido íntegro de lo que publicaban: titulares y resúmenes y poco más; ni siquiera con todas las publicaciones. Y eso que no publicaban cada día.

—¿Me los puedo subir? —pregunté señalándolos con el tenedor cuando me di cuenta de que esa mujer era demasiado reservada como para convertirse en una gran fuente de información —. Te los devuelvo mañana a primera hora.

Arrugó el ceño y se secó las manos en el paño sopesándome con la mirada.

No tuve que mentir siquiera, solo decir que me interesaban mucho las noticias locales, que los necesitaba por mi trabajo y que

no había podido hacerme con una copia de esos números. Para cuando me terminé los *mac and cheese* estaba más que informada de que su padre almacenaba periódicos de Strokeville y dos condados vecinos desde hacía años y que ella le llevaba los periódicos del hotel siempre que podía para que le saliera gratis. Y esta mañana cuando me disponía a bajar a desayunar me encontré con dos cajas de cartón llenas de ejemplares.

De los tres últimos meses, al parecer. No todos. No completos. Pero los suficientes como para perder el sábado entero.

Y al verlos ahora desparramándose sobre mi cama solo tenía ganas de rendirme. Pero repasé las noticias de la portada con atención antes de abrirlo. Llevaba unos días titubeante. La misma voz interior que hasta hacía poco gritaba que si Green se había escondido allí tanto tiempo tenía que ser por algo, había comenzado a susurrarlo con menos fuerza. Quizá fuese porque me pesaban tantos días fuera de mi casa. O por lo de Kieran. Pero todavía no tanto como para estar dispuesta a soltarle los cinco mil a Jameson a cambio de aire.

«Puedo con este trabajo».

Me llevé la taza a la boca y puse cara de asco al comprobar que el café estaba helado. A saber el tiempo que llevaba ahí frío esperando a que me lo terminara. Me levanté para vaciarlo en el baño y pulsé el botón de la cafetera por inercia, aunque no estaba segura de si esta vez podría solucionar el problema solo a base de cafeína. No había salido en todo el día de la habitación. Ni para comer.

Después de casi diez horas tenía la mente y el cuerpo entumecidos. Y aunque no quería, comenzaba a dudar de mí y de mi profesionalidad, porque ni Strokeville ni Green me lo estaban poniendo fácil. Hice círculos con el cuello hasta aliviar un poco la tensión y me apoyé contra la pared.

Encontrar a Blue Comet estaba resultando un gran reto. Uno aburrido. Uno que implicaba haber perdido la mayor parte del sábado leyendo periódicos que necesitaban con urgencia un corrector porque estaban cargados de erratas, de faltas y de estilo.

Pero había avanzado mucho. Al menos ya se podía apreciar lo horrorosa que era la colcha casi por completo. La mayoría de los periódicos habían regresado a las cajas de cartón. Y, en contra de mi idea inicial, no había descartado los más recientes. No podía limitarme a buscar cosas sobre Blue Comet; si quería dar con alguna pista que me llevase hasta él debía tener la mente un poco más abierta.

Y eso implicaba prestar atención a todo lo relacionado con robos o desapariciones de caballos, por ejemplo.

No había encontrado más rastro sobre la antigua cuadrilla de Green, pero eso no tenía por qué significar que hubiese dejado de estar operativa. Quizá habían aprendido a pasar más desapercibidos. Yo solo tenía el rostro de Green, pero por el vídeo era obvio que no había actuado solo. Si no era capaz de encontrarlo, cualquiera de sus «amigos» podía servirme a dar con mi objetivo.

Agarré la taza con las dos manos y caminé despacio hasta regresar a mi asiento. No podía subrayar directamente los periódicos porque me había comprometido a devolverlos en el mismo estado el lunes a primera hora, así que había dejado apartados aquellos con noticias que más me habían llamado la atención para luego fotografiarlos.

Desde la pantalla del portátil, la aplicación de notas me mostraba los seis apellidos por los que quería empezar. No tenía nada firme. Ojalá. Pero eran los propietarios de granjas y ranchos del condado que más veces salían repetidos, aunque en algunos no me quedaba claro si los desaparecidos eran caballos u otro tipo de animal de granja. Una de las noticias era tan confusa que ni siquiera me había quedado claro si al dueño del rancho solo le habían robado maquinaria o también animales, así que lo anoté también. Por si acaso. Ahora solo había que descartarlos.

Di dos sorbos lentos, intentando disfrutar del sabor sin lograrlo y bajé la tapa del portátil después de asegurarme de que todo lo que había hecho se había guardado. Podía seguir mañana. O dentro de un rato, porque no tenía más planes. Me levanté y saqué ropa limpia del armario. Una ducha rápida me vendría bien para

calmar los músculos y aclarar las ideas antes de bajar a cenar si no quería volver a cenar los macarrones recalentados.

El teléfono vibró y por un instante deseé que fuese Kieran proponiéndome retomar lo que había quedado a medias la noche anterior.

«No tiene ni tu número, Darrell. No seas tonta».

Desbloqueé la pantalla y ahogué una carcajada antes de volver a bloquearla.

Era un recordatorio automático del dentista de Isaac.

11. KIERAN

—Buenas noches, sheriff.

Devolví el saludo a la pareja sosteniendo la puerta del Willow Rock Bar y me hice a un lado para dejarlos pasar delante de mí.

Me encantaba ese local. Desde las paredes de ladrillo rojo, madera y metal hasta la música rock pasada de moda que reverberaba por toda la estancia. Josh y su mujer lo habían renovado a fondo unos cinco años atrás y se lo habían tomado muy en serio. Nada de las viejas cabezas de vacas de cuernos largos a juego con el tapizado de estampado de vaca del anterior propietario.

Ahora tras la barra se exhibían placas metálicas de vehículos de todo el país mezcladas con carteles luminosos de estilo retro. Los taburetes de la barra forrados de piel negra, igual que los sillones de los reservados. Las mesas cuadradas de madera oscura. La mayoría de los clientes habituales eran una mezcla heterogénea de roqueros, moteros y rockabillies de los condados cercanos y se veían muy pocos sombreros texanos. Los escasos turistas no lo frecuentaban demasiado porque era lo contrario de lo que buscaban para compartir en sus redes sociales, ya que no había ni rastro de la estética cowboy que la gente relacionaba con esta parte del país; los vecinos tampoco lo tenían el primero de la lista.

Y eso lo convertía en un lugar perfecto para esos días en los que solo quería evadirme y olvidar durante un rato que era el sheriff de un pequeño condado en el corazón de Texas con más responsabilidades que tiempo o sueldo. No quería conversación ni compañía, solo una jarra de cerveza fría y que un buen riff de guitarra se llevase la mitad del ruido que tenía en la cabeza.

El problema era que los sábados había más gente de la necesaria.

En ese momento más de la mitad de las mesas estaban ocupadas y varias de ellas por vecinos de Strokeville. Levanté la

barbilla saludando de pasada a unos y a otros sorteando las mesas cuando una mano me apretó por el hombro.

—Ey, Kieran, te invito a una si te sientas con nosotros. —propuso señalando la mesa a su espalda. John Buttler era el mejor amigo de mi primo Trevor desde la primaria, además de la persona con más mando en el rancho Woodhall ajena a la familia. Me caía bien y en otras circunstancias le hubiera contestado que sí, pero estaba sentado con dos de sus primos que eran un caso aparte. Y no solo por los problemas que habían dado en el rancho. Nunca los había detenido, pero había estado muy cerca de hacerlo varias ocasiones.

Rechacé la invitación con una sonrisa.

—Mejor otro día, John.

—¿Es por algo del trabajo?

Por un momento me sentí confuso al ver que me señalaba. Vivía a solo dos calles del Willow y solo quise venir y desestresarme un rato así que al salir de la ducha me limité a poner lo primero que encontré: vaqueros y camiseta viejos bajo una cazadora verde militar que ahora me daba cuenta que era bastante parecida a la del uniforme. Quizá John ya iba un poco achispado y no había notado la diferencia.

—Algo así.

John resopló y se apartó el cabello castaño pegado a la frente.

—Es sábado, Kier. Deberías salir a divertirte. Y más con lo poco que te lo agradecen.

Me encogí de hombros y le palmeé el brazo para seguir. Y entonces la vi. Estaba en la esquina de la barra con la cara prácticamente tapada por su cabello rubio liso que brillaba a causa de la luz que reflejaban los espejos donde se exponían los licores. No necesitaba verla para reconocerla, porque tenía algo que la hacía inconfundible. Incluso a esta distancia y tan en penumbras.

A mi izquierda John seguía farfullando algo sobre las últimas publicaciones del periódico, y le agradecía el respaldo, pero apenas lo escuchaba. Toda mi atención había viajado hasta ella. Darrell levantó la cabeza e hizo un barrido por el local hasta detenerse

abruptamente en la entrada. Su cara se arrugó en un mohín y medio segundo después la pantalla de su teléfono se iluminó y su preciosa cara quedó enterrada por esa sedosa manta de pelo.

—¿Le has dicho a Cruz que hable con su tío para que no publique esa mierda de artículos de «opinión», y menos con pseudónimo? Ahora hasta cargan contra los Stanway.

—No creo que valiera de nada, Buttler.

La puerta del Willow se abrió de golpe y ella volvió a levantar la cabeza y girarla hasta ese punto. Casi como si buscase a alguien con la mirada. Como si estuviese esperando a… Sentí un aguijonazo en el estómago y fui hacia allí sin despedirme de John siquiera.

No hacía ni veinticuatro horas que había estado a punto de arrancarle la camiseta para poder verla desnuda por primera vez antes de que me follase sobre mi silla. O yo a ella sobre el escritorio. Cualquier opción me parecía bien. Lo único que lo había evitado fue una emergencia que resultó no ser nada urgente una vez llegué al sitio.

Y, por lo que parecía, ya me había sustituido.

No tenía razones para enfadarme. Era ridículo. Darrell y yo no éramos nada. Un rollo de una noche y un par de besos muy calientes que me habían dejado con ganas de... «De nada más». Me froté las palmas de las manos contra las perneras esquivando a otras personas mientras me acercaba a la barra sin dejar de rumiar. La había conocido a través de una app de citas hacía unas semanas, tampoco debía sorprenderme tanto que la usase para conocer a alguien más. Pero lo hacía.

Aunque si era sincero, más que sorprenderme, la verdad era que me jodía.

Desde lejos le hice un gesto a Chuck para que me pusiera lo de siempre y la miré de reojo. Llevaba unos vaqueros ajustados, una camiseta verde que dejaba media espalda al aire y esos tacones imposibles que tenía apoyados en el reposapiés del taburete contiguo. Como si se lo estuviese reservando a alguien. Contuve un bramido y me senté de golpe logrando que me mirase de soslayo un instante antes de seguir tecleando. Me apreté las rodillas con las

manos intentado ignorar esa picazón incómoda que me recorría el cuerpo.

—Estaba libre, ¿no? ¿Te gusta el rock?

Chuck dejó la jarra ante mí y me apuré a darle un buen trago para no hacer otra pregunta ridícula.

—No mucho —respondió sin levantar la vista de la pantalla. Sus dedos se deslizaban veloces por el teclado—. Un momento, que estoy respondiendo.

Bebí un trago más largo intentando ignorar el vuelco que me había dado el estómago. Era incapaz de dejar de observarla, como tampoco había podido resistirme a acercarme a ella. Como una polilla atraída por la luz. O un imán. Solo que esta preciosa luz de metro cincuenta y enormes ojos azules me ignoraba mientras se conseguía a una nueva polilla.

—Podías cortarte al usarlo —rezongué y me obligué a beber para no terminar con un «delante de mí» que apenas pude contener —. Te podría ver cualquiera.

«Yo, por ejemplo».

—¿Y? —Paró un momento y me miró arqueando la ceja—. Estamos en el siglo XXI. Lo usa todo el mundo, sheriff.

—En Atlanta, puede; Strokeville es un lugar pequeño. —Darrell se encogió de hombros y me volvió a ignorar. El impulso fue más fuerte que yo—. Tampoco habrá muchas opciones donde elegir. Y como te da igual, me voy a quedar a mirar.

Levantó la cabeza como un resorte con los párpados bien abiertos y abrió y cerró la boca un par de veces sin emitir ningún sonido. Estaba siendo irracional y un poco ridículo, pero no pensaba desdecirme.

Me conformaba con espantárselo.

Darrell torció la cabeza y se inclinó hacia mí. Me separé interponiendo entre los dos la jarra, que ya iba por la mitad. Levanté la mano para pedir otra, porque me iba a hacer falta para aguantar el espectáculo. Chuck levantó el pulgar dándole un repaso de arriba abajo a Darrell mesándose la barba.

Era la primera vez que tenía ganas de partirle la cara a alguien en el pub.

—Eso que has dicho de las opciones… —Algo muy parecido a una sonrisa pícara asomó en su boca—. ¿Es porque crees que estoy ligando?

Señaló su móvil de manera provocadora. Yo me encogí de hombros intentando fingir indiferencia, aunque notaba la boca seca. Y no había dejado de beber. Apreté los dientes sosteniéndole la mirada. Entonces Darrell se movió para acercarse y rozó sus rodillas con las mías. Giró el iPhone hacia mí con la pantalla encendida. Era el puto Gmail. Estaba respondiendo a un email a esas horas del día. Casi esperaba que se le escapase una carcajada por mi numerito.

En vez de eso, una de sus rodillas se coló entre las mías y se inclinó hasta pegar su mejilla con la mía. Su aliento me erizó la piel de la espalda. Tuve que usar todo mi autocontrol para no agarrarla y volver a devorarla porque con solo rozarla la temperatura había subido disparada. Me tragué un jadeo y esperé.

Su voz sonó suave, dulce y ligera. Como un ronroneo. Contra mi oído.

—La última vez que ligué usando una app un desconocido me puso tan fina en el baño de un aeropuerto que todavía no la he vuelto a usar. —susurró. Me mordió el lóbulo y después lo acarició con la lengua—. Ojalá me lo volviera a hacer.

Joder.

Joder, joder. *Joder*.

La polla me dio un salto en los pantalones y hasta se me había escapado un gemido. No había nada más que Darrell y yo y aquella atracción chispeante que no nos soltaba. Darrell era lo más desafiante que me había sucedido nunca. Me levanté, atrapé su antebrazo y tiré para que se pusiera en pie.

—¿Qué…?

—Nos vamos —la corté.

—Pero tengo que pagar.

—Y yo te tengo que… —Agarré nuestras cazadoras con la mano libre y le di con la cabeza a Chuck—. Anótalo en mi cuenta.

12. DARRELL

Fue el trayecto más largo de mi vida. Una tortura y eso que solo habíamos cruzado dos calles caminando a buen ritmo. Y sin hablar. Ninguno dijo una sola palabra desde que agarré la cazadora y salimos a la calle. No nos tocamos ni una vez. No hacía falta. Las aceras en esa parte de Strokeville eran tan estrechas que estábamos demasiado cerca para mi gusto. Tanto que casi me asfixiaba. Tenía las manos escondidas en los bolsillos de la cazadora. Me temblaban de anticipación. Y por culpa de ese ambiente cargado de electricidad que parecía rodearnos allí donde nos encontrásemos. Kieran volvía a mostrarse frío y silencioso, pero el tirón que me había pegado para arrancarme del taburete dejó claro que bajo la superficie había mucho más. Tirarme al sheriff del condado donde estaba investigando era una mala idea. Una que podía complicarme avanzar porque necesitaba su ayuda y todavía no me atrevía a pedírsela porque todo estaba ya bastante enredado.

Pero tampoco podía evitarlo.

Solo con tenerlo cerca, Kieran me hacía perder la cabeza. No sabía por qué, pero quería juguetear, ser descarada y explorar otras «yo» que no sabía que tenía por dentro enterradas. Si lo pensaba bien, hasta era una suerte que algo así me sucediese con alguien tan ajeno a mi mundo. En contra de lo que Isaac decía de mí y de mi aburrida búsqueda de la estabilidad, por una vez quería tentarme a traspasar mis límites. Arriesgarme. Limitarme a disfrutar de lo que estos días pudieran ofrecerme y cuando se cerrase la investigación en los próximos días o semanas llevarme hasta el estado de Georgia algo más que una buena recompensa económica.

Dejarme llevar era un error de bulto que, desde que apareció por mi habitación en el Hickory me había llevado a impedirme a mí misma acercarme a sus dependencias oficiales para hacerme con el resto de las hojas del informe de Green que tanto necesitaba.

Y, aun así, no me había impedido susurrarle en un pub lleno de gente que me moría por repetir. Porque era la verdad. Y porque quizá saciándome de él al fin podría quitarme esta molesta sensación de quemazón de la piel cada vez que lo sentía cerca y, al fin, pasar página.

—Es esta —señaló con voz ronca a la vez que cruzaba.

Lo seguí fijándome en la casita a la que apuntaba y que parecía sacada de una revista de los años cincuenta, aunque un poco reformada. El césped estaba descuidado, pero los pinos que sobresalían frente a la fachada le daban carácter. El exterior de tablas y listones blancos era práctico, funcional y el pequeño porche delantero pintado de granate solo necesitaba una mecedora para ser perfecto.

Kieran apartó la mosquitera con una mano mientras sacaba las llaves del bolsillo con la otra. En cuanto abrió la puerta me encontré con un salón acogedor con suelo de madera con una minúscula cocina abierta donde la única iluminación era la de la escasa luz que se colaba por las ventanas a aquellas horas. Me humedecí los labios con nerviosismo y me apuré a cruzar el umbral antes de pensármelo demasiado. Ya había llegado hasta allí, no pensaba dar marcha atrás. El sonido seco de la puerta y después el cerrojo me hizo dar la vuelta. Sus ojos negros me observaban con tanto deseo que me sentía arder.

—¿Quieres un café o un …? —preguntó abriéndose la cazadora.

Yo sacudí con la cabeza ante la idea de tomar algo y cubrí la distancia que nos separaba. Levante mis manos, que parecían minúsculas al lado de las suyas y antes de posarlas sobre su camiseta dudé y fue Kieran el que me pegó a él. Presionó mi cuerpo contra el suyo y una descarga eléctrica me recorrió las entrañas. Me agarró la cabeza con firmeza tirándome del pelo obligándome a torcer el cuello y mirarlo. Tenía un aspecto fiero, un poco salvaje. Y entonces me devoró. Sabía a algo dulce y especiado y le respondí decidida a saborearlo dejándome arrastrar por ese cúmulo de sensaciones. Gemí hundiendo mis dedos en sus hombros cuando su lengua rozó la mía.

Y entonces todo pareció acelerarse.

Kieran se inclinó, me levantó por los muslos y se apretó contra mí hasta que no quedó entre nuestros cuerpos un centímetro de aire. Como si yo fuese a querer escapar de un momento así. Dio un par de pasos erráticos hacia el salón sin dejar de besarme y después se detuvo apoyándome contra la estantería más cercana y me embistió por encima de la ropa. Los pies me colgaban sobre la madera del suelo mientras notaba su erección contra mí. No pude reprimir el jadeo dentro de su boca ni frotarme contra sus caderas uniendo los tobillos a su espalda cuando volvió a embestir.

—Uf, Darrell—farfulló apoyando su frente en la mía.

Recorrió mi mejilla con su nariz y su aliento caliente me estremeció. El roce de su barba del día contra la piel era la mezcla perfecta entre incómodo y placentero. Lamió y chupó mi cuello sin tregua, como si me venerase y mi cabeza comenzó a dar vueltas por culpa de ese placer insoportable que empezaba a acumularse en mi centro. Colé los dedos entre los dos y solté los botones de su pantalón vaquero hasta que pude meter la mano y acariciarlo por encima de los calzoncillos. Gimió soltándome y me quedé desplomada contra el mueble con las piernas temblando mientras que él retrocedía unos centímetros.

—¿Has ...? —Me pasé la lengua por los labios para humedecerlos. Sus ojos no se perdieron el gesto — ¿Has cambiado de idea?

—Joder, no. Es solo que… —Se pasó la mano por el pelo corto sin dejar de mirarme, como una conexión inquebrantable—. Quería que nos lo tomásemos con más calma esta vez. Hacerlo bien, en un colchón. Pero esto está siendo demasiado...

Alargó la mano para agarrar la mía y dejarla sobre su bragueta para que el bulto que asomaba terminase la frase por él, aunque no hacía falta. Yo me sentía igual. Aplané la palma de mi mano para sentirlo por entero y la deslicé arriba y abajo sobre la tela rígida del vaquero unas cuantas veces hasta que se mordió los labios y me detuvo apretándome con sus dos manos.

—Si sigues así no voy a durar demasiado, Darrell.

—Con que sea la mitad de bueno que los del aeropuerto, me vale —susurré liberándome para bajarle el vaquero.

Kieran gruñó algo que no llegué a entender y de repente eran mis pantalones los que estaban en el suelo. Su lengua luchaba con la mía mientras que me sujetaba de las muñecas haciéndome retroceder hasta que choqué contra la pared. Otro beso más, uno húmedo y sucio que interrumpió de golpe y me puso de cara a la pared. Su mano apartó mi tanga recorriendo mi humedad y escuché el sonido del envoltorio del condón al rasgarse.

—Necesito estar dentro.

—Y yo también.

Un gruñido mucho más salvaje que el anterior. Y de una sola embestida ya estaba dentro de mí. Entero. Cortándome el aire. Sus gruesos dedos abandonaron el clítoris para hundirse en mis caderas y empezó a moverse a un ritmo brutal. Eché la cabeza hacia adelante clavando la frente y las dos manos en la pared buscando algo a lo que aferrarme porque estaba segura de que mis piernas no iban a poder sostenerme mucho más. Nunca me habían follado así, con esta intensidad, y haciéndome sentir tan llena. Me mordió el cuello y empezó a chupar y la tensión que había acumulada en el vientre se disparó como un fuego ardiente. Estaba a punto. Tan a punto que las rodillas me fallaron y estuve a punto de caer. Me apretó los muslos con más fuerza para sujetarme, sin llegar a doler, y sin dejar de moverse.

—Dios —farfullé con la frente rebotando contra la pared—. Es mucho mejor que la otra vez.

Se le escapó una risa contra mi oreja antes de morderme el lóbulo.

—Demuéstramelo, Pereira. —Su mano descendió por mi vientre para estimularme aún más—. Enséñame cuánto te gusta.

Sus palabras actuaron como un disparador y estallé. Bajé los párpados mientras que unas luces me cegaban. Eché los brazos para atrás buscándolo y clavando mis uñas en sus hombros. Quería besarlo a la vez que me faltaba el aire y sentía que me ardía la garganta.

—Joder, Darrell.

Dio un par de embestidas más, cada vez más erráticas y desacompasadas, igual que su respiración. Pegué la mejilla sudada a la pared intentando verlo y disfrutar del momento. Sus caderas vibraron contra las mías y sentí la tensión en sus músculos justo antes de soltar un bramido grave que reverberó en todo mi cuerpo mientras se estremecía sobre mí apretándome contra la fría pared.

Nos quedamos inmóviles así unos segundos, intentando regresar a la tierra.

Se apartó y sentí el aire frío a mi alrededor mientras me daba la vuelta con sus dedos recorriendo el costado hasta fijarlos en mi cintura. Me apartó un mechón tras la oreja y se inclinó para besarme con una delicadeza que contrastó con la maravillosa rudeza de antes y yo se lo intenté devolver como pude todavía temblando por los seísmos del polvo.

«El mejor de mi vida, está claro».

Se apartó lo justo para interrumpir el beso y me acunó las mejillas. Nuestros ojos se encontraron al instante. Los suyos brillaban igual de negros que antes, pero había algo más que no reconocí y que me cortó la respiración. Me soltó la cara recorriendo el torso despacio con los dedos hasta llegar a la piel desnuda y se retiró.

—Ahora ya está.

Parecía molesto ante la nueva situación.

Yo no tenía mucha experiencia sobre qué hacer a continuación. La última vez me había limitado a salir del cubículo del baño después que él. Cuando lo vi rascarse la mandíbula recordé lo que decía Isaac sobre que a los hombres no les gustaba tener que hacer arrumacos o pasar más tiempo del necesario con un ligue solo por obligación. Solté el aire despacio entre dientes sintiéndome ridícula y un poco decepcionada.

—Sí, claro —añadí apartándome para buscar mis pantalones.

—¿Qué haces? —preguntó serio.

Me volví fingiendo una sonrisa. «Está bien. No pasa nada». En la televisión y en los cursos de desarrollo personal siempre recalcaban lo importante que era vivir nuevas experiencias para superarse en la vida. Pues aquí tenía un dos por uno: el polvazo de

mi vida y la incomodidad del «día después» nada más terminar. Agarré los pantalones para estirarlos y la sonrisa se convirtió en una mueca, ya mucho menos segura que antes en el pub.

—¿Te vas?

Me encogí de hombros y aparté la vista.

—Sí. Ahora ya está —repetí.

Entrecerró los ojos y dio dos pasos hacia mí. Kieran se veía tan seguro de sí mismo como siempre y eso me hizo arrugarme por dentro un poco más. Sacudí los vaqueros ajustados intentando espantar también algunas de las frases que Isaac me había lanzado cuando lo dejamos y que ahora resonaban con fuerza. Frases que quizá explicasen por qué mi sheriff quería librarse tan pronto de mí. Carraspeé y estiré una pernera escuchando el tintineo de sus botones al caminar.

—No me has entendido, canija. —Me quitó el pantalón, lo dejó caer y me agarró por el mentón, obligándome a elevar la cabeza para asegurarse de que le atendía—. Ahora que ya nos hemos desquitado podemos tomárnoslo con calma en el dormitorio, que era lo que quería hacer desde un principio.

Un chispazo me bajó por la espalda y me estremecí a la vez que noté que una sonrisa, una real, se estiraba en mi cara. La atracción entre los dos era innegable y era la primera vez que mi autocontrol no servía para nada. Sonrió de medio lado y avancé hasta chocar con sus duros abdominales. Acostarme con él podía no ser la mejor idea, pero me hacía sentir de maravilla. Kieran era adictivo. Irresistible. El hombre más fiero y masculino que me había encontrado.

Y ahora tiraba de mí para llevarme a su cama mientras su lengua volvía a dominarme.

Estaba quedándome adormilada sobre el sofá cuando su peso sobre mí al levantarse y el fresco en la piel desnuda expuesta me espabiló de vez. Me incorporé y vi su cincelada espalda musculosa alejándose. Esos hombros anchos. Sus piernas morenas cubiertas por un fino vello oscuro. El tatuaje con una insignia militar en el

brazo izquierdo. Inhalé hondo y sonreí porque todavía me costaba creerlo.

Toda mi ropa salvo el sujetador estaba desperdigada por el suelo, igual que la suya. Pese a sus intenciones no habíamos llegado a salir del salón donde me había hecho ver las estrellas tres veces. Cogí un cojín cercano para taparme y sin querer me lo acerqué a la nariz. Olía a suavizante mezclado con el aroma natural y tan masculino de Kieran así que agaché la cabeza e inspiré sintiéndome satisfecha.

Lo oía trastear en algún punto cercano mientras que fuera, en la calle, todo estaba en calma. Nada de los pitidos molestos del tráfico ni gritos de los vecinos de abajo, solo el ruido de la nevera al abrirse y el de las ramas de los pinos golpeando en el tejado por el viento. Había luna creciente; la había visto durante un segundo en uno de nuestros revolcones, pero ni la luna ni las farolas de la calle iluminaban lo suficiente y seguíamos en penumbras. Cerré los ojos e inhalé dejando que una sensación nueva y reconfortante me invadiera. Me había follado duro en la pared, en el suelo y en el sofá y tras el último orgasmo me había dejado casi sin sentido. Y con una sonrisa bobalicona en la cara.

Estaba agotada, pero no quería perderme nada. Nada de lo que Kieran García estuviese dispuesto a darme esa noche, porque estaba convencida de que en cuanto llegase el nuevo día no se repetiría. Había insistido en que no repetía ni tenía relaciones, ni con las mujeres de Strokeville ni con nadie. Solo rollos ocasionales. Y yo no debía insistir en el mismo error dos veces si no quería cargarme por completo la investigación ni mi propia estima. Bostecé dos veces seguidas contra el cojín y apoyé la barbilla sobre las rodillas mirando la oscuridad por la ventana sin saber qué hacer a continuación cuando el suelo de madera crujió con sus pisadas.

Kieran reapareció ante el sofá descalzo y vestido con un pantalón gris de chándal que caía por su estrecha cintura.

—¿Estás bien?

—Sí. Un poco cansada.

Me tendió un vaso de agua, dejó otro en la mesa baja y se sentó a mi lado asintiendo en silencio. Era reconfortante estar así.

En cuanto terminó su bebida pasó un brazo por encima de mis hombros acercándome a él. El pelo negro le caía despeinado por la frente. Era culpa mía. Y suya. Había tenido que agarrarme a algún lado mientras él me devoraba entera antes de hacerlo una última vez. Uno de sus gruesos dedos enredó un mechón de mi cabello y jugueteó con él y al ver el movimiento brusco de su nuez me vino otra escena a la cabeza.

—¿De verdad pensabas que estaba ligando con alguien aquí? —«Contigo delante» omití añadir.

La mano de Kieran se detuvo enganchada a mi pelo y tensó los labios como si el tema lo hubiese incomodado.

—Bueno, tú y yo… —nos rodeó con el pulgar y no hizo falta que añadiese más. Asentí sonriendo —. Y como ayer tampoco… Que al final no era ninguna emergencia de verdad.

Tragué saliva sintiendo el calor subirme a las mejillas. «Precisamente». Como si después del momento de ayer en su oficina pudiera pensar en otro. O como si fuese a poder hacerlo en cuanto saliese de Strokeville. Ignoré el molesto aguijonazo en el estómago que me vino al pensar en que él sí podría.

—¿La usas mucho? —Levantó las cejas interrogándome y le aclaré—. La aplicación de ligues.

Se encogió de hombros retorciéndose incómodo en el sofá. Estaba claro que no le gustaba el tema. Estiró las piernas hasta apoyar los talones en la mesa baja y me acarició la barbilla con calma.

—Ya te lo dije el otro día. No tengo *nada* con mujeres de la zona para evitar confusiones. No tengo muchas más maneras de conocer gente por aquí. Tampoco es que… —carraspeó y revolvió el pelo examinando mi rostro—. Llevaba sin usarla varios meses cuando tú y yo nos conocimos.

Una nueva oleada de calor me sacudió por dentro al pensar en ese eufemismo. «Conocernos». Bajé los párpados al recordar su aliento en mi nuca, las pintadas de la puerta del baño y el olor a desinfectante de aquel día. Alargué la mano, cogí el vaso y me lo pegué a la cara para refrescarme mientras el tranquilo silencio de la noche nos seguía rodeando.

—¿Y tú? —preguntó con voz grave trazando círculos con su pulgar en mi hombro desnudo.

La piel se me erizaba allá por donde la rozaba, estremeciéndome. Me apreté contra su costado y sacudí la cabeza.

—No, ¿qué? Yo te he respondido —bromeó pellizcándome con cuidado.

—«No» que no la uso —respondí justo antes de darle un buen trago al vaso queriendo zanjar el tema.

Kieran se carcajeó negando con la cabeza.

—¿Estás segura de tu respuesta, Darrell? Mis primos dicen que llevo un detector de mentiras incorporado. Además de que tú y yo nos conocimos así, quedando por la app.

Negué con firmeza.

—No. —Alzó las dos cejas retándome, cruzando los antebrazos sobre su ancho pecho desnudo. Apreté el vaso de agua con más fuerza para contener las ganas de acariciarlo y trazar las ligeras marcas que le había dejado—. Es la verdad, sheriff, revisa la conversación. Yo ni siquiera sabía que estabas en el aeropuerto cuando me preguntaste que dónde estaba. *Tú* apareciste por el bar sin que te invitara.

Entrecerró los ojos escrutándome con más detenimiento y no soporté tanto escrutinio.

—No usas la app para ligar —pronunció despacio y yo asentí recolocando el cojín y lamentando estar tan desnuda y expuesta—. Entonces para qué la quieres si no la usas.

Me encogí de hombros y di otro traguito, pero Kieran me quitó el vaso. Para que tuviera que contestar, seguramente. Levanté los ojos y vi el brillo divertido con una pizca de curiosidad en la mirada y expiré despacio entre los dientes tomándome mi tiempo para responder, hasta que algo regresó a mi mente.

Lo que acababa de pasar no cambiaba nada.

Seguía siendo libre de poder mostrar la Darrell que me diera la gana: la profesional, la reservada, la descarada o la versión más sincera de mí misma. Podía sentirme lo libre que quisiera para ser yo misma porque no nos conocíamos ni lo íbamos a hacer. Así que lo

apunté con la barbilla y respondí con una sinceridad que reprimía para mí en esos temas.

—La uso, pero no de manera estándar. Solo quiero recordarme de vez en cuando lo idiotas que pueden ser los tíos para no despegarme ni un paso de mi celibato voluntario.

—Ya. ¿Y eso dónde me deja a mí?

Me mordí el labio y él lo soltó con su grueso pulgar. Todas mis terminaciones nerviosas volvieron a saltar con ese mínimo contacto.

—La verdad es que no lo sé. —Solté el aire contenido haciendo más ruido del que pretendía—. No ligo por apps. No tengo rollos de una noche. Tú… eres mi excepción.

Era liberador poder ser tan yo misma en una situación tan íntima con un hombre. Aunque no fuera mi pareja. Kieran me sostuvo la mirada durante un breve instante, escrutándome. Como si hubiese activado ese detector de mentiras y lo hubiese superado por los pelos. Se levantó con una expresión extraña que no supe descifrar y caminó hacia la maraña de nuestra ropa por el suelo. Agarró una camiseta y regresó para pasármela por la cabeza.

—Venga. Es tarde y tenemos que descansar.

Colé los brazos por las mangas y me abracé sin moverme del sofá. No estaba preparada para despedirme, aunque llevaba razón. Mañana podía ser domingo, pero tenía mucho trabajo por hacer.

—Es la tuya —repliqué cuando hizo un ademán para que me levantase.

Kieran soltó una carcajada y me agarró por los brazos hasta ponerme de pie. Aunque no fuese alto, su camiseta me tapaba los glúteos y cada vez que me movía me invadía su olor.

—Pensé que te sería más cómoda. Anda, vamos.

—¿A dónde?

Contuvo una sonrisa y me apretó contra su cuerpo.

—A la cama. —Levantó una ceja—. A dormir. A hacer más excepciones.

Su brazo se adueñó de mi hombro y me recosté contra él mientras me guiaba hasta una de las puertas de madera. Ese hombre estaba siendo mejor que cualquiera de mis fantasías. Mejor que las de cualquier protagonista de películas o novelas que hubiera

visto. Y mucho mejor amante que cualquier hombre con el que me hubiese acostado, que tampoco eran tantos. El aire frío de la estancia me alcanzó las piernas y de manera inconsciente me acerqué más a Kieran.

Lo que le había dicho era cierto. Yo no tenía nada que ver con los rollos de una noche. O de dos, como en este caso. Durante toda mi vida solo me había acostado con novios. Mi casa, mi familia, era un desastre desde que me alcanzaba la memoria; incluso desde antes de que mis padres se divorciaran y se olvidasen de que tenían una hija, excepto cuando me necesitaban.

Por eso siempre quise tener lo que me faltaba. Enamorarme de la persona adecuada con la que tener una familia. Mi propio hogar. Así que nunca había priorizado lo de acostarme con un hombre porque sí, solo por el placer, sino en base a mis sentimientos y si creía que podría llegar a darme aquello que tanto ansiaba. Estabilidad. Pertenencia. Prioridad.

Había fallado estrepitosamente.

No lo había encontrado con ninguno de mis novios de la universidad. Luego conocí a Isaac y durante un tiempo creí que sí, que podía llegar a tener todo eso con él a pesar de nuestras diferencias, hasta que lo encontré comiéndose a besos a otra en mi sofá.

Y desde entonces había renunciado a buscar a nadie más.

—Oye —Kieran deslizó el índice por debajo de la manga y trazó un círculo en la cara interna de mi muñeca—, ¿estás bien?

—Sí, claro. —Tragué saliva para bajar la maraña que me atascaba la garganta—. Perfecta.

—¿Seguro?

Asentí apretándome más contra él porque no estaba segura de nada.

—Dormir nada más, ¿vale?

Su risa reverberó contra mis huesos y dejé que me llevara hasta un lado de la cama. Dormir estaba bien. Quizá habían pasado seis meses desde que lo había dejado con Isaac, pero cuando lo pensaba seguía sintiéndome igual de vacía y ridícula que en aquel momento en que me di cuenta de que todo era mentira. Para mí era

demasiado pronto para meterme en cualquier tipo de relación; incluso aunque fuese una de carácter exclusivamente sexual. Bufé al recordar que tampoco era eso lo que tenía con el sheriff buenorro y me dejé caer exhausta sobre el colchón.

No quería pensar más.

Porque tampoco me iba a llevar a nada. Apreté los párpados intentando dejar la mente en blanco, intentando no cavilar en lo que sucedería al día siguiente. Cuando esto no se repitiera más. Su mano se movió hasta alcanzar la mía apenas rozándola y la dejó ahí. Firme. Quieta. Cercana. Me concentré en su calor hasta que no quedó nada más y me quedé dormida.

13. DARRELL

Un sonido grave me sacó de un sueño muy explícito donde aparecíamos Kieran García y yo como protagonistas, así que apreté los párpados y giré la cabeza intentando retomar el hilo de esa fantasía. Un movimiento en el colchón, un roce áspero y lento en la mejilla y otro sonido más me obligaron a abrir los ojos de sopetón para afrontar la realidad, aunque lo que quería era girarme y seguir durmiendo.

Entreabrí un poco los párpados disfrutando del ligero contacto que me recorría la sien y bajaba por la línea marcada del maxilar. La luz natural que se colaba por la ventana era muy tenue así que debía ser muy temprano todavía; más que cuando salía a correr las últimas mañanas. Me froté los ojos con las palmas y al apartarlas allí estaba Kieran.

Su pelo negro y denso estaba húmedo y repeinado hacia atrás con más esmero que ninguna otra vez en que hubiésemos coincidido. Sus hombros anchos y morenos todavía mostraban las marcas de mis uñas y una espiral caliente me ascendió por la espalda. Me gustaba verlas ahí. Su rostro estaba serio y sin afeitar; con una ligera sombra oscura que lo hacía ver más sexy, y sus ojos oscuros del color del chocolate negro brillaban con menos dureza. Se adueñó de mi mentón sujetándolo entre el pulgar y el corazón mientras que el índice exploraba mi piel. Casi por un reflejo intenté besarlo, pero se removió sobre el colchón apartándose y la vergüenza corrió por mis venas.

—¿Estás despierta del todo?

Sonaba molesto y desganado. Como si estuviese ante una situación que no le apeteciese lo más mínimo. Los sueños calientes con los que me había despertado podían ser recuerdos de lo que hicimos ayer, pero esta mañana ya no quedaba nada de eso salvo las finas líneas rojas de su piel y las molestias en mis músculos.

Desde luego que no quedaba nada del sheriff que me había doblegado y con el que me había mostrado más «yo misma» que con cualquier otro hombre con el que hubiese estado.

Asentí sin mirarlo y me incorporé con las rodillas dobladas. La sábana seguía cubriéndome y entrecrucé los dedos a la altura de los tobillos para evitar hacer alguna tontería como deslizarlos por el tentador vello ralo de su pecho para notar si su pulso se alteraba, aunque fuese un poquito, al sentirme.

—Necesito que me atiendas.

—Que sí —farfullé.

Nos sostuvimos la mirada durante un segundo eterno. Al parecer no era la única que estaba molesta por la «charla del día después» que estaba a punto de recibir. La primera en veintiséis años. Si lo que quería que entendiese era que la ardiente noche de ayer no se podía volver a repetir, no necesitaba darle tantas vueltas, porque yo también tenía mis propios motivos, que eran mejores que los suyos. Como regresar a mi vida en un piso lujoso en una de las mejores zonas de Atlanta siendo cien mil dólares más rica. O poder pisar un Starbucks cuando me diera la gana. Por ejemplo.

«Cuantas menos distracciones, mejor. Así que suéltalo ya, sheriff».

La nuez se desplazó con brusquedad de arriba abajo. Apartó la mirada de repente hasta sus pantalones verde oliva, los estiró y se levantó sin apartarse de mi lado de la cama y después echó un vistazo rápido a su habitación mientras yo esperaba que añadiera lo que fuese. Abrió la boca, la volvió a cerrar y después se pasó la palma por la cabeza despeinándose.

—Me tengo que ir —dijo con voz ronca, todavía eludiendo verme. Ignoré el estremecimiento que me produjo—. He recibido una llamada y… lo mejor es que salga ya.

—Muy bien.

Pero no estaba nada bien.

De todas las excusas posibles, esa era la que menos me esperaba. Que aludiese al trabajo un domingo a esas horas de la mañana cuando en todo el tiempo que llevaba allí apenas había sucedido nada más que el lío del borracho en el supermercado. Al

menos, que yo me hubiese enterado. Kieran me había parecido un hombre recto, disciplinado y sincero, tanto en persona como lo que había recabado a través de mis investigaciones y por eso no me esperaba una mentira de ese tipo cuando no había sido demasiado delicado conmigo hasta el momento. Aunque tampoco era que yo fuese la más avispada descifrando a la gente cuando se trataba de mí.

En el trabajo, sí. Mi instinto era la leche.

Pero en cuanto se mezclaban los sentimientos siempre acababa viendo lo que quería, como me había sucedido con Isaac, donde preferí ver solo lo bueno e ignorar las demás señales, por evidentes que fueran, hasta que todo me estalló en la cara.

Claro que el hombre que tenía delante no tenía nada que ver con mi ex.

Para empezar, porque con él no tenía nada.

Ni sentimientos.

Así que estiré los labios, me clavé las uñas en las palmas y decidí seguirle el juego. No merecía la pena darle más vueltas a algo que en realidad no llevaba a ningún sitio.

Kieran asintió y abrió el armario. Para cuando cerró la puerta ya tenía puesta una camiseta interior blanca y metía uno de sus fuertes brazos por la manga de la camisa caqui. Parpadeé dos veces al reconocer las insignias doradas y el bordado en la pechera. Se estaba poniendo el uniforme oficial y no debían ser todavía las siete.

—Espera, ¿te vas a trabajar? —Cerró los botones hasta la mitad del pecho y asintió observándome con atención mientras que yo agradecí mentalmente no haber añadido un «de verdad» al final de la pregunta.

Ladeó la cabeza y se acercó hasta los pies de la cama.

—No es que quiera, pero no lo puedo evitar. El que está de guardia es Alan, pero no lo he podido localizar. Me han llamado de Cottonwood porque dicen que han escuchado ruido en su propiedad y tengo que ir. La reelección está cerca y seguro que ya has visto la campaña en contra tan seria que me están haciendo desde el periódico local.

Asentí perpleja hasta que reaccioné apartando las sábanas que se me enredaron en los pies.

—Si me das dos minutos—tiré con saña estirándome su camiseta hasta las caderas. Preferiría que me dejase a solas para conservar algo de dignidad, pero el resto de mi ropa debía seguir desperdigada por su salón. Bajé las piernas hasta rozar la alfombra de estilo étnico con las puntas de los pies—, me visto enseguida.

—Oye —Kieran posó su mano en mi hombro y trazó un círculo con el pulgar sobre su camiseta gris—, no te he despertado para eso. No sé cuánto voy a tardar, porque esa granja está en el límite con el condado de Álamo Crossing, que es un poco lejos, y el viejo Rossi no está muy bien de la cabeza. Y aunque lo más probable es que vaya para nada, no quería que te despertases y te encontrases sola en una casa ajena.

Me agarró los muslos y los volvió a dejar sobre el colchón y me tapó de nuevo. Yo me limité a tragar saliva para deshacer el nudo que me había cerrado la garganta.

—Puedes quedarte lo que quieras. En la cocina hay café recién hecho, pero no me quedan tostadas. O puedes aprovechar para dormir un poco más.

Se inclinó hasta quedar muy cerca y me clavó una mirada aguda a la vez que me recolocaba el cabello tras la oreja con seriedad. Asentí y se movió. Fue algo rápido. Fugaz. Pero se me entrecortó la respiración cuando me rozó los labios con su boca.

Después terminó de cerrarse los botones de la camisa hasta el cuello mientras avanzaba hasta la puerta y yo me quedaba allí, muy quieta. Casi congelada. Estaba claro que no tenía *ni idea* de juzgar a los hombres.

—Si te vas antes de que llegue —dijo desde el pasillo con el sombrero reglamentario en las manos— cierra la puerta de fuera, pero ten cuidado con los dedos porque a veces se atasca. ¿De acuerdo?

—Sí —respondí con lentitud.

—Bueno, entonces —se detuvo y giró la mano en redondo para señalarnos a ambos—, ya hablaremos de esto luego.

Los orgasmos de la noche anterior habían sido algo increíble, pero a cambio tenían que haberme aflojado algún cable en el cerebro porque me estaba costando demasiado seguir la conversación. Era incapaz de descifrar a qué se refería con «esto» más allá de lo obvio y, aunque hubiese estado muy bien, no existía la necesidad de comentarlo. Como no me sacaba el ojo de encima respondí:

—Bien.

Él suspiró como si hubiese esperado que me fuese a oponer.

—Cierro con llave. Te dejo una copia en la encimera. Adiós, Darrell.

No esperó contestación y cerró la puerta. Él podía ser el sheriff de Strokeville, pero yo controlaba de defensa personal, tenía cinturón marrón en aikido y sabía cómo usar una pistola si hacía falta, aunque no me gustase disparar. Suspiré y bajé los párpados. No estaba acostumbrada a que me ofrecieran protección.

Y no debía acostumbrarme a lo bien que sentaba sentirlo por una vez.

Me quedé un rato sentada con el colchón con las piernas cruzadas y los párpados cerrados respirando hondo hasta que escuché a lo lejos el sonido del motor de su todoterreno. A continuación, los abrí despacio intentando ignorar que el aire olía a Kieran, como la camiseta que me envolvía, y barrí la estancia con la mirada.

Era una habitación sobria, como su dueño. Nada de artificios. Paredes pintadas de un blanco roto, una ventana grande que necesitaba unas cortinas, una cama amplia de estilo rústico y un armario de madera. Todo muy impersonal. En cambio, sobre una de las mesillas había una fotografía donde un hombre muy parecido a Kieran sonreía a la cámara abrazando a una mujer de cabello claro a un lado y a un niño al otro. Las sonrisas de los tres eran de verdad, no como las que tenía yo con mis padres de antes de su divorcio. La agarré para observarla de cerca y la volví a colocar. Sabía que lo había perdido, pero no cuando era tan pequeño. Y seguía presente en su vida.

En la otra mesilla había varios libros apilados en horizontal; varios manuales: uno muy gordo sobre ciberseguridad, otro de análisis de datos lleno de pegatinas por los bordes y el de encima y con las tapas dobladas del uso sobre gestión del estrés que me hizo levantar una ceja. Los sheriffs con los que me había encontrado hasta el momento no me parecían del tipo que admitirían necesitar ese tipo de contenidos.

Pero Kieran no era como ninguno de esos tipos. Desde luego.

Rodeé la cama despacio, me agaché a recoger el edredón que había caído al suelo en algún momento de la noche y me cubrí con él antes de salir del cuarto. No era solo por el frío, si no que necesitaba algo de peso sobre los hombros. Algo que evitase que los pies se despegasen del suelo. Avancé deprisa haciendo crujir el suelo de madera con mis pies descalzos hasta llegar a la cocina. La cafeína siempre había sido una aliada y quizá un buen chute fuese lo que necesitaba para enfocar las cosas con más perspectiva. Me serví el café en una taza vacía que había junto a la cafetera y deslicé las yemas de los dedos por la fría llave que había junto a ella con incredulidad.

Desde que me fui a la universidad y dejé de vivir con mi madre no le había dejado una copia de mis llaves a nadie que no hubiese vivido conmigo, lo que significaba a mis compañeros de piso y a mi ex; y tampoco había recibido llaves de nadie más. Recorrí la parte dentada una vez más, absorta. Cuando mi madre me pidió que alojase a la sobrina de una compañera suya de trabajo me había parecido una locura y me había negado en redondo, y no solo porque estuviese a tres estados de Georgia. Nunca en mi sano juicio se me ocurriría meter en mi piso a un desconocido y darle la llave. Tampoco a alguien a quien conociese tan poco como lo que él me conocía. Y menos a alguien de quien desconfiase, porque el sheriff seguía sin fiarse del todo de mí y de mis motivos para quedarme en su condado.

Y, aun así, la llave estaba allí esperando por mí.

«Eso no cambia nada».

Seguía teniendo un trabajo que hacer.

Una razón muy concreta para estar en Strokeville.

Y cuanto menos mezclase a Kieran García con la búsqueda de Blue Comet, mejor para los dos. No quería usarlo. Ni que se pusiese en mi contra impidiéndome avanzar con mi investigación. Lo mejor era apartarse y mantener los dos ámbitos separados.

Sacudí la cabeza y me aparté como si quemase. Fuera el ambiente estaba tranquilo. El único ruido de fondo que acompañaba al de mi cabeza era el de los pájaros y los árboles. Me dejé caer en un extremo del sofá donde me había demostrado de lo que era capaz con su poderoso cuerpo adueñándose del mío y vi mi ropa doblada en el centro de la mesa, justo a la izquierda de una fotografía de un Kieran al menos diez años más joven vestido con el uniforme del ejercito junto a la mujer de cabello claro de antes que lo agarraba por el brazo con orgullo. Justo detrás, otra fotografía en la que tres niños con petos vaqueros tiraban de las riendas de unos caballos de espaldas a la cámara.

Exhalé hasta vaciar los pulmones y decidí fijarme solo en el líquido oscuro de la taza que me calentaba las manos para evitar averiguar más sobre él. No había ni rastro de muebles de diseño y cualquier interiorista que hubiese conocido se hubiera llevado las manos a la cabeza al ver una decoración tan parca, pero con muy poco esa casa contaba mucho más sobre sus raíces y principios que cualquiera de mis dos últimos pisos. Y aunque me repetía que no significaba nada, a la vez me daba cuenta de que no debería importarme tanto.

Me terminé el café de dos tragos, convencida de que en cuanto saliera por esa puerta todo volvería a estar bajo mi control. Eso era en lo que yo era tan buena.

No tenía ni idea de lo equivocada que estaba.

14. DARRELL

Bajé la ventanilla para poder ver mejor a través de la verja de metal buscando algún movimiento en su interior a la vez que me esforzaba por seguir conduciendo despacio y recto para no estrellarme. Pero nada. Porque ya había rodeado la propiedad por completo sin ver ni escuchar a nadie.

Resoplé apartándome el pelo de delante de los ojos y empezaba a necesitar de un buen corte y me detuve frente al portón de la entrada todavía resistiéndome a admitir que la granja de los Thompson estuviese cerrada por mucho que fuese domingo. Desbloqueé el teléfono y repasé el listado de ranchos y granjas que había confeccionado con menos convencimiento del que me había llevado hasta allí un rato antes. Aunque más que esa creencia, habían sido las ganas de huir de lo que estar rodeada de la energía de Kieran me hacía sentir lo que me había traído hasta aquí.

Hasta el momento había estado convencida que ese tipo de negocios funcionaban siempre sin importar si era fin de semana o festivo; al fin y al cabo, los animales necesitaban atenciones diarias. Otro error de cálculo. Lo que me hacía preguntarme cuántos había cometido en estos días. Como el listado. O como quedarme tantos días en Strokeville a pesar de los nulos avances. Anoté la fecha y la hora de la visita junto al apellido de los Thompson antes de bloquear y tirar el terminal al asiento contiguo. Pronto tendría que enviar otro informe a mi supervisor y si no iba a incluir avances, al menos que viese que me estaba moviendo. Sobre todo, por si necesitaba justificarlo frente al cliente.

Apenas me dejé caer contra el reposacabezas el iPhone comenzó a sonar.

—¿Dónde estás? Porque en el Hickory no.

—¿Hola? ¿Eres Vera? —pregunté sin estar completamente segura. Ni siquiera tenía su número, solo el de Anitta, y llevaba

varios días sin saber de ellas.

—Pues claro. ¿Quién más te iba a llamar aquí a estas horas?

—Cualquiera —respondí en el mismo tono—. No he parado de hacer amigos por aquí.

—*Ya*. Algo he oído. En fin... ¿Estás libre?

—Lamentablemente —siseé viendo de reojo para la granja—, aunque pretendía trabajar.

—Pues como yo. Estoy en el aparcamiento del hotel. Para ir juntas al rancho Woodhall.

Fruncí el ceño.

—¿Hoy?

—Sé que habíamos quedado para mañana, pero me ha surgido algo en casa así que toca cambio de planes. Voy a pasarme hoy porque necesito adelantar trabajo. ¿Cuánto tardas en llegar?

Miré la verja medio oxidada y cerrada frente a mí dudando.

—No lo sé. ¿Estás segura de que si te acompaño me atenderá alguien?

—Claro. —Hubo un silencio y un par de golpecitos irritados antes de continuar—. Oye, si no quieres venir me lo dices y me voy. Era por hacerte un favor.

—Lo digo —respondí en el tono más conciliador que encontré intentando calmarla— porque estoy delante de una granja completamente cerrada. Por asegurarme de no seguir dando vueltas en balde.

—Los Woodhall son unos obsesos del rancho y del trabajo, por eso no te preocupes. Cuando llamé a Trevor para avisar de que me pasaría a recoger unos ficheros estaba revisando algo en los terrenos del otro lado del río. ¿A qué granja has ido?

—A la de los Thompson, en…

—Hoy es domingo —me interrumpió ya más relajada—. Son metodistas. Estarán en Menard en el culto. Y no te pierdes nada: no tienen un duro. No van a contratarte un seguro.

«Ya. Aunque no era eso lo que quería intentar». El nombre de su granja aparecía en un par de noticias relacionadas con robos y problemas con las autoridades, pero tendría que pasarme otro día para averiguar lo que quería.

—Mira, mejor te espero allí porque vas a tardar. Avísame y te abro. Chao.

No me dio ni tiempo a despedirme.

Así que puse el nombre del rancho en el Google Maps y arranqué el coche para ir directamente esperando sacar algo más de la siguiente visita.

Por lo pronto, ese rancho era otra cosa. Grande. Cuidado.

Imponente.

Empezando por los kilómetros de valla que había seguido hasta llegar a la puerta de entrada y siguiendo por el gran cartel que la flanqueaba, el rancho Woodhall dejaba muy clara la distancia a todos los niveles con los demás negocios ganaderos que había visitado desde mi llegada a Texas. Su nombre aparecía con frecuencia en los periódicos y webs que había visitado, aunque por motivos diferentes a los que me interesaban. Nada de caballos de valor elevado desaparecidos.

En cambio, aparecían muchos artículos sobre la importancia del rancho en la economía local, su constante crecimiento en comparación con la complicada recesión que sufrían otras empresas familiares del sector y la ampliación del rancho tanto en terrenos como en caballos desarrollada en los últimos meses. O de cómo los beneficiaba y protegía el sheriff por estar emparentados, si le hacía caso a los escandalosos titulares del periódico local. No había leído ni una de esas noticias. Y solo me había fijado en ellas porque se referían a Kieran.

Detuve el coche en uno de los huecos libres de la primera cochera que encontré y me bajé con el iPhone en la mano, tecleando a la vez que avanzaba en dirección a la casa de buen tamaño que había un poco más adelante.

Yo: Ya estoy aquí.

Al llegar al porche de madera Vera todavía no me había respondido. Ni siquiera estaba segura de que lo hubiese recibido porque en las zonas más apartadas la cobertura no siempre funcionaba adecuadamente, así que me detuve con un pie sobre el primer escalón dándonos algo de tiempo a las dos.

La casa principal era enorme, pero en vez de ostentosa resultaba acogedora y llena de vida. Al menos, desde fuera. Los macizos de flores y plantas aromáticas alrededor de la casa. Los geranios rosados y morados colgando de las vigas. El camino de tierra y piedra que desembocaba en los escalones del porche. La mecedora con un cojín a rayas azules bajo la gran ventana de molduras blancas.

«Si quitamos el cenicero de la mesita y la hojarasca de la esquina, estaría perfecta para salir en cualquier revista».

La casa de mi madre también estaba perfecta en cualquier ocasión; solo de pensarlo sentí un escalofrío en la base de la espalda, así que me aparté el pelo tras los hombros y desbloqueé la pantalla.

Nada.

No quería parecer muy pesada, pero tampoco me apetecía perder el resto de la mañana.

Yo: ¿Te has ido con los Thompson? ¿Hola?

Repiqueteé las uñas contra la carcasa del teléfono como si con eso fuese a responder antes. Entré en el correo electrónico y borré varios emails de publicidad para sentir que estaba haciendo algo más que esperar hasta que me cansé y avancé despacio hasta la puerta granate con menos decisión de la que acostumbraba. En vez de a la puerta, la llamé a su número de teléfono. A diferencia de Anitta, Vera no era tan indiscreta y todo lo que sabía de su trabajo era que llevaba las cuentas de varias empresas locales, incluyendo la de del rancho donde me encontraba. Ni siquiera sabía si trabajaba desde esta preciosa casa de madera o si las oficinas estaban en otro edificio así que me pareció más seguro intentar localizarla por el teléfono, pero la voz automática me indicó que no se podía realizar la conexión.

Resoplé frustrada y llamé a la puerta.

Se abrió casi de inmediato.

—¿Darrell?

Levanté la vista de los tablones del suelo para encontrarme con Kieran García apoyado contra el marco de madera. No había ni rastro del uniforme de sheriff que vestía a primera hora de la

mañana. Ahora se parecía mucho más al hombre del bar de nuestro primer encuentro (o del último) con una camiseta de algodón muy similar a la que me había negado a quitarme al salir de su casa y unos vaqueros grises desgastados.

El contraste con nuestra despedida y la seriedad de su expresión me descolocaron lo suficiente como para que tardase un segundo de más en reaccionar.

—Hola —dije al fin, con lentitud—¿Qué haces aquí?

Frunció el ceño y salió al porche sin molestarse en cerrar la puerta.

—¿Yo?

Di un paso atrás. No tenía que haber dicho eso, pero se me había escapado y ahora no pensaba recular.

—Ya sabes, a primera hora tenías mucha prisa por irte a trabajar. Aunque con esa ropa estás más sexy.

Vi crisparse su mandíbula antes de que me agarrase por la muñeca para llevarme a un lado, junto a los escalones.

—El aviso de los Rossi quedó en nada; ya te dije que el viejo ha perdido un poco la chaveta —casi susurró. Su aliento cálido me acarició la barbilla y tuve que esforzarme en ignorar lo que su cercanía me hacía sentir—. Cuando llegué a casa ya no estabas.

Me encogí de hombros. El tacto áspero de su mano sobre mi piel no me dejaba concentrarme en mucho más. Todo sería más fácil si quien había abierto la puerta no fuese él.

—Yo también me fui a trabajar.

—Algún día vas a tener que explicarme en qué trabajas.

Abrí la boca para repetir mi cantinera una vez más, pero negó con la cabeza y puso un dedo sobre mis labios.

—Me refiero a en qué trabajas *de verdad* —añadió con un mechón oscuro cayendo sobre la frente—. No me trago ni media palabra de eso de «la compañía de seguros», Darrell. ¿Para qué has venido al rancho de mis primos?

Recordé la fotografía de los dos niños rubios y uno moreno sujetando las riendas de sendos caballos.

—Estoy buscando a Vera. Hemos quedado aquí.

—Dentro no está.

—La he llamado, pero no tiene cobertura —Levanté la mano libre mostrando el teléfono, pero lo ignoró; sus ojos no se despegaban de los míos—. Me dijo ella que viniese.

Su pulgar se deslizó y empezó a trazar círculos lentos en el interior de mi muñeca estremeciéndome entera y provocando que una corriente eléctrica bajase a lo largo de la espalda. Debió tirar de mí porque sentí su calor más cerca, invadiéndome, con sus muslos casi pegados a los míos. La puntera de sus botas vaqueras metida entre las mías.

—Lo que no sé es para qué, canija.

Era la segunda vez que me lo llamaba. No debería gustarme, pero el corazón me había pegado un brinco por el modo en que había arrastrado cada una de las sílabas. Y continuó alterado cuando su dedo trazó delicadamente la línea del maxilar y me levantó la mandíbula.

—Estoy buscando … —«Cierra la puta boca, Darrell». Me hice caso al instante y tragué saliva—. Algo.

Había estado a nada de meter la pata.

Sus ojos del color del chocolate se oscurecieron un poco más y su dedo se hundió en mi papada hasta molestarme. Abrió la boca y me preparé para discutir.

—¿Quién es, Kier? —preguntó una voz femenina por detrás.

Kieran miró por encima de su hombro y solo cuando se apartó pude ver a las dos mujeres que nos observaban desde lo que debía ser una puerta lateral. La del cabello grisáceo llevaba un mandil en el que se frotaba las manos; la que observaba cómo me agarraba con los labios plegados en una fina línea se parecía demasiado a la mujer que en las fotografías de su casa lo abrazaba con orgullo como para no reconocerla al instante.

—Ha venido a ver a Vera —respondió sin mirarme.

La del pelo gris resopló y soltó el mandil.

—¿La hija de Gideon Stanway? Esa chiquilla… siempre de aquí para allá. No para ni en domingo. —Subió una comisura y sus ojos brillaron con malicia—. Y yo que pensaba que habías invitado a una amiga a la comida familiar.

Me soltó de golpe.

—Vamos para adentro, Rita, que nos queda mucho por hacer. —Dijo la más alta agarrándola del codo. Sus ojos claros bailaban entre su hijo y yo sin lograr moverla del sitio—. Y deja de meter la pata, que este no es como Trevor.

Dieron dos pasos en dirección opuesta a la nuestra y después Rita se volvió.

—Bill necesita ayuda para mover los aperos. Cuando puedas, cielo.

—Ahora voy —respondió Kieran en voz alta para que lo oyera y Rita levantó la mano a modo de respuesta sin volverse mientras giraban murmurando entre ellas.

Sus ojos regresaron a mí, duros y acerados. La mirada del sheriff duro con pasado militar había vuelto.

—Esto no se queda así, Darrell.

No era una pregunta. Iba a hacerme la loca, fingir amnesia y escapar de vuelta a la cochera cuando el sonido de un motor acercándose nos interrumpió. A través de la ventanilla Vera saludó con gesto serio y detuvo el coche. Kieran dio un paso atrás.

—Salvada por la campana. Pero tenemos que hablar.

Y se alejó en dirección al cobertizo sin mirar atrás.

Seguí su espalda unos segundos antes de volverme hacia Vera, que me hizo un ademán seco con la barbilla para que fuese hacia allí, así que me apresuré.

—¿Va todo bien? —pregunté al abrir la puerta del copiloto. Algo había cambiado desde su llamada, era obvio por la tensión de su cara y sus nudillos blanquecinos de apretar el volante.

—Sí, sube —respondió en tono quedo. Me costaba escucharla por el ruido del motor—. Se me hace tarde.

Ni me miró al subir. Tenía la vista clavada en el camino de tierra y grava por el que había llegado.

El asiento trasero estaba colonizado por una torre desparramada de ficheros y carpetas de distintos tamaños: algunas sujetas con gomas, otras con etiquetas de colores y algunas abiertas como si las hubiesen lanzado allí con prisa y de malas maneras. Las señalé con el pulgar intentando relajar el ambiente.

—Sí que tenías trabajo pendiente.

—Ponte el cinturón —indicó y pisó el acelerador sin darme tiempo a hacerlo.

Durante los siguientes minutos el único sonido en el interior del habitáculo era el del traqueteo de las carpetas en los desniveles del camino y al tomar las curvas. Mantuve la vista fija al frente examinando el terreno y cada una de las construcciones que dejábamos atrás y no volví a abrir la boca hasta que su respiración se tranquilizó un poco.

—¿A dónde vamos, a junto tu jefe?

Chasqueó la lengua con fastidio y me miró de reojo.

—Trevor está ocupado con un problema en uno de los pozos. Te llevo al establo de cría a ver a Gaby para que le hagas esas preguntas sobre los caballos.

—¿Está trabajando? Pensaba que estaba de baja.

—Y lo está —Redujo la marcha hasta detenerse frente a una construcción de madera enorme pintada de blanco—. Pero una de las yeguas preñadas tuvo una complicación y estuvo ayudando hasta que llegó el otro veterinario.

Vera apagó el motor, pero no se movió de inmediato. Se quedó anclada en el volante, con los dedos todavía blancos.

—Darrell… —empezó, y luego se quedó en silencio.

Vi una sombra a mi espalda y me giré. Un hombre se asomó fuera del establo con el sombrero de vaquero entre las manos. Era muy alto y esbelto, con el cabello castaño y algunos mechones más claros cayéndole sobre la frente alta. Era muy atractivo, incluso con esa expresión seria que no cambió mientras nos observaba durante un segundo más de la cuenta.

—Y encima sigue aquí el imbécil —murmuró Vera.

—¿Ese es John? —pregunté.

Anitta llevaba medio año en una relación intermitente con un trabajador del rancho que no se la tomaba muy en serio y, tras la última ruptura, Vera había dejado muy clara su postura al respecto.

—Quién le diera.

Como si nos hubiese oído, el vaquero se llevó dos dedos a la frente en un saludo seco y volvió a desaparecer en el establo. Apenas me solté el cinturón de seguridad una mujer salió por la

misma puerta con paso renqueante limpiándose las manos en un trapo.

—Eh —dijo dando unos golpecitos en la ventanilla—. Has sido rápida.

Vera la bajó en vez de salir del vehículo. Seguía seria, pero su tono perdió intensidad al hablar.

—Gaby, esta es Darrell Pereira. La que te comenté de la aseguradora.

Crucé por delante del coche y le tendí la mano. La veterinaria era de mi edad, atractiva, con la nariz salpicada de pecas, el cabello castaño oscuro brillante y la piel olivácea, de un tono muy similar a la de Kieran. Su sonrisa era genuina, pero el apretón de manos fue débil y torció la boca con una mueca de dolor. Dio un paso más, cojeando, y recordé el informe policial incompleto en el que Green, mi cuatrero huido, negaba tener algún tipo de relación con el ataque a Gabriella Winston.

Ella.

Le devolví la sonrisa examinándola con discreción. Si después de tantos meses seguía arrastrando secuelas entonces el ataque había sido mucho más grave de lo que había supuesto.

—Encantada, Darrell. ¿Te importa que entremos? Bud todavía puede necesitarme.

—Entonces yo os dejo —añadió Vera girando la llave en el contacto—. Cuando antes me ponga con los papeles, antes acabo.

—Hablamos para el martes —dijo Gabriella a modo de despedida.

Señaló la construcción con la cabeza y adecué mi paso al suyo una vez entramos. Era un establo de gran tamaño con una zona principal amplia y despejada y una hilera de boxes cerrados al fondo, aunque de uno de ellos salían unas voces.

—Vera dijo que tenías algunas preguntas para mí. —comentó. Asentí—. También que ibas a intentar vendernos un seguro o algo así —añadió entre risas—, pero no creo que pueda ayudarte mucho con eso.

—A saber lo que te ha contado —suspiré arrancándole una carcajada.

La compuerta de uno de los boxes se abrió y salieron el hombre alto de antes conversando con otro mucho más bajo con una bata blanca manchada de tierra y sangre al que identifiqué como a Bud Lavigne, el veterinario que la estaba sustituyendo en Strokeville y al que había sido incapaz de localizar en la clínica veterinaria. Ambos nos dedicaron un gesto rápido antes de detenerse frente a una estantería metálica cercana.

—Pues poco más. Que igual querías ver al semental.

El más alto se volvió.

—Red Smoke está en el paddock de los picaderos. Si quieres ir será mejor que te lleve.

Gaby sacudió la cabeza y continuó andando.

—Cuéntame entonces, antes de que tenga que discutir con Jar porque intente tratarme como a una inválida.

Se detuvo ante un atado de paja cercano a los boxes y se sentó. Eché un vistazo rápido sobre mi hombro antes de abrir la boca y comprobé que estábamos lo suficientemente lejos como para que nos oyeran.

—Como ya sabes, colaboro con una aseguradora que comercializa pólizas ganaderas; caballos, principalmente —comenté intentado pegarme lo más posible a la realidad para evitar contradecirme —. Vera creyó que podías darme algunas respuestas, así que espero que no te moleste la encerrona. Me gustaría saber si hay muchos caballos de alto valor económico por la zona.

Sin tomarse ni un segundo, Gaby negó con la cabeza.

—No —respondió sin dudar—. En estos casi cuatro años he atendido todos los ranchos y granjas de Strokeville y de los condados vecinos y la mayoría de las yeguadas son íntegramente para consumo o para trabajo.

Tiró unas briznas que se le habían pegado al pantalón mirándome para asegurarse de que la atendía.

—Aquí no hay purasangres de carreras ni que provengan de grandes linajes.

Ladeé la cabeza siguiendo mi papel.

—Pero Vera dice que tenéis un semental muy valioso…

—Red Smoke es de lejos el mejor semental de la zona —dijo —, pero está muy lejos de esos caballos de linajes millonarios. Fue una estrella del rodeo y desde hace unos años es la estrella de Woodhall. Sus descendientes están bien valorados, aunque por ahora ninguno ha llegado a su altura. Salvo que hayan comprado alguno desde que estoy de baja… —se pasó una mano por el brazo contrario de arriba abajo y después se estiró la manga hasta casi taparse los dedos—. Aunque me hubiese enterado, o por Bud, que es el veterinario de Mason o por alguno de los chicos…

Era lo que esperaba oír, así que no me desanimé. Quien fuera que tuviera a Blue Comet escondido lo había hecho lo suficientemente bien como para no llamar la atención durante meses.

—¿Algún intento de robo? —pregunté como si fuese una pregunta rutinaria— ¿O problemas de delincuencia en los ranchos o granjas de la zona?

Meneó la cabeza de nuevo.

—Aquí no. Alguna valla rota, poco más. Nada serio.

Asentí y el alma se me cayó a los pies.

—Escuché un rumor de unos cuatreros merodeando por la zona —intenté por si conseguía algo.

Gaby negó otra vez impulsándose con las manos para levantarse.

—No, que va.

Se detuvo a mitad de camino y dudó un segundo antes de añadir:

—Bueno… —dudó—. Lo de los Velasco, hace unos meses.

Se rascó la nuca mientras yo contenía el aliento. El silencio se me hizo atronador, pero tampoco quería resultar ansiosa. Porque, aunque no los había anotado en mi lista, me sonaba mucho el apellido.

—Fue… —Bajó la vista hacia los brazos y estiró las mangas un par de veces de manera compulsiva. Sacudió la cabeza como espantando algún recuerdo lejano y sonrió, pero sus ojos no brillaron. Cuadró los hombros y continuó—. Hace casi cuatro meses les desaparecieron varios caballos. Recuperaron uno.

—Al Señor Botines —intervino Bud Lavigne con Jarrad flanqueándolo —Lo examinamos los dos.

Gaby asintió.

— Algunos rasguños más o menos superficiales en el cuello y las patas, es lo que recuerdo. —Jar carraspeó y le indicó algo al otro en voz baja que no comprendí. Después señaló un box cercano al que entraron y se escuchó un relincho seguido de varias coces. Gaby miró hacia atrás hasta que el jaleo cesó—. El Señor Botines estaba tan nervioso ese día que ni le hubiera podido pasar el escáner para comprobar el chip de haberlo llevado conmigo.

—Quizá me pase por allí para preguntar. A los de la compañía no les gusta firmar pólizas en lugares de riesgo. ¿Crees que estarán, aunque sea domingo?

Se encogió de hombros mientras se levantaba por completo.

—Supongo.

Tendría que probar suerte. Le hice un par de preguntas más sobre los problemas cotidianos del rancho intentando que fuese ella la que dirigiera la conversación mientras regresábamos a la entrada. Nos detuvimos junto a la puerta y estaba a punto de despedirme cuando los sentimos detrás.

—¿No estarías pensando en ir andando?

—Jarrad… no necesito niñera.

—Eso discútelo con mi hermano.

Gaby puso los ojos en blanco y le dio un manotazo que le hizo sonreír mientras se hundía el sombrero hasta las orejas.

—Si queréis ver al semental yo voy para allí —intervino el veterinario sacudiéndose los restos de paja y tierra de la bata—. Os puedo acercar.

Gaby asintió y se puso a su lado, así que intervine.

—Ya he abusado bastante, no es necesario. Si me decís cómo regreso hasta mi coche…

—¿No quieres ver a Red Smoke?

Sacudí la cabeza con mi mejor sonrisa.

Tras la visita no necesitaba ver al animal ni pasarle el escáner para saber que Red Smoke no era Blue Comet y no solo por las imágenes que había visto de él en internet. Saltaba a la vista que en

el rancho Woodhall todo funcionaba como un reloj. Y lo que era más importante: de forma legal. Hasta Gaby había confirmado que Red Smoke llevaba años allí sin necesidad de preguntar.

Era imposible que fuese el mismo caballo.

—No es necesario —aseguré.

—Perfecto —dijo Jarrad con la misma expresión seria desde que lo había visto. Señaló una camioneta con las ruedas llenas de barro—. Entonces os acerco a la casa antes de volver al trabajo.

Gaby se volvió hacia el veterinario que iba hacia la otra ranchera.

—¿Quieres que te acompañe, Bud? Por si necesitas ayuda.

El veterinario soltó una carcajada y se pasó una mano por la barriga.

—Descansa, chica. Solo voy a comprobar los calendarios de vacunación y poco más. Hasta el viejo Dormund podría hacerlo solo.

El sonido del motor de la camioneta de Jarrad llegó desde atrás y nos volvimos hacia allí.

—¿Entonces vas a ir a ver a los Velasco?

Asentí.

—Sinceramente, no les sobra el dinero. No creo que puedas venderles una buena póliza. Quizá deberías venir otro día y hablar con Trevor. —Un ligero color rosado le tiñó las mejillas. Vera había nombrado lo suficiente a su jefe como para que recordase su nombre y Anitta había suspirado más de cien veces mencionando lo bien que el vaquero cuidaba de su novia. Removí el pie antes de comenzar a andar molesta por sentir envidia de una persona a la que acababa de conocer.

—Ya, bueno. Probaré suerte. Y si no volveré otro día.

Jarrad detuvo el coche frente al sendero de gravilla que daba a la casa principal y pitó dos veces a modo de despedida mientras se alejaba. El aire fresco trajo una mezcla de olores a flores silvestres, tierra y olmos que resultaba embriagadora. Nos despedimos tras intercambiar un par de frases hechas más. Gaby era agradable, pero estaba deseando marcharme y descubrir si al fin había dado con algo después de tantos días o si era un cabo suelto. Otro más. Ya

había perdido la cuenta de los que llevaba desde que había llegado a Texas.

Tuve que obligarme a no correr de regreso a la cochera mientras rebuscaba las llaves del coche en el bolso. Abrí, metí la llave en el contacto y escribí el nombre de la granja en el Google Maps mientras me ponía el cinturón. Iba a dejar el teléfono sobre el salpicadero cuando se proyectó una sombra en el capó y la puerta del copiloto se abrió.

—Ni sueñes que te vas a librar de nuestra conversación pendiente —dijo Kieran cerrando con un golpe seco antes de que pudiera reaccionar.

15. KIERAN

—¿Nos vamos? —pregunté acomodándome en el asiento.

Darrell no me pidió que me bajase.

Tampoco lo arrancó.

Se limitó a estirar los dedos sobre el volante durante unos segundos antes de girarse hacia mí con una mueca astuta.

—¿A dónde quieres que te lleve, sheriff?

Si intentaba distraerme se iba a llevar un buen chasco.

Alargué la mano y detuve la aplicación para que dejase de decirnos cómo salir del rancho de mis primos.

—Por lo que me ha dicho Gabriella, a la granja de los Velasco. Lo que me ha provocado más preguntas.

Su sonrisa titubeó un instante y después clavó la vista en el retrovisor para salir de la cochera.

—No me fastidies esto, Kieran. Es importante.

—Si respondes a mis preguntas y me quedo satisfecho no fastidiaré nada. —Asintió, quitó el freno de mano y extendió la mano para que le devolviese el teléfono—. Al salir del rancho, gira a la derecha. Ya te indico yo.

Durante un largo minuto ninguno dijo nada. Quizá no fuésemos amigos, pero ya no éramos los dos desconocidos del bar de aquella primera noche y sabía que, si se mantenía en silencio, a la expectativa, no era por falta de iniciativa. Era por falta de control. Eso era algo en lo que los dos coincidíamos; a mí también me gustaba tener mis cosas bajo control. Saber lo que sucedía en mi condado y que la delincuencia estuviese bajo mínimos. Asegurarme de que mi madre y el resto de mi escasa familia estuviese bien y al margen. Y satisfacer mis necesidades sexuales sin implicarme lo más mínimo.

Pero ella había logrado complicar cada uno de esos aspectos.

—¿Para qué has ido al rancho de mis primos, Darrell? ¿O por qué estás yendo a la granja de los Velasco?

—Ya te lo he dicho —comenzó con un tono cauto—, estoy trabajando.

Apoyé la espalda contra la ventanilla para escrutarla atentamente.

—En qué.

No sonó como una pregunta, si no como una orden y su cuerpo se tensó en respuesta.

Exhaló el aire con fuerza y volvió la vista al frente reduciendo la velocidad. En la boca tenía una sonrisa neutra, pero sus brazos estaban rígidos. Conducía muy despacio. A esta velocidad sería imposible tener un accidente ni aunque nos chocásemos con uno de los pinos de frente. Lo que sí que conseguiría sería llegar tarde de regreso a la comida familiar y que la tía Rita y mi madre me dedicasen una de sus miradas.

—No es asunto tuyo. Y ya te dije que estoy buscando algo.

«*Algo*».

Ya.

Sus dedos se tensaron contra el volante mientras el silencio se extendía por el habitáculo. Cargante. Molesto. Tenía ganas de saberlo, fuera lo que fuese. Podía lidiar con ello más que con la curiosidad que zumbaba cada día en mi cabeza cada vez que pensaba en ella y en los motivos que la habían traído hasta aquí. Hasta mí. El tío Bill siempre decía que lo mejor para obtener respuestas era dar tiempo, y era cierto. De hecho, era una técnica que usaba muchas veces en mis interrogatorios; pero solo valía cuando tenías ese tiempo y a mí se me terminaría en cuanto llegásemos donde los Velasco. Así que tenía que optar por otra cosa.

—¿Qué buscas? —Abrió la boca mirándome de soslayo y me fijé en un ligero temblor de su mejilla. Levanté la mano interrumpiéndola—. Como no nos conocemos tanto te recuerdo que llevo encima más de mil interrogatorios y que mi primo Jarrad dice que soy como un detector de mentiras humano. Soy muy bueno en eso.

—Genial por ti —se encogió de hombros—, a mí lo que se me da bien es enfocarme en una tarea.

—Si de algo estoy seguro es que eres buena en más de una cosa. En realidad, en muchas más de las que debiera controlar una vendedora de seguros estándar, como dices que eres. Me he fijado en ti, Darrell, ¿sabes?

—¿Así que te has fijado en mí, sheriff? —replicó con un tono suave y seductor que me molestó al instante.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—Te he visto frivolizar para desviar la atención bastantes veces. Y no me gusta que lo hagas cuando estoy hablando en serio.

Sus hombros subieron con exageración y después soltó el aire con fuerza.

—Dímelo de una vez y no me enfadaré ni te denunciaré. Te lo prometo.

Se volvió con los ojos como platos.

—¿Y por qué ibas a enfadarte por hacer *mi* trabajo? ¿Has dicho denunciarme? Tienes que estar de coña.

Refunfuñó por lo bajo algo más a lo que no presté atención. La sangre me latía enloquecida. Esa mujer diminuta estaba a punto de sacarme de quicio; lo suficiente como para obligarle a parar en la cuneta para sacarle todas las respuestas y morderle la boca. Pero eso era una pésima idea, así que usé el truco de la respiración táctica de mi época en el ejército para calmar mis instintos hasta niveles controlables.

—Llevas merodeando por *todo mi condado* y sin parar desde que llegaste sin dejar de preguntar por el único caso importante que no he llegado a cerrar desde que acepté el cargo. He perdido la cuenta de las quejas sobre una rubita que se presenta en granjas y ranchos de Strokeville intentando entrar para preguntar por cualquier cosa menos por los datos necesarios para cubrir una póliza de seguros. Dices que quieres ver al semental de mis primos, pero te marchas sin hacerlo. Practicas al menos jiujitsu y aikido y controlas de armas. Y además te moldeas muy bien para ganarte

pronto a la gente. Eso no es lo que hace una administrativa o una vendedora de seguros.

Abrió y cerró las manos sobre el volante, pero nada.

Iba a tener que decirlo yo.

—¿Vienes de asuntos internos o no?

—¿Qué? —La carcajada fue tan sincera que me sorprendió—. ¡No!

Sacudió la cabeza con incredulidad.

—Como empleado público deberías saberlo: el gobierno paga fatal y me gustan los zapatos caros.

—Y entonces… —moví la mano con frustración invitándola a hablar antes de quedar más en evidencia. La vi dudar y acariciar el bolsillo del pantalón por encima. El corazón se me detuvo un segundo porque no necesitaba palpar para saber lo que llevaba ahí. Mi llave. La que no me había dejado bajo ninguna maceta.

—Estoy… —carraspeó y volvió a tocar la tela del pantalón—. Estoy buscando a un caballo.

Quise protestar, pero parecía sincera.

—¿Caballo como sinónimo de droga o camello?

Torció la cabeza y mostró esa sonrisa que me alteraba tanto.

—Caballo como sinónimo de caballo.

Iba a replicar cuando su iPhone vibró todavía en mi mano. Lo giré hasta que la pantalla se iluminó entre los dos.

Isaac.

Su boca se retorció.

—No lo cojas —dijo con rapidez. Su voz sonó menos firme. Frágil—. No quiero hablar con él.

No era la primera vez que escuchaba ese nombre. Le quité el sonido y dejé el móvil boca abajo en un hueco del salpicadero.

—¿Quién es?

—Nadie.

—No lo parece. Lo mencionaste en la conversación con tu madre.

Giró en el cruce sin mirarme tomándose una pausa muy larga para contestar.

—Es mi novio. Mi ex —se corrigió de inmediato—. Y no quiero hablar con él.

Apreté la mandíbula y torcí el cuello hasta que crujió por el aguijonazo al escucharla. Nada de aquello era asunto mío; era su vida privada y no tenía relación con el motivo por el que había corrido hasta las cocheras sin apenas despedirme de mi tío, pero aun así lo sentí como un golpe bajo. Me apreté la rodilla lamentando haberme subido en el coche. Yo no tenía relaciones románticas por muchos motivos; el principal, que no eran para mí. No tenía ni tiempo ni ganas de ese tipo de enredos. Pero tenía unos principios muy sólidos, desde la niñez, incluyendo los «profundos valores familiares», como los denominaba mi madre. Eso incluía respetar las parejas ajenas, aunque fuese con un lío de una noche.

«Y más después de una noche como la de ayer».

—¿Desde cuándo no sales con él? —pregunté sin pensar.

—No es asunto tuyo. Yo no te pregunto con cuántas has chateado esta semana.

Un latigazo ardiente me subió por la espalda.

—No sé qué impresión te he dado, pero yo no como de los platos de otros. Ni viceversa.

Darrell clavó el freno y se giró hacia mí poniendo mala cara. Abrió la boca y apenas medio segundo después la volvió a cerrar. Casi pude escuchar el clic que sonó en su cabeza. Sacudió la cabeza con ganas haciendo que sus sedosos cabellos rubios brillaran alrededor de sus mejillas sonrosadas.

—No… —Tensó la barbilla—. No hablo con él desde que lo dejamos. Seis meses antes de conocerte.

Asentí, aunque no tenía sentido.

—Tu madre dio por hecho que estaba aquí. Contigo.

Soltó un suspiro exagerado y me miró con los ojos entornados.

—Deja el interrogatorio hasta que esté detenida, poli duro. Mi madre no sabe que lo he dejado con Isaac igual que tampoco sabe en qué trabajo exactamente. Está demasiado centrada en su trabajo como para que esas nimiedades le importen. No todos tenemos relaciones familiares que implican comidas caseras semanales o

estanterías llenas de fotos. ¿Sabes que ella sí que cree que trabajo supervisando pólizas desde hace como cinco años y tú no te lo has creído ni un solo día?

Le brotó una risa amarga que se detuvo en cuanto el teléfono volvió a sonar. Otra vez Isaac.

—Cuélgale.

Abrí la boca y ella se adelantó:

—No digas que igual es algo importante, porque no es verdad.

Esperé mientras se pasaba la mano por el pelo despeinándose por completo.

—Me engañaba —dijo al fin. La voz serena, pero evitando mirarme—. Tenía que haberme dado cuenta antes, pero no quería quedarme igual de sola que mis padres, o como yo me sentía cuando vivía con ellos, así que pasaba un millón de cosas por alto. Y aun así se las arreglaba para hacerme sentir pequeña cada vez que podía.

Apreté los dientes odiando a ese idiota al que ni conocía.

—¿Cómo?

—Se burlaba de cosas. Como que era una seta en la cama, pero que al menos pagaba las facturas.

—Pues entonces no tenía ni idea.

Darrell soltó una risa hueca que se me hizo triste.

—Créeme, sí la tenía. La tipa con la que estaba cuando los pillé parecía estar disfrutando de lo lindo.

Negué despacio.

—Si la tuviera, no te habría perdido.

Noté su respiración acelerándose, irregular.

Un poco como la mía.

Extendí la mano sin pensar y entrecrucé nuestros dedos sobre su muslo y Darrell se limitó a apretármelos de vuelta. A partir de ahí continuamos el trayecto en silencio mientras me limitaba a indicarle la dirección con la mano libre hasta que faltaban unos kilómetros.

—El caballo —dijo de pronto—, el que estoy buscando, cuesta tres cuartos de millón y el dueño quiere recuperarlo a toda costa. Por eso me han mandado a mí aquí.

—Viniste porque Walter Green está relacionado con ese caballo.

No era una pregunta, aunque lo confirmó. Una vez absorbido el impacto inicial, todo tenía sentido. Sus habilidades, sus visitas a ranchos, su tapadera. Por la ventanilla vi la valla deteriorada que señalaba el inicio de las tierras de la granja.

—¿Por qué venimos a ver a los Velasco? No están relacionados con el caso. Ni siquiera creo que hayan coincidido con Green alguna vez. Viven muy aislados, apenas frecuentan el centro.

—Porque les robaron caballos en la misma época y hasta recuperaron uno.

—¿Y crees que ese es el tuyo? —pregunté con incredulidad. Darrell se encogió de hombros y redujo más la velocidad—. No tiene ningún sentido. Y, además, no les robaron.

—Claro que sí. Gaby examinó al que recuperaron. Me lo ha contado.

Las imágenes de ese momento me vinieron a la mente. Gaby estaba igual de nerviosa que el caballo de los Velasco cuando se acercó a examinarlo para determinar el origen de las lesiones que tenía. Y la granja tenía el mismo aspecto descuidado que ahora.

—Sí, pero resultó que no era verdad. Los Velasco se pasaron por la oficina para declarar que en realidad no les habían robado. Intentaron estafar al seguro.

—Pues con más razón. Me da que en este asunto hay algo —dijo señalándose la nariz—. Así que espérame aquí y luego te cuento.

Ni de broma. Agarré la manilla.

—Ni se te ocurra bajar.

—Darrell…

—Kier —replicó en el mismo tono. Algo dulce y caliente se deslizó en mi interior al escucharla llamarme así—. Tengo que ganármelos por si les saco algo. No voy a hacer nada ilegal, solo un par de preguntas. Si voy con la autoridad a mis espaldas, ¿cuánto crees que les voy a sacar?

Soltó mi mano y accionó su manilla sin abrirla del todo.

—Tú espera.

Se soltó el cinturón y abrió la puerta del todo a la vez que me sonreía.

Un instante después el ruido era ensordecedor.

16. KIERAN

La agarré por las caderas y tiré por ella de vuelta al interior viendo sus ojos como platos. Casi inmediatamente escuchamos otra detonación. El cristal de la ventanilla había saltado por los aires, había trozos por todas partes y los dedos de Darrell se hundían en mi antebrazo con desesperación. Pero lo primero era salir de allí. Antes de que el tirador quisiese repetir y acertase a la tercera.

—Pisa el pedal, Darell —le pedí.

En cuanto el coche se movió le hundí la rodilla para acelerar rápido y cruzar la verja de entrada y no la solté hasta que nos alejamos lo suficiente, hasta dejar atrás la vivienda principal. Entonces detuve el coche sin llegar a apagarlo por si teníamos que seguir huyendo. Me giré con cuidado hacia atrás sin exponerme para echar un vistazo por la luna trasera, pero no vi nada fuera de lugar. Árboles, pájaros y un camino desierto. Del espejo retrovisor del conductor no quedaban más que los cables colgando. Y al parecer el peligro había pasado.

La sujeté por los hombros con cuidado y la examiné como pude. No parecía tener nada más que un buen susto.

—¿Estás bien, canija? ¿Se te ha clavado algún cristal o algo?

Bajó los párpados negando con la cabeza.

—¿Por qué estás tan tranquilo y yo a punto de explotar?

Sonreí y subí y bajé los brazos por sus hombros para reconfortarla. Tenía las mejillas encendidas, la respiración alterada y estaba preciosa.

—Estuve en el ejército, ¿te acuerdas?

Abrí la boca para soltar una broma, pero sus manos menudas se engancharon al cuello de mi chaqueta tirando con fuerza. Mis labios se estrellaron con los suyos y su lengua me invadió al momento en un beso duro y exigente, sin tregua, como una fuga de energía para liberar la tensión del momento. Su respiración caliente

contra mi mejilla. Sus dientes pellizcándome los labios. Sus uñas clavándose en mi piel. La apretujé contra mi torso todo lo que pude para indicarle que ya estábamos a salvo y se lo devolví con la misma intensidad hasta que derivó en otro beso mucho más sosegado.

Esa sensación dulce se quedó conmigo hasta después de separarnos y salir del vehículo para evaluar los daños. Con Darrell debajo de mi brazo llamé a Alan Funke para informar de sucedido porque, aunque yo fuese el sheriff, era él quien estaba de guardia ese día y debía levantar el parte. Todavía no había colgado cuando los Velasco aparecieron saliendo por detrás de un granero. Ella tenía la cara desencajada y Marlon cargaba una escopeta que sería un milagro que funcionase.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Marlon bajando el arma.

Levanté la mano señalando el teléfono para pedirles un poco de tiempo y le di un par de instrucciones más a mi ayudante antes de despedirme.

—Ha sido un disparo —afirmó Helena con voz entrecortada llevándose la mano al pecho detrás de su marido.

Marlon negó con rapidez.

—No digas tonterías, mujer. —Se rascó la nuca sin mirar a ningún lado—. Habrá sido… el reventón de una rueda o una piedra. Nada de disparos.

Miré de reojo hacia la ventanilla destrozada. Quedaban tan pocos fragmentos que de un primer vistazo parecía que estaba abierta.

—Las piedras no hacen ese ruido—replicó Helena tirándole por el peto de trabajo hasta que se puso a su lado—. Y lo sabes bien.

Marlon ajustó la escopeta contra su cuerpo como si no supiese muy bien qué hacer con ella ahora y tanto él como su mujer le lanzaban miradas furtivas a la rubia que los observaba con mucho más descaro. El silencio que nos envolvió era denso, incómodo, y solo servía para tensar más los ánimos.

Carraspeé para atraer la atención de todos.

—Helena tiene razón: han sido disparos. Quizá un par de balas perdidas. Lo importante es que no ha habido daños

personales. Esperaremos aquí todos juntos hasta que venga Funke a examinar y levante el parte.

Me callé un momento esperando a que los Velasco nos invitasen a seguirlos a su vivienda con una taza de café, pero no sucedió. Los tres seguían igual de tensos que antes. Levanté las manos y empleé el tono más neutro posible.

——Veníamos porque ella necesita hablar con vosotros sobre el robo de caballos de hace unos meses.

—Ya os lo contamos todo en su momento No sé por qué hay que revolver un tema tan viejo —respondió Marlon con la frente arrugada—. Fuimos a la oficina del sheriff, hablamos con tu ayudante y todo quedó claro. ¿O no?

Era más que obvio que el tema le incomodaba y no era difícil saber por qué. Sobre todo, si le habían llegado los rumores de que había una mujer rubia nueva en la zona que trabajaba para una compañía de seguros y que no dejaba de molestar a los rancheros del condado.

Sonreí intentando disipar sus dudas.

—Desde luego que sí, Marlon. No se trata de eso. Darell Pereira solo quería haceros un par de preguntas y echarle un vistazo al Señor Botines. Solo nos llevará unos minutos y después podemos esperar a Funke tomando un café.

Marlon abrió la boca.

La cerró.

Miró a su mujer.

Helena movió la cabeza imperceptiblemente.

—Ese ya no lo tenemos —contestó finalmente.

Tuve que concentrarme para mantenerme impasible y seguir sonriendo. No era necesario todo mi entrenamiento para saber que mentía. O que escondía algo, al menos. Mi detector de mentiras llevaba pitando desde que dijo lo de la piedra y aún no había parado.

Darrell me clavó el codo en la cintura con disimulo.

—¿No? —Ladeó la cabeza y dos mechones color miel le cubrieron un ojo—. Me habían asegurado que sí; he venido desde lejos para verlo.

—Lo vendimos —respondió Helena con rapidez—. Poco después de aquello.

—¿A quién?

Helena agarró la mano de Marlon y se la apretó dos veces en una señal muda. Pude ver cómo se blindaban ante nuestros ojos antes de que respondieran nada. Darrell intentó insistir un poco, pero fue inútil. Ninguno de los Velasco supo decir cuándo lo vendieron. O a quién. O que no pensaban mostrar el contrato salvo requerimiento legal. Darrell asentía despacio como si se conformase con alguna de esas respuestas, pero sus ojos azules parecían de hielo. No le gustaba y a mí tampoco. Sobre todo, porque había algo que se nos escapaba.

Estaba de acuerdo con Darrell conque la gente era capaz de muchas cosas por dinero, pero no era eso lo que veía. Si la verja que delimitaba la finca estaba deteriorada, el interior no era mucho mejor. La casa principal estaba llena de desconchones y maderas levantadas, el terreno lleno de yerbajos y piedras atravesando los caminos y el tejado del cobertizo necesitaba una reparación urgente para evitar perder lo que almacenaban allí. No cuadraba. «No te metes en el robo del "caballo de oro" para vivir así, salvo que…». Una idea tomó forma en mi mente.

—¿Os quedan más caballos?

—Sí.

—¿Podemos verlos?

La tensión de sus rostros se suavizó al instante.

—Sí, claro. ¿Quiere ir ahora, sheriff?

Asentí.

Los Velasco se dirigieron a la destartalada camioneta estacionada tras el granero y nosotros nos giramos para regresar al coche. No debíamos moverlo, pero tampoco pensaba subirme en la caja abierta de esa tartana con un potencial tirador por ahí suelto. Sus dedos se cerraron sobre mi antebrazo y yo los cubrí con los míos. Fue un instante nada más. Un gesto muy pequeño, pero muy fuera de lugar.

Otra excepción más.

Me incliné y bajé la voz para asegurarme que solo ella me oyera.

—Cuando Funke levante el atestado tú y yo vamos a tener una conversación muy seria. Y muy larga.

17. DARRELL

El silencio nos rodeó desde que pusimos un pie en mi hotel. Era tarde, casi la hora de cenar, y los pasillos estaban desiertos, pese a que en los últimos días había visto caras nuevas en la cafetería. En parte era un alivio porque habíamos tenido que repetir la misma historia un ciento de veces. En la granja de los Velasco. En la oficina del sheriff. En el rancho de los Woodhall. En el coche de su primo al traernos de vuelta. Caminar juntos y callados sintiendo el calor de su cuerpo en cada roce de su brazo contra el mío era reconfortante. Balsámico. Aunque solo era temporal porque Kieran también buscaba respuestas y no me iba a dejar escapar más. Había notado su impaciencia al despedirnos de su familia. A diferencia de mí, él era inmune al cansancio que se había extendido por mi cuerpo después del subidón de adrenalina que me había hecho besarlo de nuevo.

Al parecer, ni en los momentos en que me jugaba la vida era capaz de quitarle las manos de encima.

Y él tampoco había protestado mucho.

Señalé la puerta con la barbilla antes de detenerme y abrirla.

Ni me acordaba del desastre de periódicos que había dejado atrás el día anterior hasta que vi la estupefacción en su rostro desde el vano de la puerta y se me escapó una carcajada. Era el domingo más extraño que pudiera recordar y todavía no había terminado. No cuando el eficiente sheriff del condado estaba empeñado en entender mejor lo que había sucedido y eso pasaba por analizar toda mi información.

Cerré la puerta con la cadera en cuanto pasó y en dos zancadas me acerqué hasta la mesilla de noche, la única superficie lisa con espacio libre que me quedaba, para dejar el bol con los restos de la comida que su tía me había obligado a aceptar antes de marcharnos del rancho.

Si quería una inmersión en la vida cotidiana de Strokeville, los Woodhall me habían dado una sobredosis. Y algo de envidia.

—¿Seguro que no prefieres dejarlo para mañana? —pregunté al verlo recorrer la estancia con las manos en los bolsillos.

—Seguro.

Asentí y me senté en el borde de la cama dejando la cazadora a un lado.

—¿Cuándo vamos a hablar de lo raro que ha sido lo de los Velasco?

Se giró hacia mí y sonrió con ironía.

—Cuando nos dejen.

Desde que salimos de la granja no habíamos pasado más rato juntos que los trayectos en coche. El primero hasta la oficina del sheriff para completar el papeleo con su ayudante que no dejaba de observarme con desconfianza. Y al salir en el trayecto hasta el hotel. No nos dio tiempo ni de llegar al aparcamiento. Su madre lo llamó angustiada por la noticia distorsionada de lo sucedido en la granja de los Velasco. Al parecer, por Strokeville ya circulaban tres versiones distintas y en dos de ellas había heridos. Kieran se pasó el resto del trayecto hasta el rancho Woodhall despotricando sobre la incapacidad de sus ayudantes para mantener la boca cerrada cada vez que pasaba algo y de lo morbosa que era la gente.

Parte del encanto de la noticia era que hacía más de cuarenta años que nadie disparaba al sheriff del condado.

Yo no tenía tan claro que el disparo fuese para él. Sobre todo, porque los dos impactos dieron en el lado del conductor. En *mi* lado.

—¿Qué es todo esto, Darrell?

—Trabajo.

Levantó un periódico con uno de esos titulares diseñados para hacer ruido: «Luces nocturnas en la granja vacía de los Jackson y el sheriff ni caso».

—No lo parece.

Me encogí de hombros, se lo arrebaté y lo devolví a la pila.

—Pues lo es. O lo era. Intentaba recabar información sobre delitos relacionados con caballos en esta zona usando vías alternativas.

Enarcó las cejas y me mostró otro. «*El sheriff la lía de nuevo*».

Negué con la cabeza y di dos palmaditas sobre el edredón para que se sentase, pero siguió de pie esperando.

—Necesitaba información y en casos así suelo ser muy insistente con las autoridades hasta que lo consigo. Cuando supe que eras el sheriff intenté encontrar otras maneras de avanzar alternativas a ti; no quería confundir aun más las cosas. Lo que ha pasado entre nosotros está al margen del caso y quería que siguiese así dentro de lo posible para no…

—¿Confundir las cosas? —interrumpió repitiendo mis palabras —. Te entiendo y los dos sabemos que no es eso lo que ha pasado. Y ahora, ¿me cuentas tu caso?

Asentí y le señalé la silla frente a la mesa de la ventana. Por mucho que resumiera, iba a ser más largo de lo que esperaba. Al principio, mientras seguía a los Velasco para que nos mostrasen los tres jamelgos que les quedaban, pensé en qué le contaría; en qué información compartir y cual reservar para mí cuando llegase el momento.

Y había decidido no guardarme nada porque Kieran había hecho lo propio conmigo. Desde la llave en mis vaqueros hasta el modo en que apoyó su mano en mi espalda para animarme a entrar en la cocina de sus primos. Nada de palabrería barata. Sabía que lo nuestro no era nada, solo dos personas que sintonizan y pasan un buen rato juntos, pero también era la relación más sincera que había tenido en mucho tiempo.

Así que le expliqué en qué consistía mi trabajo, cómo me llegaban los encargos y los datos que me pasaron antes de conocernos. Lo poco que había avanzado mi investigación desde entonces. Y lo que me había motivado a quedarme en Strokeville. Una cosa tras otra mientras Kieran escuchaba atentamente con la mandíbula contraída y una mano sujeta por la otra, sin hacer ninguna pregunta.

—¿Puedo echarle un ojo? —preguntó señalando las carpetas de la esquina en cuanto me callé.

Asentí y me acerqué para dejar la mesa libre de periódicos para que estuviese más cómodo ya que el espacio era limitado. Con la pila en los brazos dudé en dónde dejarlos. Todavía me quedaban bastantes ejemplares por repasar y no quería devolvérselos a la camarera sin haberlos hojeado todos, pero ya no eran una prioridad. La ventanilla y el retrovisor destrozados del coche de alquiler eran una señal demasiado grande para ignorarla. Finalmente los dejé a un lado de la cama y me senté en el centro del colchón cogiendo el primero de la pila. Kieran pasaba páginas adelante y atrás anotando datos en una libretita con una concentración envidiable, así que decidí aprovechar el tiempo y empecé a leer.

—¿Este nombre que se repite varias veces en tus notas? —preguntó sin levantar la vista—. ¿Kaito?

—Es mi supervisor, el enlace entre las aseguradoras y yo.

Asintió y continuó y yo busqué mi teléfono. Ni me había acordado de avisarle. Entré en nuestra cadena de emails y pulsé en responder.

«Me han disparado visitando una granja. Estoy bien, se han cargado el coche. Si alguien se ha puesto así de nervioso es que me estoy acercando al objetivo. Necesito quedarme más días, consígueme más tiempo con el cliente»

Enviado.

En los últimos días la aseguradora y el cliente habían dudado de mi profesionalidad, si era verdad lo que Kaito me había dicho porque a veces usaba ese tipo de técnicas para presionar y obtener resultados.

En cualquier caso, un tiroteo debería conseguirme tiempo extra y un poco de reconocimiento. Había conocido a otros recuperadores a los que si les hubiese sucedido lo mismo que a mí en esa granja ya hubiesen puesto los pies en polvorosa.

Lo escuché gruñir, levanté la cabeza y un pensamiento resonó muy alto en mi cabeza. Sin Kieran a mi lado manteniendo la calma, quizá yo también hubiese salido corriendo hasta llegar a Atlanta. Aunque cada vez pensaba menos en hacerlo.

Perdí la cuenta del tiempo que había transcurrido desde que llegamos cuando se giró de la silla.

—¿Cómo sabéis que Green estaba implicado? —Apoyó la mano en el respaldo y la camiseta se le movió a la altura del cuello. Una sensación cálida y muy inapropiada me recorrió al ver en su piel morena una de mis marcas de la noche anterior. Sacudió los papeles atrayendo de nuevo mi atención—. En esto de aquí no lo veo tan claro.

No respondí. Solo me acerqué al portátil, abrí una carpeta concreta y le di a reproducir al vídeo.

—Porque es muy fotogénico, estate atento.

Me dirigí al armario sabiendo lo que vendría a continuación. Tras la euforia por ver el careto de Walter Green en la pantalla tendría un millón de preguntas más y querría acceso al resto de la documentación, así que me adelanté.

—¡Joder, canija! ¿Desde cuánto tienes esto?

Sonreí rebuscando en la bolsa de deportes donde había escondido los documentos más importantes. Durante un segundo dudé y dejé atrás la carpetilla en la que guardaba el interrogatorio incompleto de Green. Kieran ya lo conocía de sobra, sobre todo por que lo había realizado él, y aunque Cruz era un salido no merecía que lo pusiese en problemas con su superior solo porque yo fuera tan hábil con las manos.

Cuando volví con la carpeta noté su mirada densa y oscura.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Pero por cómo me miraba no lo parecía—. Solo pensaba que me gusta que sigas llevando mi camiseta.

Noté la sangre caliente agolpándose en las mejillas. A mí también me gustaba llevarla puesta. Me quedaba gigantesca y había tenido que remangarme todo el rato, pero a cambio cada vez que me movía me venía ese olor a cuero y cítricos mezclado con algo solo suyo y me daban ganas de levantar el tejido de algodón y hundir en él la nariz para aspirarlo hasta embriagarme de él. Aunque eso no pensaba admitirlo en voz alta. En cambio, avancé a paso seguro hasta rozar la silla con la cadera y me incliné para depositar la carpeta sobre una esquina de la mesa.

—Tu llave —dije al sacarla del bolsillo para dejarla sobre la carpeta.

Kieran ni la tocó.

Cerró su puño con el mío dentro y los dientes de la llave se me clavaron ligeramente en la piel.

—Quédatela. Solo por si acaso. Hasta que no sepamos quién nos ha disparado, si ves algo raro, quiero que la uses.

El aire se me congeló en los pulmones. Sus ojos oscuros me miraron con una intensidad que casi se me olvidó cómo respirar y fui incapaz de reaccionar hasta que me soltó y señaló la carpeta que le había llevado.

—¿Aquí que hay? ¿Todavía tienes más?

Sonreí escondiendo el tesoro en el bolsillo.

En la pantalla del ordenador aparecía exactamente el mismo fotograma que cuando él me había visitado en el hotel por primera vez.

—Díselo a mi supervisor, que no deja de apretarme para que dé con algo.

Sus ojos bailaron por mi cuerpo hasta detenerse de nuevo en los míos.

—Si lo encuentras, ¿cuánto te llevas?

Me mordí el labio dudando si responder. El dinero había sido un problema en mi anterior relación porque ganaba mucho menos que yo, al igual que con otros de mis conocidos. Y apostaría el bono de mi entrenador personal a que lo que cobraba Kieran como funcionario público de un condado pequeño tampoco sería para tirar cohetes.

—Cien mil. Un poco menos.

Alzó las cejas y se le escapó un silbido.

—Entonces normal que apriete —añadió con media sonrisa.

Al apartarme vi el bol metálico de su tía. Lo agarré con fuerza con ambas manos y me senté en la cama.

—¿Qué te parece si te tomas un descanso y comemos algo?

Pocos minutos después estábamos estirados sobre el cobertor con el recipiente entre ambos. Dentro había un montón de sándwiches rellenos con el brisket del mediodía. Muchos para una sola persona, pero ninguno dijimos nada. Los dos estábamos

cansados, pero no tanto como para que dejase sus preguntas sobre Blue Comet y mi trabajo.

—¿Sabes qué? —Añadió tras un instante callado—. Es curioso que te presentes en mi jurisdicción justo preguntando por este caso.

Me encogí de hombros e hinqué los dientes en el segundo bocadillo.

—Me han mandado los de asuntos internos.

Me dio un manotazo y se me escapó una risotada.

—Lo digo en serio. —Pegó la espalda a la pared y se estiró—. Odio este caso. Es como una espinita que no me puedo quitar. Aunque nuestro expediente lleve meses cerrado, cada vez que me acuerdo de Green y su posible cuadrilla me viene esa sensación de haber dejado algo a medias.

Su mirada se perdió en la pared del fondo. Yo me esforcé por tragar antes de responder:

—Todo esto sería mucho más fácil para ambos si no hubieseis soltado a Green tan pronto.

El bocadillo se le cayó de entre las manos y la salsa barbacoa le pringó el vaquero, pero ni se inmutó. Su boca se contrajo hasta formar una línea y su mirada se aceró.

—Repítelo —dijo Kieran muy despacio.

18. KIERAN

Podía repasar los archivos cinco veces más, pero el resultado no iba a variar. Aunque tampoco era que esperase algo distinto. En realidad, lo que le mostraba la pantalla del ordenador era lo mismo que ya sabía y nunca había dudado hasta aquel momento.

Walter Green fue entregado a la oficina del sheriff de Los Rosales.

El PDF que había revisado ya tres veces no dejaba lugar a dudas. Uno o dos días después de tomarle declaración hablé con mi homólogo de Los Rosales para informarle de la detención y él nos pidió formalmente un extracto en donde yo personalmente había incorporado las partes del interrogatorio que consideré que podían resultarles de mayor interés.

Y pocos días después, al quedarnos sin caso de robo de caballos aquí ya que los Velasco retiraron su denuncia, aceptamos su requerimiento y lo pusimos a su disposición. Como diría mi secretaria, «lo mandamos para allá». Y para eso uno de mis ayudantes había cumplimentado el formulario adecuado, fechado y con el sello del condado.

Me incliné hacia atrás todo lo que la silla me lo permitió y golpeé los reposabrazos en una sinfonía desacompasada dudando si volver a repasar el resto del archivo otra vez. No tenía ningún sentido que lo hiciese, y en cualquier otro asunto no lo haría. Confiaba en mis ayudantes. No había otra manera de hacer mi trabajo y tampoco me habían dado motivos para no hacerlo.

Pero Darrell se había mostrado tan convencida de que Walter Green no había llegado a pisar Los Rosales... Y aunque no la conociese desde hacía mucho, confiaba en ella. Además de preciosa, era tenaz, concienzuda y tan buena en su trabajo que le habían encargado uno de ese calibre pese a que al aceptar el encargo apenas sabía nada sobre caballos. No había sido completamente

sincera sobre su trabajo, lo cual era lógico si no quería llamar la atención de los ladrones, pero no había mentido en nada esencial. Y desde luego que había sido descarnadamente sincera en lo que respectaba a su vida personal.

Quizá no hubiesen pasado más que unas semanas desde nuestro primer encuentro, pero tenía la sensación de conocerla bien y por eso sabía que era sincera con lo de Green a pesar de no haberme podido mostrar ningún documento que lo respaldase. Lo que me generaba más dudas era que fuese cierto. Quizá alguien de Los Rosales no se había fiado de ella o de quien se dedicó a recopilar esa información y decidió mentirles para sacárselos de encima. O quizá era otra cosa.

Y esa duda era lo que me había mantenido en vilo desde que me había despertado.

Si hubiese sido de otra manera, no hubiera podido dormir en toda la noche. Pero por mucho que esa discrepancia en uno de mis casos me molestase, no lo hizo lo suficiente como para poder quitarle las manos de encima a esa preciosidad rubia ni siquiera cuando cayó rendida entre mis brazos. Seguí acariciando su cabello hasta que yo también me dormí, en vez de regresar a casa, que era lo que me había prometido al dejar el rancho. Me estaba enganchando a su olor, al tacto suave de su piel pálida, al modo en el que su cuerpo atlético y menudo reaccionaba a cada una de mis caricias. Estaba aletargado, incapaz de pensar con claridad.

Pero desde que había llegado a la oficina apenas había rumiado otra cosa que en saber la verdad. Alargué la mano hasta el auricular y marqué el número de la oficina de Los Rosales que continuaba anotado en un post-it bajo el monitor. Había esperado pacientemente a que me devolviesen la llamada dándoles un margen mucho mayor del necesario. Estuve esperando tono tras tono hasta que se cortó. Colgué, abrí el primer expediente de la pila y no fui capaz de concentrarme en nada así que estiré la mano otra vez, pero antes de que me lo pusiese a la oreja los dos golpes secos me interrumpieron. No necesitaba levantar la cabeza para saber que era Alan Funke el que estaba junto a la puerta entreabierta. Le hice un gesto con la cabeza a la vez que posaba el auricular en la base.

—Buenos días, jefe. Quería decirte que ya está subido el informe, por si querías echarle un vistazo.

No era necesario que añadiese más; era obvio que se refería a lo sucedido ayer. El aviso que atendió antes de venir a la granja era una menudencia con unas ovejas que se había zanjado en el mismo momento. Y Funke se había tomado la molestia en acudir en su día libre para tener listo el informe lo antes posible por mí. Asentí dándole las gracias y esperé a que se fuese, pero entró y cerró la puerta echando antes un vistazo al espacio de trabajo común.

Se detuvo detrás de las sillas, con una mano en cada respaldo, pero sin llegar a sentarse y se quedó quieto observándome con esos pequeños ojos pardos. Se llevó una mano a la cremallera de la bomber y a la tercera vez que la subió a mí se me acabó la paciencia.

—Cuanto antes me lo digas, antes podrás irte a casa con Cindy, Alan.

Se rascó la nuca antes de hablar.

—Me preguntaba cómo estaba Darrell Pereira.

—Bien. Un poco molesta con lo del coche porque no le dan el de reemplazo hasta el miércoles al menos y aquí no hay más maneras de desplazarse.

Torció la boca a la vez que la cabeza.

—Me refería de ánimo. Supongo que es la primera vez que le pasa. La mayoría de los civiles de Strokeville se hubiera puesto de los nervios.

Hice un gesto vago con una mano.

—Un poco al principio, aunque aguantó bien la compostura. Es más fuerte de lo que parece.

—Yo no sé si la aguantaría así de bien si alguien quisiera quitarme del medio.

Ahora fui yo quien torció la cabeza.

—¿A qué te refieres? ¿Has encontrado algo en la inspección ocular? ¿Algún rumor? —Negó con un gesto brusco de la cabeza—. ¿Entonces?

—Creo que es bastante obvio, jefe. Dos disparos no es algo muy sutil.

Se encogió de hombros y esperó con la barbilla tensa. Respiré hondo intentando que esa sensación amarga que estaba trempando por la boca de mi estómago desapareciera.

—Aquí no trabajamos así. Las teorías y los cotilleos son para el bar, para que los vecinos tengan algún tema de conversación cuando se aburran. Pero en mi oficina nos ceñimos a las pruebas del caso.

—Pues en este nuevo caso alguien ha intentado meterle dos balazos a una mujer que no lleva ni veinte días en Strokeville, pero a la que conoce medio pueblo. Y que hasta merodeó por este edificio.

—Eso no lo sabes —contesté intentando contenerme—. Esos dos disparos han podido ser balas perdidas.

—Una en la ventanilla y la otra en el retrovisor. Demasiada puntería para un despiste, y lo sabes tan bien como yo.

El miedo y la rabia se abrieron paso con rapidez ante una verdad que me negaba a admitir.

—También ha podido ser un aviso para los Velasco. O contra mí, que también iba en ese coche.

—Quizá —dijo, pero por la arruga que le cruzó la frente supe que no estaba de acuerdo.

—No digo que no tengas razón, Alan. Solo quiero asegurarme de que no descuidamos ninguna opción.

Eso ya me había sucedido antes, en el caso de Gabriella Winston, y casi acabó muerta. No iba a permitir que algo así le volviese a suceder a nadie bajo mi jurisdicción. Y menos a ella. Alan asintió despacio y se dirigió a la puerta a paso lento y una postura cargada. Los dos sabíamos que él sería el encargado de una investigación de la que yo no podía formar parte por estar involucrado (y no solo por ir dentro del vehículo) y aunque no estaba obligado, tampoco había rehuido la conversación con su jefe directo. También tenía que ser justo: que no me gustase su punto de vista no significaba que fuese incorrecto. Y todo el asunto de Green me tenía tenso. Carraspeé y lo llamé decidido a aliviar la tensión antes de que saliese.

—¿Me puedes hacer un favor? —Se giró de inmediato soltando el picaporte—. No comentes los detalles de la investigación

con nadie salvo que sea necesario. Es tu caso y tú decides, pero preferiría que fuésemos discretos.

—¿Por si los del periódico se ceban otra vez?

Apreté los puños con fuerza y ahí fui consciente de que no había llegado a soltar el teléfono.

—Lo van a hacer igualmente, pero no quiero interferencias. Nosotros a lo nuestro.

—De acuerdo, jefe —dijo sonriendo—. Quieren joderte la reelección, pero lo van a tener difícil.

Me encogí de hombros. Seguía sin tener ni idea de lo que buscaban con esos titulares tan provocadores. Fuese un cambio de sheriff o aumentar las ventas del periódico, no pensaba dejar que aquello me distrajese de lo importante. Abrí la mano para soltar el auricular, pero no lo llegué a hacer al pensar en a dónde había llamado y darme cuenta de algo más.

«Quizá ya me ha pasado y ni me he enterado».

Esta mañana, antes de despedirme de Darrell en el Hickory, insistí un poco más sobre lo de Green y ella se había echado a reír como si estuviese bromeando antes de responder:

—¿Por qué no te lo dije antes? Pues porque no pensé que fuera un secreto para el sheriff lo que sucedía en su oficina.

Después se puso de puntillas, deslizó la yema del índice por mi barba y me dio un beso de despedida vestida todavía únicamente con mi camiseta.

Yo tampoco hubiese creído que había algún secreto en mi oficina. Hasta ahora. Y necesitaba respuestas.

—Dile a Mary que me traiga los expedientes de Gabriella Winston. Los dos. Y el anterior de los Velasco. —Dudé un segundo con la voz juguetona de Darrell resonando en mi cabeza—. Y el de la pelea en el Old Horse del mes pasado. Quiero revisar los informes.

El último no pensaba ni abrirlo. Solo lo había pedido porque fue el primero que me vino a la cabeza y que no estaba relacionado ni con Green ni con caballos, más allá del nombre del local.

—Como si no tuvieses ya suficiente trabajo —rio señalando mi escritorio atestado de carpetas antes despedirse.

Tardé varios segundos en volver a levantar el auricular. Los necesarios para asegurarme de que no me podían escuchar. Estaba a punto de colgar de nuevo cuando respondió una voz joven. En cuanto me identifiqué como sheriff de otro estado sonó todavía más formal. Lo corté enseguida pidiéndome que me pusiera con el responsable del caso.

—Lo siento, sheriff, pero no está. Si quiere puedo tomarle aviso para que le devuelva la llamada.

Bufé, dándome igual si me escuchaba.

—Eso ya me lo dijeron la última vez y sigo esperando después de más de una semana.

—Lo siento, sheriff, pero el resto de mis compañeros están en una redada. Solo me he quedado yo en la oficina y…—Dudó antes de volver a hablar—. Si me repite el nombre del investigado quizá pueda avanzarle algo.

—Walter Green —repetí—. Uno de los cuatreros que buscaba vuestro sheriff

Lo escuché teclear varias veces antes de que respondiera:

—Aquí solo me aparece el extracto que nos enviaron ustedes. El interrogatorio y poco más.

—¿Nada más?

—Si hay algo más, no está digitalizado. O requiere un nivel de acceso que yo no tengo. Si me deja su número me aseguraré de pasarle el aviso a mi compañero.

Lo hice y colgué sin despedirme.

Algo sucio y venenoso reptó por mi garganta. Podía ser un error de Los Rosales, desde luego. O podía no ser nada. Pero era la primera vez desde que me nombraron sheriff que no estaba seguro de si el problema estaba fuera o dentro de mi oficina.

19. DARRELL

Cuando discutí con la compañía de alquiler de coches porque se negaban a entregarme otro inmediatamente, estaba segura de que el retraso sería un gran problema a muchos niveles. Otro error, porque había resultado ser casi una bendición. Empezando por la tarde siguiente a los disparos cuando Kieran llamó a la recepción del hotel preguntando si estaba disponible para que se pasase a terminar de examinar mi documentación.

—Claro —respondí con ironía—. Como si pudiera ir a algún sitio.

Y era la verdad. El hotel estaba lo suficientemente apartado del centro de Strokeville como para que ir andando supusiera un peligro real y no pensaba ponerme en riesgo más sin una buena razón. Así que me había limitado a salir a correr por mi ruta habitual y el resto del tiempo lo había perdido intentando avanzar en el caso sin éxito y respondiendo emails de trabajo.

Casi una hora después Kieran apareció en la puerta de mi habitación con el cabello húmedo y despeinado y un aire taciturno. Casi sin decir palabra me rodeó para sentarse en la silla frente a la ventana y agarró el primer papel de la pila de documentos. Yo me limité a cerrar la puerta y la boca y me dejé caer en el colchón mirando su espalda agarrotada. «Alguien ha tenido un día duro en el trabajo». Dudé en preguntárselo y al final lo dejé estar; era reservado y si quería compartirlo, ya lo haría él. Diez minutos después me estaba diciendo que quería que me mudase a su casa hasta que se resolviese lo del coche. O lo del tiroteo. Yo tampoco me resistí demasiado; apenas media hora después estábamos en su salón.

Y las noches habían pasado a ser gloriosas; todas y cada una de ellas.

Se me escapó una sonrisa al pensar en cómo me desperté esta mañana, con la incipiente barba de Kieran raspándome al descender por mi costado y me llevé un buen codazo en la cintura.

Anitta Larsen me apuntó con su copa con los ojos brillantes tanto por el alcohol como por el momento.

—¿Tú de qué te ríes tanto?

Otra de las ventajas de estar sin coche había sido el poder abusar de la tan conocida hospitalidad sureña. Las chicas se habían apiadado de mí incluyéndome en varios de sus planes a la vez que intentaban sonsacarme detalles del incidente en la granja de los Velasco. Hoy me habían propuesto unirme a tomarme unas copas porque otra mujer que trabajaba en el rancho se había echado atrás y les había quedado un hueco libre, pero no me iba a quejar de ser la sustituta.

Abrí la boca para soltar una excusa, pero se me adelantaron.

—¿De qué va a ser? Otra que ha caído en la trampa de los Woodhall —bramó Vera dejando su bebida en el centro de la mesa. Iba igual de achispada que su amiga, pero ya no sonreía.

—¿De qué trampa hablas? —bromeé jugueteando con mi cerveza.

—No te hagas la tonta. —Apoyó un codo en la mesa inclinándose hacia mí y el cabello platino le cubrió la mejilla—. El sheriff y tú, que bailáis el tango.

Agité la mano para espantar la idea.

—Entre Kieran y yo no hay nada.

Las tres arquearon sus cejas. Anitta levantó la mano y señaló a mi cuello con muy poco tacto.

—A ver, por partes. Darrell, esa marca de ahí no sale por una vacuna. —Me guiñó el ojo, se giró hacia Vera y continuó—. Y ¿qué quieres que te diga? Si estoy en medio de un tiroteo con el buenorro del sheriff Gómez al lado… —Se encogió de hombros y me miró con descaro—. Yo también me lo tiraba.

«Ya. Solo que ya *me lo tiraba* de antes».

Apreté los labios en una sonrisa tensa con ganas de dar un buen trago. Gaby era la única que no tomaba nada de alcohol porque era incompatible con su medicación, al igual que conducir, lo

que me hacía preguntarme quién iba a llevar el coche de Anitta de vuelta al centro de Strokeville.

El Rusty Spur no era más que un bar de carretera como había cientos, sin nada que destacar. El suelo lleno de marcas de los tacones, las paredes cubiertas de madera oscura y neones horteras y una combinación de olores de cerveza y fritanga que me iba a costar sacar de mi camiseta de marca. No estaría prestándole atención a todos esos detalles si no fuese porque fue aquí donde detuvieron a Walter Green unos meses atrás, como me confirmaron las chicas durante el trayecto.

—Dejadla tranquila —intervino Gaby—. No es cosa nuestra.

—Puede, pero me cae bien y tiene derecho a saber que los Woodhall no son material para novios.

No podía estar menos de acuerdo con Vera. Vale que Kieran no buscase tener pareja. En realidad, entre él y yo no había nada ligeramente parecido a un compromiso (más allá de resolver el caso policial) pero era algo con lo que había sido muy claro. Desde el principio. Y por lo que me había explicado de su uso de la app de ligues, debía serlo también con el resto. A cambio, además de atractivo y ese aspecto un poco salvaje cuando entrecerraba los ojos, era leal, fiel y con un sentido del humor peculiar que me encantaba. Y conocía mis deseos mejor que yo misma. Mi cuerpo respondía a cada uno de sus estímulos como si los estuviese esperando desde siempre y nos compenetrábamos de un modo que no creía que pudiese volver a tener con nadie más cuando me marchase Strokeville.

«Mierda».

Agarré la cerveza y me bajé la mitad de un trago.

—Claro que lo son —protestó Gaby riendo y se señaló con las dos manos—. Mírame.

—Que a ti te haya salido bien con uno no significa que lo sean para el resto —replicó sin perder la sonrisa cínica y agitando la copa a la altura de su cabeza.

—Kieran también te cae bien. ¿Lo dices por Jarrad? —preguntó Anitta con sorna. La única respuesta que consiguió fue un

gruñido—. ¿Tú estás segura de que te cae mal? Yo a veces confundo sueño con hambre.

Todas la miramos sorprendidas. Casi al instante recordé la tensión que tenía el día que fui al rancho Woodhall y me acercó al establo donde nos esperaba Gaby, pero el que salió a recibirnos fue Jarrad.

—Tú siempre tienes hambre. Y deja el temita. ¿Pedimos algo de comer?

Gabriella y yo contestamos que sí, pero Anitta se limitó a juguetear con una de sus mechas azules hasta que la miró.

—A lo mejor no te cae mal. A lo mejor solo *te pone*. Un caso de tensión sexual no resuelta de esos; a mí me pasó con uno de mi pueblo.

Vera le dirigió una mirada asesina mientras que Gaby apuntaba con su móvil al QR pegado en la esquina de la mesa para acceder a la carta y pasármela.

—No sé para qué la abres, si siempre pedimos lo mismo.

—Ella no ha venido nunca —respondió apuntándome.

Vera se encogió de hombros como si eso careciera de importancia. La música ahora sonaba más fuerte y desde la barra el bullicio que llegaba era mayor, aunque nada llamativo. Era lo suficientemente temprano como para que mantuvieran las luces del techo encendidas.

—A todo el mundo le gustan los Crispy tacos del Spurs —sentenció Vera—. Y esa tontería que has dicho…

—¿Lo de la atracción sexual no resuelta? —interrumpió Anitta moviendo las cejas con descaro.

Vera alargó la mano hasta la copa de su amiga y se la terminó de un trago, dejando los dos vasos vacíos juntos.

—Como lo llames, pero que eso no es.

—A lo mejor sí y no te has dado cuenta. Yo muchas veces pienso que tengo hambre y luego…

Escuché un grito a mi derecha, seguramente cerca de la barra y me volví intentado descubrir si pasaba algo, pero no vi nada. Había un grupo de gente de pie entre la barra y nuestra mesa que me

impedirían ver nada incluso levantada, así que sentada las posibilidades se me limitaban más.

—Si la llaman «no resuelta» será porque nunca lo han hecho y los meses que Jarrad y yo salimos durante el instituto nos los pasamos haciéndolo como conejos, lista.

Me giré de golpe al escuchar el jadeo sorprendido de mis compañeras de mesa. Anitta y Gabriella la miraban con los ojos desencajados mientras que Vera se frotaba las palmas por la cara. Al fondo los gritos se repitieron más altos otra vez.

—Mierda. Olvidadlo. ¿Cambiamos de tema *de una vez*?

—Si queréis ya pido yo —me ofrecí levantándome con el bolso —; los tacos. ¿Y otra ronda para beber?

Al levantarme, por el hueco entre la gente reconocí al borracho al que tuve que patear frente al supermercado. Estaba a un lado de la barra sacudiendo el puño donde tenía la cartera y con la cara crispada.

—Voy contigo. —Gaby se incorporó despacio y me agarró del codo para ayudarse a esquivar a la gente—. Y nada de ron para esas dos. Agüitas para todas.

Para cuando llegamos a la barra era obvio que pasaba algo con el aquel tipo por el modo en que discutía con una camarera hasta que un tipo grande y de pelo largo le apretó el hombro a la chica y nos apuntó con la barbilla. Estábamos más lejos de lo que me gustaría para poder enterarme, pero Gaby no había querido acercarse más. La camarera asintió de mala gana dejándole el sitio y avanzó hasta nosotras con la cara tensa y frotándose las manos en un trapo que se colgó de la cintura.

—¿Qué os pongo?

—Dos de Crispy Tacos y mucha agua. —Otro grito y el tipo grande estaba fuera de la barra sacando al otro a empujones hasta la entrada—. ¿Qué ha pasado con Jackon?

La chica pasó la nota a la cocina y se volvió poniendo los ojos en blanco.

—Que no entiende que no se puede pagar con billetes de más de 50 dólares en el Spur. Eso pasa. Y no será porque no esté muy clarito en todas partes. —Golpeó un cartel junto a la barra donde lo

ponía en mayúsculas—. La verdad, lo prefería cuando estaba sin un dólar, al menos no se pasaba tanto por aquí.

Si hubiese estado yo sola hubiera aprovechado para usar ese incidente para sacarle algo de información. Bromear sobre lo sucedido antes de llevarla a lo que me interesaba de verdad: lo de Walter Green. Pero era una salida de ocio, no de trabajo, y en vez de poder ganarme a la camarera de la manera habitual solo esperé mientras que ella y Gaby iban saltando de tema a otro: la medicación de su perro pastor, el festival de la cosecha que habían atrasado hasta octubre o los turnos de su hermano en el rancho. Nada relevante para mi caso, aunque sí para integrarse en la vida del condado. Me limité a esperar sonriendo y participar con frases hechas. Tenía intención de volver al bar en otro momento y que la camarera me reconociera siempre jugaba a favor.

Para cuando regresamos a la mesa los ánimos ya se habían templado. Las dos rubias conversaban animadamente con otra morena sobre una próxima boda, y Gaby se les sumó entusiasmada mientras que yo me sentaba en mi antiguo sitio y esperaba por la comanda. No tardé mucho en sacar el iPhone del bolso y abrir la app, aunque después me quedé un buen rato con el pulgar planeando sobre su nombre.

Dudando.

Yo: ¿Qué tal todo?

A pesar de todo lo que había pasado, no tenía su número de teléfono. Él tampoco me había pedido el mío. Y, aunque era una tontería, porque no faltaba mucho para que me marchase y era obvio que aquello no era más que una aventura, me escocía. Había esperado que fuese él quien me lo pidiese; en las relaciones no me gustaba dar el primer paso.

«Pero no tienes una relación con él, Darrell. Métetelo en esa cabeza».

Suspiré y deslicé el dedo hasta el botón de apagado arrepintiéndome de seguir el impulso. Apenas lo rocé sonó el aviso de un nuevo mensaje.

KierG: Los Rockets van perdiendo.

Yo: Por la taza de tu despacho eso significa que mal, ¿no?

KierG: Estaría menos mal si no lo estuviese viendo solo en mi sofá.

Vaya. No era nada, pero la espalda se me estremeció en respuesta. Un camarero se acercó y posó la bandeja en nuestra mesa dejando las consumiciones y la nota en el centro. Alargué la tarjeta para pagar.

Yo: Acaban de traernos los tacos. Y hay una que se llama Becky que se va a casar.

KierG: ¿Cuándo vuelves?

Yo: No tengo coche y ellas se lo están pasando bien.

KierG: Te doy veinte minutos para que te termines los tacos antes de traerte a casa.

Gaby se dio cuenta de que había pagado lo de todas e intentó meterme un billete de veinte debajo de mi vaso, pero negué con la cabeza. Alargué la mano para coger uno de los tacos mientras las tres seguían hablando alrededor de la mesa, pero por primera vez desde que entramos en el Spur ya no estaba escuchando de verdad a nadie.

20. KIERAN

Separé los documentos en las dos pilas iniciales y para controlar las ganas de volver a revisarlos empujé la silla para alejarme lo suficiente del escritorio. No tenía sentido. Por un lado, estaba la documentación de mi oficina, la que tenía más que sabida y que había repasado hasta la saciedad en la última semana sin encontrar nada extraño. Por otro, la que me habían enviado desde Los Rosales hacía apenas unos días. No tenían nada en común, excepto el resumen que yo mismo les había enviado a los pocos días de detener e interrogar a Walter Green.

Por lo demás, nada que ver.

Cerré los ojos pasándome la mano por las sienes por si eso me ayudaba. Recordaba que mis ayudantes me habían mantenido informado sobre la evolución del proceso mientras yo centraba todos mis esfuerzos en dar con el agresor de Gabriella Winston cuanto antes. Y en esa evolución recordaba leer notas sobre mi despacho sobre las distintas comunicaciones con Los Rosales, donde ellos preguntaban sobre mi resumen y la evolución del caso y donde los míos los habían informado de que los denunciantes del robo de caballos habían retirado la denuncia. Eso suponía que el detenido quedase en libertad si no existía otra causa. Y entonces los de Los Rosales solicitaron el traslado del detenido para poder imputarlo por los delitos de robos producidos en distintos condados de Nuevo Mexico pendientes resolver y que pensaban dirigir desde allí. Eso me pareció muy lógico en su momento, y por eso cuando supe que habían solicitado el traslado me alegré por el éxito de la colaboración entre las dos oficinas. Y porque hubiese un delincuente menos en las calles.

Y, tras aprobarse el papeleo necesario, la entrega de Walter Green a Los Rosales.

Pero de todo esto que yo recordaba con bastante detalle, en el montón de documentos oficiales enviados por mi homólogo de Los Rosales, no había nada. *Nada*. Como si estuviésemos en una película de ciencia ficción con realidades alternativas que te mostraban dos verdades distintas de un mismo caso. Solo que esto era la vida real y yo seguía sin poder diferenciar cuál de las dos era la verdadera y de dónde venía el error, si de ellos o de nosotros. Y no había podido evitar que esas dudas, esas grietas, empezasen a extenderse más allá de lo estrictamente laboral, y no me gustaba tener que sospechar de los míos.

Una de las dos pilas de documentos, una de las dos oficinas del sheriff, tenía que estar equivocadas. Esto no era como la teoría del gato de Schrödinger: Walter no podía haber sido enviado en calidad de detenido para allá a la vez que aquí lo habíamos dejado en libertad y sin cargos. Carraspeé pasándome la mano por la barbilla porque en realidad lo que había sucedido se parecía demasiado. Según Schrödinger había que abrir la caja para saber si el gato estaba vivo o no. Y en mi caso, hasta que Darrell no había abierto la boca en el Hickory, el caso estaba cerrado. A cal y canto. No tenía ni idea de que había estado inmerso durante meses en una teoría cuántica que seguía sin explicarme dónde estaba el maldito cuatrero o cuál de las dos oficinas se equivocaba.

«No. No es una equivocación. Esto es algo más gordo».

Una equivocación no genera formularios nuevos ni borra papeles de un plumazo. Una equivocación, grande o pequeña, siempre dejaba un rastro, y más en una era tan tecnológica como la actual. Y después de llevar desde el viernes paseando esos documentos de casa al trabajo a escondidas y quitándole tiempo al sueño y a las escasas noches que me quedaban junto a Darrell, no había conseguido dar con nada. No tenía ningún indicio del que tirar. Ni un hilito. Nada.

Y por primera vez en mi carrera no sabía cómo actuar.

Los tres golpes suaves en la puerta me obligaron a regresar al presente.

—Pasa, Mary.

Negó y los rizos negros le golpearon las mejillas.

—Acabo de volver del banco y he visto tu nota en mi escritorio. ¿Qué necesitas?

Rebusqué y le tendí unos papeles que se acercó a recoger.

—Prepara las entrevistas con los seleccionados para mañana por la mañana. A partir de las nueve.

—De acuerdo, Kieran. Por cierto —dudó y se detuvo un instante antes de salir—, todavía hay gente llamando por lo del tiroteo de los Velasco. ¿Qué les digo?

—Que se estén tranquilos. Nadie va a tirotear más malditas granjas.

Darrell: Voy al Sally's a por comida para llevar. ¿Pido chili para los dos?

Al recibir el mensaje había dudado. El trabajo se seguía amontonando sobre mi mesa, al igual que en la del resto de mis ayudantes y mi idea inicial era comer en el despacho intentando avanzar las tareas administrativas antes de que tuviese que salir a otro aviso. En cambio, en cuanto le envié un escueto «sí» me sorprendí a mí mismo yendo hacia la puerta con la cazadora en la mano. Necesitaba escapar de allí un rato. La oficina y mi despacho habían sido un lugar seguro desde que acepté el cargo, pero en estos últimos días sentía el aire cargado y gris, aunque en teoría nada hubiese cambiado. Pero la sospecha de que uno de los míos, alguien de mi propio equipo, me hubiese traicionado no dejaba de dar vueltas por mi cabeza.

Y Darrell podía ser la distracción adecuada. O eso me repetí al cerrar la puerta. Esa mezcla de vulnerabilidad, inteligencia y descaro se encargarían de quitar los nubarrones antes de que llegásemos al postre.

Apenas entré en la cafetería el olor a comida casera, café y pan me recordó que no había comido nada desde el desayuno salvo dos cafés y una de las nuevas barritas energéticas carentes de sabor que había traído Mary, y se me hizo la boca agua. A esas horas el local estaba lleno hasta la bandera, con la mayoría de las mesas ocupadas y un gran número de personas levantadas desde el hueco de la entrada hasta el fondo de la barra.

El Sally’s Café era uno de los locales de comida más populares de la zona; no solo entre los rancheros del condado, si no que muchos camioneros que hacían la ruta paraban a propósito. Al entrar me quité el sombrero e intercambié varias frases con los vecinos que me cruzaba hasta que la localicé sentada en uno de los taburetes casi al final de la barra. Había intentado hacerse una coleta, pero la mitad del cabello le caía desordenado sobre la nuca. Estiró la manga de la cazadora y su pie golpeó la pata del taburete a la misma velocidad que tecleaba en su teléfono. Los vaqueros se le ajustaban como una segunda piel a esas piernas atléticas y bien trabajadas con las que se apretaba con tanta fuerza a mis caderas cuando estaba a punto de correrse.

Levantó la cabeza y sus ojos brillaron de una manera especial en el momento en el que me localizó; hizo un gesto divertido con los dedos para asegurarse de que yo también la había visto y después continuó tecleando. «Joder, es perfecta». Estreché manos y empecé a responder con monosílabos sin prestar atención a con quien me cruzaba intentando llegar lo más rápido hasta ella.

—Hola —dije sentándome en el taburete contiguo. Darrell dejó el teléfono entre los dos y aprovechó para deslizar su índice sobre el mío—. ¿Ya has pedido?

Asintió y al sentir los mechones libres cayendo por los hombros se arrancó la goma de un tirón.

—No contaba con verte. —Sonrió, pero sus ojos se entrecerraron un poco sin sacar la vista a alguien detrás de mí—¿Te fías de ese?

Giré la cabeza y ella añadió en un tono más bajo:

—Me pidió cinco mil dólares a cambio de información sobre Green. Que lo había visto en algún sitio con alguien. No se los quería dar porque —se llevó un dedo a la nariz a la vez que la arrugaba— no me huele bien, pero estoy atascada y después de lo que ha sucedido…

El teléfono la interrumpió. Puso los ojos en blanco antes de girar la pantalla hacia mí, aunque no hacía falta. Ya la iba conociendo lo suficiente como para descifrar sus reacciones.

—Mi llamada semanal; tengo que coger.

Esta vez fui yo quien le apreté el pulgar antes de que se dirigiese hacia el baño. Cuando volví la cabeza Jameson salía de la cafetería conversando con uno de sus empleados y no dejé de seguirlo a través de la gran cristalera hasta que arrancaron la furgoneta.

Conocía a Greg Jameson de sobra porque llevaba viviendo en Strokeville desde que yo era un niño. Su rancho no era tan boyante como el de mis primos, pero tampoco le faltaba el dinero. Era un tipo con muy poca catadura moral que se retrasaba en los pagos de empleados, proveedores, impuestos o cualquier otra cosa que le obligase a soltar el dinero, pero que siempre se las ingeniaba para cobrar al momento.

Y por eso no le fiaban en la mayoría de los establecimientos; muchos consideraban que sus promesas valían menos que sus palabras. Sabía que había estado en algunos chanchullos que bordeaban la ley; nada serio, pequeñas tonterías relacionadas con el peso o tamaño del ganado que no había llegado a nada. Nunca lo había detenido; la vez que más cerca estuvo desde que yo acepté el cargo fue cuando casi llega a las manos con el nieto de los Anderson por pagarle menos de lo acordado. Levanté la vista hasta el televisor sobre mi cabeza, aunque me daba igual el video clip de la pantalla.

No tenía ni idea de qué información podía tener Greg Jameson sobre el cuatrero y mucho menos si podía valer en algo la pena. Walter Green había trabajado para él durante un tiempo, probablemente no más de dos meses, antes de que todo saliese a la luz. Al menos, aparentemente. Y en lo que pude averiguar aquella vez Green apenas se relacionaba con nadie del trabajo o de Strokeville en general. Yo sabía de su existencia, pero hasta que lo detuvimos no había intercambiado más de un par de saludos con él. Y varios de sus compañeros del rancho me habían confirmado que la relación con ellos era similar: muy escasa fuera de las tareas del rancho.

Me removí incomodo en el asiento al darme cuenta de que en otro momento hubiese tirado de mis ayudantes para preguntarles su opinión o si sabían algo al respecto. Pero ni había hecho amago de sacar el teléfono del pantalón del uniforme. Llegados a este punto

no estaba cómodo con confiar nueva información sobre Green a nadie hasta que se aclarase lo sucedido con Los Rosales.

El chirrido de la banqueta contigua me sacó de mi mundo.

—¿Qué te parecen nuestras últimas publicaciones, *sheriff*? —La última palabra no la pudo decir de manera más despectiva.

Clay Johnson, el tío de mi ayudante y director del periódico local se sentó a mi lado torciendo la boca en una mueca burlona.

—¿Esa basura sensacionalista? —repliqué sin despegar la vista de la televisión—. No sé ni cómo os la compran.

No entendía qué hacía sentado allí, a mi costado, cuando había al menos otras dos banquetas vacías en ese momento. Clay apenas tenía relación conmigo o con ninguno de mi equipo, incluyendo a Louie. Al menos, desde que había comenzado con sus hostilidades por escrito.

Sacó la tabaquera para liarse un cigarro con habilidad. Se lo llevó a la nariz e inhaló hondo antes de colocarlo tras la oreja.

—Lo que yo no sé es cómo crees que te mereces la reelección.

Lo ignoré.

—Siempre con la cabeza tan alta. Creyéndote tan superior. —Lo miré con incredulidad. Me habían acusado de muchas cosas, pero nunca de eso. Chasqueó la lengua mirándome de arriba abajo—. Mi Sandy no era suficiente para ti; ninguna de nuestras chicas lo era. Solo te valían las de fuera, ¿no? Pues a ver la cara que se te queda cuando esa rubita se largue con tu corazón colgando de la maleta, *sheriff*.

Abrí la boca para contestar algo en consecuencia. No salió nada. Solo el ruido desbocado de mi corazón por la sorpresa. Ese desgraciado de Clay tenía razón, aunque no fuese el modo más ortodoxo para darme cuenta.

Estaba colado por esa mujer.

Sin remedio.

Y no tenía ni idea de cuándo se había producido ese cambio dentro de mí. Al parecer estaba tan ciego que pude pegar un volantazo semanas atrás sin darme cuenta. O quizá había algo más paulatino. Poco a poquito. Hasta haber caído rendido.

En cualquiera de los casos, una pésima idea.

Carraspeé intentando recuperar el habla y soltarle alguna gansada como que su hija había quedado tan encantada con el revolcón de cuatro años atrás que todavía se me acercaba en las fiestas buscando por más.

Su barbilla apuntó a mi espalda.

—Ya te dejo al chico libre, preciosa.

La cara de estupefacción de Darrell me atravesó el alma. Sus ojos bailaron nerviosos entre Clay y yo con el labio inferior temblando, como si tuviese que contestar algo y no supiese qué decir.

Quizá ese desgraciado iba a tener razón en más de una cosa. Esa mujer de menos de metro y medio no iba a necesitar usar ninguna de sus llaves de jiujitsu para romperme el corazón. Solo una de esas tontas excusas que más de una vez había usado yo con cualquier otra sería suficiente.

Y me negaba a que fuese en aquel momento.

Me levanté de la banqueta dispuesto a mentir y decir que había recibido un avisto cuando uno de los camareros se acercó con la bolsa de papel Kraft en la mano que me tendió junto con la cuenta. Alargué la mano con la tarjeta evitando mirarla. No porque no quisiera, si no porque no estaba preparado para lo que me dijeran sus ojos.

Me peleé con la cerradura hasta que cedió y la vi entrar con la bolsa de la comida moviéndose con familiaridad por el salón. Por mi casa. Como si lo llevase haciendo desde siempre. Cerré y pegué la espalda mientras ella dejaba la bolsa en la encimera y se volvía. Darrell no era mi novia. Tampoco tenía ni idea de lo que era. Llevaba más de una semana viviendo en mi casa, pero no teníamos citas ni nos hacíamos arrumacos en público. Tampoco nos abrazábamos salvo cuando nos acostábamos. Lo habíamos hecho un millar de veces desde su llegada a Strokeville y todavía no era capaz de dejar de seguirla con la mirada si estábamos en la misma estancia. Era magnética como una brújula. Y no le había costado más que un mes

tirar abajo cada límite que me había autoimpuesto respecto a las mujeres. Sin proponérselo.

—¿Quieres comer aquí o en el sofá? —preguntó señalando la encimera con una sonrisa más tímida de lo habitual.

Al dejar el Sally's intentó sacar el tema, pero la corté las dos veces. No estaba preparado para hablar sobre algo que acababa de descubrir y que no tenía ni idea de cómo manejar. Mucho menos lo estaba para escuchar sus excusas.

La última semana no me había quedado un rincón de su piel por probar. Había dedicado la mitad de mis noches a memorizar cada una de sus curvas, sus marcas y sus expresiones, sin darme cuenta de que ella se estaba quedando con mucho más. Si quería salir lo más indemne posible de esta tenía que ajustarme a los límites. Olvidarme de dejarme llevar. No implicarme ni un poco más.

«Menuda mierda». Con cuatro grandes zancadas llegué junto a ella. Darrell levantó la cabeza y me miró a través de sus pestañas.

—¿Cómo te ha ido la mañana en la oficina?

—Mucho trabajo, como siempre, con el escritorio hasta arriba. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Sin demasiados avances. Seguro que tu mañana ha sido más interesante.

Darrell seguía con su idea de no remezclar más nuestra vida laboral y personal. Como si eso fuera posible. No lo habíamos jurado sobre una piedra, pero los dos estuvimos de acuerdo en que si uno de los dos descubría algo lo suficientemente importante o peligroso se lo contaría de inmediato al otro. Desde el tiroteo, lo Jameson era lo primero que me contaba. Y yo de mi trabajo le había hablado con cuentagotas sobre anécdotas con mis ayudantes y cosas sin importancia. Aunque a veces creía que la única persona con la que podía confiar sobre el tema de Los Rosales era ella. Y no solo porque era imposible que estuviese implicada ya que en esa fecha estaba ocupándose de la recuperación de un coche de lujo en el norte de Georgia.

Apoyé una mano sobre la nevera a un lado de su cabeza.

—Ya me he decidido entre los candidatos.

—¿En serio?

Asentí.

—Mañana tengo las entrevistas.

—Espero que la elijas a ella. Hay que compensar tanta testosterona suelta.

Deslicé un dedo con lentitud por la mejilla y le aparté el mechón color miel tras la oreja y ella acompañó el movimiento. Siempre lo hacía y me encantaba ese gesto.

—¿Qué vas a hacer por la tarde?

—He quedado con las chicas, pero estaré de vuelta antes que tú. Es para poner a parir a John. Creen que tiene una novia en Mason y Anitta está que trina. No para de quejarse de lo injusto que es que yo haya tardado tan poco en estar contigo y ella… —Carraspeó sin mirarme—. Ha sonado raro. Sabe que no…; que estoy soltera. Se lo dice a todos los chismosos que le preguntan en la cafetería.

Entendía de sobra a lo que se refería. Strokeville era una localidad pequeña, a la gente le encantaban los chismes y no abundaban tanto como les gustaría. Uno sobre el sheriff y la mujer del tiroteo recién llegada al pueblo seguro que había corrido como la pólvora. Era cuestión de tiempo. Y que se mudase conmigo no había sido un movimiento discreto. A la mayoría de la gente le preocupaba la opinión de sus vecinos, pero Darrell no había dado muestra de preocuparse ni un poquito por las habladurías, como yo.

Solo que ella no era consciente de lo incisivas que podían llegar a ser en una comunidad tan pequeña como la nuestra.

Claro que tampoco tendría que enfrentarse a ellas en cuanto regresase a Atlanta.

Asentí y despegué la mano de la nevera. Darrell soltó un gritito cuando la levanté y me la llevé en volandas hasta la encimera. Las mejillas se le tiñeron de rojo a la vez que sus ojos se oscurecían. Y aunque no me fuese a ayudar, ya no me pude apartar.

—No hay que hacer caso a todo lo que dicen. A la gente le encanta hablar.

Abrió la boca. Yo me pegué más a ella y ascendí por sus piernas hasta detenerme en el botón de sus vaqueros y me moví

para que pudiese sentirme en su centro. Si Darrell estaba cerca, yo estaba excitado y en ese momento se me estaba clavando en la cremallera del uniforme.

—Se nos va a enfriar la comida —murmuró. Me agarró por los hombros hasta que nuestros labios se quedaron a milímetros.

—Ojalá.

Dejé que fuese ella la que llevase la iniciativa en el beso mientras que intentaba librarnos de nuestros pantalones. Me recorrió la mejilla con la punta de la nariz y después su lengua trazó el contorno de mis labios con lentitud calculada. Para cuando la metió en mi boca su sabor mezclado con el del refresco de cola me explotó en la boca. La aupé para bajarle los vaqueros con un tirón seco mientras me acariciaba el paladar. Luego la solté para desabrochar mis pantalones de un movimiento. Colé dos dedos entre nuestros cuerpos para apartar el tanga a un lado y me introduje en su cuerpo.

—Un momento. Espera, espera —gimoteó tirándome del pelo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me clavó las uñas en los hombros, dobló las rodillas, sus talones se clavaron en mis nalgas y noté cómo se apretaba en torno a mí.

—Demasiado bien, Kier —susurró como si eso fuese un problema.

Volví a introducirme en ella con la misma intensidad. El sonido de sus jadeos entrecortados mezclados con nuestras pieles al chocar estaba a punto de volverme loco. Darrell tenía razón, aquello estaba demasiado bien. Me moví con ganas hasta que noté que las embestidas eran cada vez más duras y menos controladas. Al intentar moverme más despacio para evitar perderme tan pronto en ella, sus talones me espoleaban para que no lo hiciera. Rápido. Descontrolado. Intenso. Se le escapó un gemido grave y entornó los párpados a la vez que se tensaba todo su interior. La agarré por la barbilla para que me mirase a los ojos mientras se deshacía por mí. Sus ojos brillaron de una manera especial justo antes de correrse con un grito y en el momento en que la sentí temblar supe que era demasiado tarde para fingir que aquello no me importaba.

A pesar de los límites.

21. DARRELL

—¿Qué haces aquí?

Abrí la bolsa y saqué las botas de trabajo impermeables que acababa de comprar. Vera abrió los ojos negando con la cabeza.

—No te pegan nada, chica.

Puse los ojos en blanco dándole la razón y las volví a guardar.

—Ya. Pero es esto o cargarme mis botas de Marni —repliqué, aunque no era exactamente así. Sin preguntar, Vera me enganchó por el codo haciéndome entrar de nuevo en la ferretería saludando a los demás clientes mientras se dirigía al mostrador y yo la esperaba junto a una de las estanterías.

—Dile a Clarsson que necesito hablar con él —le dijo al chico que me había cobrado antes de regresar a mi lado —. Será rápido, solo tengo que comentarle unos errores que he localizado. Ibas para la cafetería, ¿verdad?

Asentí incómoda viendo como dos señoras que estaban al otro lado del mostrador no dejaban de echarme miradas nada discretas y me giré lo suficiente para no verlas intentando concentrarme en lo que Vera me explicaba sobre los problemas en las cuentas de la ferretería, que era otro de sus clientes.

Había una costumbre que tenía muy arraigada desde que empecé a ganar dinero en la universidad y que practicaba de forma inconsciente cada vez que las cosas escapaban a mi control a la que una de mis antiguas compañeras de piso llamaba «terapia de compra». Había algo satisfactorio y perverso al escuchar el pitido de la tarjeta de crédito con cada compra, aunque la sensación no durase mucho tiempo. No recurría a eso a menudo, solo cuando era necesario, como en este momento.

Sin embargo, Strokeville no era el mejor sitio para hacerlo. La única tienda de ropa era una especie de mercería venida a más donde los botones se mezclaban con las mantas, los bikinis y los

vestidos, pero todo carente de estilo. Y por eso, y después de recorrerme las pocas calles de la localidad varias veces había terminado en la ferretería, que también era una amalgama de conceptos en un solo local. Además de las tuercas y martillos que esperaba encontrar dentro, había pasillos dedicados exclusivamente al ganado, la agricultura o accesorios para los vehículos.

Y aun así había preferido comprarme el calzado aquí que donde la ropa. Aunque tampoco le había mentido. La tarde anterior había llovido lo suficiente como para crear charcos en todos los caminos no asfaltados, que eran bastantes, y la tierra se había quedado tan blanda que los tacones se hundían al caminar por ella. Así que al verlas me las había comprado para solucionar los dos problemas con un solo bip de la tarjeta. Aunque si había salido antes de la hora era porque la casa se me estaba cayendo encima.

La puerta de la calle se abrió y me giré por inercia para encontrarme de nuevo con las mujeres que ya no se cortaban.

—Esas dos no me quitan el ojo de encima.

Vera miró por encima de mi hombro y apenas disimuló una sonrisa.

—Esas dos están entre encantadas con tener un nuevo cotilleo y molestas por que «vienen las de fuera a robarnos nuestros hombres» —respondió engolando la voz a la vez que toqueteaba los botes de fertilizante de una de las baldas.

—¿A qué hombres voy a robar? —pregunté con ironía señalando las alianzas de ambas—. Si ni las conozco.

—Lo tuyo con Kieran está en boca de todos y la de la izquierda tiene una sobrina soltera de nuestra edad. Entre las casamenteras hay consenso sobre que el sheriff es un buen partido. Es uno de nuestros «chicos de oro», aunque ya sabes lo que opino de juntarte con esos Woodhall.

—*Tú* trabajas para ellos, guapa.

Se apartó el pelo de la cara mirando por pasillo por el que se había ido el chico al que le había dado el recado.

—Me hacía falta la pasta y Gaby me convenció. Lo tuyo es por gusto. Lo que tarda Clarsson… En fin, tú ni caso. Esas en cada hombre ven un potencial marido y no tienen ni idea de que tú estás

en las antípodas de eso. ¿Una mujer guapa y con estilo que acaba de librarse de un capullo después de una relación tan larga? Lo he pensado y Anitta tiene razón. Es normal que quieras divertirte. Ya te aburrirás y buscarás novio cuando vuelvas a Atlanta, pero mientras estés aquí… aprovecha—respondió entre risas y yo intenté poner una sonrisa en mi cara, aunque el estómago se me había puesto del revés.

¿Aprovechar?

El muchacho de antes se asomó por el pasillo por una de las puertas del fondo y la llamó con un gesto de la mano.

—Espérame aquí que en nada acabo.

Asentí viéndola alejarse con esa seguridad en sí misma tan apabullante a la vez que el chico regresaba a su sitio tras el mostrador y tomaba nota del encargo de esas dos mujeres. Oía que hablaban de fondo, pero no era capaz de quedarme con nada porque las palabras de Vera se seguían repitiendo en mi cabeza.

Si hoy había aceptado comer con las chicas era porque Kieran llevaba casi una semana desaparecido. Apenas se despertaba se marchaba de la casa; ya no había ni rastro de aquella rutina de besos, ducha compartida y café con tostadas a la que me había enganchado en tan solo unos días. Nada de comidas o de cenas juntos. Cuando le había preguntado me había respondido que estaba muy ocupado con el trabajo señalando las carpetas que llevaba bajo el brazo antes de meterse en el despacho. Estaba frío, distante. Lejano. Con frecuencia pensaba que era su manera ruda y nada diplomática de hacerme ver que era el momento de regresar al hotel y dejarlo libre en su casa. Ya casi ni hablábamos en la cama, pero tampoco me quitaba las manos de encima y habían sido esas noches de ternura y pasión lo único que había evitado que sintiese que sobraba y me largase.

Un hombre que me sonaba de alguna de mis visitas a los ranchos con un rollo de malla metálica al hombro carraspeó frente a mí hasta que reaccioné y me aparté al otro lado del pasillo. Había estado danzando frente al mostrador sin darme cuenta, así que me coloqué casi pegada a la pared para no molestar. La tienda estaba

llena de vida y la gente se comportaba como si todo siguiese exactamente igual que antes del último minuto.

Porque ese comentario final de Vera me había dinamitado por dentro. «Mientras estés aquí…aprovecha». No era así para nada. Claro que me lo estaba pasando bien con Kieran. El sexo era increíble, el mejor que había tenido en mi vida, pero no más que sentir el peso de su manaza en mi abdomen cuando se quedaba dormido y me atraía hacia su cuerpo como si le perteneciese. O a las arruguitas que le salían en los bordes de los ojos cuando uno de mis comentarios ácidos le divertían, pero se contenía para no reír y darme la razón. No fue mi intención, pero me había involucrado mucho más.

Aunque si Vera lo veía así…

Alguien me tocó en el hombro y me giré para apartarme. La señora Staton me saludó con efusividad y después desapareció por el pasillo de los esquejes mientras que Jackson lo hacía por el del ganado. Llevaba tanto tiempo allí que casi todas las caras con las que me cruzaba me sonaban y muchas de ellas ya tenían nombre. Aunque llevaba mucho más tiempo en Atlanta y no creía poder decir el nombre ni de los vecinos de mi rellano.

Cambié la bolsa de las botas de mano y me incliné para ver si Vera ya había salido. Al girarme vi a Jackson coger una caja azul bastante grande con un dibujo de un caballo estilizado y la palabra premium en grandes letras doradas ocupando la mayor parte de la tapa. Mi ex, Isaac, siempre se mofaba diciendo que los productos que tenían en letras mayúsculas o tipos especiales mensajes como *premium*, *supreme* o *Deluxe* no eran más que engaños y estafas para sacarle el dinero a la gente ingenua que se lo tragaba.

Como él había hecho conmigo.

¿O quizá eso era lo que Kieran creía que yo había hecho con él? ¿Exprimirlo de algún modo antes de regresar a mi vida? La señora Staton y Jackson hicieron fila ante el mostrador mientras yo intentaba permanecer impávida, aunque sentía que el suelo se movía bajo mis pies.

Tres pitidos seguidos de la registradora antes de escuchar el cajón del dinero al abrirse.

—Son doscientos dólares.

Todo seguía funcionando. Menos yo.

Quizá Vera estaba completamente equivocada. O yo, por creer que no me quería fuera de su casa. Kieran había sido muy claro desde el principio manifestando su intención de pasarlo bien y no tener nada serio con ninguna mujer. Pero también había sido cariñoso, protector y generoso. Y yo podía intentar arriesgarme un poco por una vez y dar un primer paso. Saqué el móvil y le escribí sin pensarlo demasiado.

Yo: ¿Comemos juntos?

Si me decía que sí ya me disculparía con el resto por darles plantón. Lo leí dos veces dudando y después lo tiré al fondo del bolso antes de arrepentirme y borrarlo. Unos segundos después Vera cargada con un buen número de ficheros se dirigió hasta el mostrador con pinta de cabreada.

—¡Tú! —le dijo a la mujer que se había quedado cobrando—. Ya lo he hablado con tu jefe, ten más cuidado cuando ticas los productos y las facturas porque cualquier día le va a acabar cayendo una inspección.

La otra soltó un gruñido y continuó contando las bisagras que otro cliente había dejado sobre el mostrador.

Me froté las manos por las perneras del vaquero y me apresuré para llegar hasta ella.

—Dame, que te ayudo a llevarlos. —Agarré los dos ficheros de más arriba intentado meter los papeles salientes para evitar que alguno se perdiese mientras me esforzaba por seguirle el ritmo. Mis piernas eran más cortas que las suyas a pesar de los taconazos y ese cabreo que llevaba Vera tampoco ayudaba.

Miró por encima de su hombro y al fin se detuvo a esperarme. Un instante después John Buttler entraba en la tienda con manchas de serrín y tierra diseminados por la ropa de trabajo. Se llevó dos dedos al sombrero para quitárselo a modo de saludo con sus ojos oscilando entre las dos antes de que Vera me empujase hacia afuera sin siquiera despedirse.

—Venga, que llegamos tarde y quiero dejar esto en mi casa.

22. DARRELL

Agarré con fuerza el bolso que tenía sobre las rodillas para contener las ganas de rebuscar el iPhone y revisarlo de nuevo a pesar de que ni había sonado. Quizá ayudaría estar más distraída, pero desde que cruzamos la verja de entrada al rancho de los Woodhall Anitta no había parado de mover la cabeza hacia todos los lados mucho más preocupada de lo que estuviera buscando que de seguir el camino. Era obvio que su propuesta de acompañarla al rancho para devolverle una chaqueta a una entrenadora equina llamada Isabella no era más que una excusa. Aunque mis motivos no habían sido mucho mejores al aceptar acompañarla. Solo había dicho que sí porque la comida había terminado muy temprano y no quería regresar a la casa de Kieran y pasar allí sola el resto de la tarde. Estaba demasiado frustrada para trabajar o sentarme en su sofá como si nada sabiendo que había leído el mensaje y no se había dignado a contestar.

«No le tenía que haber pedido el número. Por la app no me hubiese enterado de que pasaba de contestarme».

Intenté enfocarme en lo que tenía delante ignorando los pensamientos que no dejaban de asaltarme para disfrutar del paisaje tranquilo y ordenado del rancho. Hacía varios minutos que habíamos dejado atrás el establo de mi visita anterior, pero igual estábamos más cerca de lo que parecía porque la conductora llevaba un ritmo exasperantemente lento y que no le iba a dar ningún resultado porque no había nadie a la vista por mucho que se estuviese dejando el cuello al escrutar el paisaje. Al llegar a una bifurcación Anitta soltó un suspiro que no pude ignorar.

—Vimos a John antes de la comida.

Parpadeó a la vez que maniobraba con el volante y después se giró hacia mí sin llegar a frenar.

—Me da igual. No me importa ese tío.

Asentí y señalé hacia el parabrisas. Que no nos hubiésemos cruzado con nadie hasta el momento no significaba que pudiésemos conducir sin mirar hacia adelante. Dos minutos después detuvo el coche frente a un establo de madera pintado de color azul, pero no se movió ni quitó la llave del contacto.

—¿Es aquí? ¿Vamos? —reforcé mi mensaje quitándome el cinturón y posando dos dedos en la manija.

—¿Os preguntó por mí? —inquirió atusándose el cabello sobre los hombros. El tono era frívolo, pero el brillo de sus ojos no y no pude evitar empatizar con ella.

—No pude ni devolverle el saludo. Nos lo cruzamos en la salida de la ferretería y Vera tiró por mí para afuera.

Apretó los labios en una sonrisa triste y sacó la llave.

—Ya me la imagino. Pensarás que soy idiota, no he dejado de rajar de él en la última semana y aún así...

La interrumpí poniendo mi mano sobre la suya y sacudí con fuerza la cabeza.

—No más que yo. —Y lo decía completamente en serio. Había echado mi primer polvo de una noche a los veintiséis y no contenta con eso, iba y me colgaba por él. Eso sí que era de ser idiota. Pero es que nunca se me había dado bien el tema de las relaciones. Anitta puso una mueca de autodesprecio y se apartó, pero no la dejé—. Es verdad. Le aguanté casi de todo a mi ex y ni siquiera tenía con quién rajar de él.

—¿Sabes qué? Cuando te vayas te vamos a echar de menos.

Salió del coche y yo me quedé allí unos segundos sin saber qué contestar. Las chicas me caían bien. Las tres. Y de mi vida en Atlanta había extrañado mi café favorito del Starbucks, los modelitos que se me habían quedado en mi pisazo nuevo y poco más. Mi trabajo era solitario; nada de compañeros de oficina con los que comer y despotricar del jefe, y no había sido especialmente buena haciendo contactos fuera del ámbito laboral. Esas semanas en Strokeville habían estado bien, pero era como estar de vacaciones: en algún momento había que regresar a la vida real.

Bajé del coche y me subí la cremallera hasta arriba porque no sabía qué hacer con las manos y Anitta pareció darse cuenta porque

se echó a reír.

—Se te olvida la chaqueta de tu amiga—solté con mala leche caminando hacia el establo.

Al entrar en la construcción me quedó patente enseguida que era muy diferente a la anterior en la que había estado a excepción de los boxes del fondo que estaban cerrados. En vez de un lugar vacío y pacas de paja, aquí la mayor parte del espacio central estaba rodeado por una valla de madera casi tan alta como yo. De mi lado de la valla estaba Bill, el tío de Kieran al que conocía de las comidas familiares del domingo, con las manos cruzadas sobre el travesaño superior y la vista clavada en el centro de la pista y yo no pude evitar imitarlo a la vez que caminábamos hacia allí.

—Ya verás, es una máquina.

Dentro del vallado una mujer de estatura y complexión similar a la mía dominaba con soltura a un caballo bayo fuerte y brioso. Su largo cabello cobrizo estaba recogido en una trenza que bailaba sobre su espalda al ritmo intenso del animal y los mechones que se habían soltado se pegaban a sus mejillas teñidas de un vivo color rojizo. Me detuve a unos pasos del hombre para no molestar, aunque tampoco parecía que ninguno de los dos hubiese reparado en nuestra presencia. Era como ver un ejercicio de baile profesional, en donde los dos involucrados ejecutaban los pasos a la perfección sin distracciones y al que me había colado sin invitación. O casi.

Perdí el sentido del tiempo viéndolos hasta que finalmente se detuvo frente a Bill.

—¿Cómo lo has visto, jefe? —preguntó pasándose la manga por la frente. Al levantar la cabeza nos vio y le hizo un gesto a Anitta para que nos acercásemos a la vez que guiaba al animal hasta la valla por el bocado. Él agarró el extremo de las riendas y levantó la mano como para soltarle un manotazo antes de amarrarlas al vallado. Yo me tensé, pero Isabella soltó una carcajada antes de taparse la mano con la boca.

—Sabes de sobra que los jefes son los chicos, niña. Y lo de Chistera es…

Con un silbido Bill se quitó el sombrero y lo golpeó con gracia contra uno de los postes y la sonrisa de Isabella creció hasta

adueñarse de su cara. Pasó la mano por la grupa del caballo con orgullo una y otra vez hasta que llegamos junto a ellos.

—¿Qué os trae por aquí?

Anitta levantó los dos brazos mostrándole la chaqueta.

—Tenía que devolvértela.

—Ya te dije que no corría prisa y que podía pasarme yo por la cafetería.

La sonrisa de Anitta se desinfló un poco. Bill acariciaba la crin del animal, pero no se estaba perdiendo una coma.

—Ha sido cosa mía. El otro día no pude ver los caballos y le insistí un poco para que me trajera.

La mano de Anitta se deslizó hasta la parte trasera de mi brazo para darme un apretón de agradecimiento. La camarera estaba en lo cierto, yo también la iba a echar de menos. Me encogí de hombros con las palmas para arriba y la sonrisa de los dos del rancho creció un poco más.

—¿Y qué te ha parecido?

No tenía ni idea de qué responder. Todo lo que sabía sobre los caballos era teórico, relativamente reciente y con el único objetivo de poder recuperar a Blue Comet y ganarme la comisión. Antes de que pudiese quedar en evidencia, Bill intervino.

—¿Qué les va a parecer, Bella? —Le abrió la puerta del vallado y la entrenadora salió con un leve sonrojo en las mejillas. Bill se pasó una mano por el pelo gris apuntando hacia su espalda con la barbilla—. Yo no las tenía todas conmigo cuando Trevor insistió en contratarla. La veía tan joven y tan poquita cosa…, pero los resultados están ahí. Y los números también.

—Solo habéis vendido a Prince —replicó ella con medio cuerpo oculto tras una estantería—. Estás exagerando.

Bill negó hacia nosotras colgando los dedos de las trabillas.

—Ya han llamado tres preguntando por Chistera. Y como Jarrad consiga colarlo en el circuito profesional… —Su sonrisa se aguó hasta formar una mueca—. Entonces va a venir uno de esos peces gordos, de los que participan en los grandes circuitos con caballos de carreras profesionales, y nos dejarás.

Isabella apareció detrás nuestra soltando una carcajada y le puso entre las manos un bote negro y una caja azul.

—No digas tonterías, Bill —replicó volviendo hacia la estantería—. Prepáralos, que ya traigo yo el resto.

El hombre refunfuñó algo entre dientes a la vez que abría el bote con rapidez para sacar dos comprimidos y guardarlo en el bolsillo. Después levantó la caja y cuando me fijé en ella no pude evitar un paso adelante. El mismo dibujo del caballo que ya había visto antes con las letras doradas encima.

—Ese suplemento, ¿es bueno?

—Vale cada dólar que pagamos por él.

—Por eso lo venden tanto en la ferretería —comenté por seguir con la conversación. Anitta había sacado el teléfono del bolsillo y algo en su interior se había vuelto a apagar.

—¿Tanto? Me sorprendería que lo comprase alguien más.

Me encogí de hombros. El caballo me observaba con sus brillantes ojos oscuros mientras que Bill seguía con su tarea y la entrenadora llegaba con otras dos cajas más.

—Esta mañana lo estaban comprando en la ferretería. —Los dos se volvieron sorprendidos como si el maldito suplemento vitamínico lo fabricasen exclusivamente para ellos—. Aaron Jackson, no sé si lo cono…

La carcajada de Bill me interrumpió. Se puso de pie y se sacudió las rodillas volviéndose hacia mí mientras que Isabella entraba de nuevo en el cercado con un cubo en las manos.

—Te has confundido, muchacha.

—Claro que no. Casi le partí la pierna a primeros de mes. Era Jackson.

Bill se acercó al animal con la palma de la mano hacia arriba y Chistera lo rozó con sus belfos.

—No te digo que no. Pero te equivocas con lo del suplemento.

—La caja pequeña cuesta doscientos dólares —confirmó Isabella revisando las patas del caballo.

—Exacto. Y Jackson no tiene dónde caerse muerto. Dicen por ahí que ahora tiene un trabajo, aunque le durará lo mismo que le duraron el resto. Conozco a ese hombre desde que era un niño y

nunca ha servido para esto. Nadie le confiaría una yeguada a un hombre que no era capaz ni de supervisar los cinco caballos de la granja de sus padres, que nos los tuvieron que vender porque se los mataba de hambre.

Isabella se acercó por detrás agarrándole por el codo.

—¿Puedes traer los cepillos mientras yo sigo?

El hombre asintió con brusquedad saliendo a toda prisa del cercado. Isabella bajó el tono dirigiéndose a mí.

—Es superior a él. Bill no tolera que nadie trate mal a un animal, así que mejor vamos a cambiar de tema.

—Claro —respondí dejando que fuera ella quien llevase el peso de la conversación hasta que nos despedimos unos pocos minutos después.

Anitta seguía callada cuando arrancamos, pero esta vez no hice nada por cambiarlo porque no era la única que estaba rumiando en su cabeza. Algo que no tenía forma y todavía no era capaz de ver, pero que sabía que estaba allí. Me había sucedido lo mismo desde mi primer caso, que era una niñería en comparación con este. Pero la sensación era exactamente la misma; una muy parecida a cuando tienes la pierna escayolada y te pica. Incómodo. Agotador. Y aunque desembocase en más problemas, no había sensación más liberadora que cuando lograbas rascarte. O cuando dabas con el hilo con el que estabas a punto de desenredar la madeja.

Y casi casi podía sentirlo rozándome las yemas de los dedos.

Pero no lo lograba atrapar porque lo seguía sin ver.

Desde que había llegado a Texas había intentado moverme tanto como me fue posible para obtener todo tipo de información. No siempre podías estar seguro de dónde o cuándo darías con una pista. A veces, como en este caso, ni siquiera sabías qué era esa pista. Y otras veces esas sensaciones eran autoinducidas por las ganas de querer cerrar un caso que se alargaba de más. También me había pasado, y en más de una ocasión, pero esta vez estaba casi segura de que había dado con algo.

Entendía el punto de vista del tío de los chicos. Si para Jackson era habitual estar tan borracho como aquella noche en el supermercado, entonces era imposible que un capataz serio y

responsable como Bill lo contratase para que se uniera a su equipo de trabajo.

Me giré hacia Anitta que tamborileaba los dedos sobre el volante al ritmo de una canción que ni me había fijado que estaba sonando y le pregunté a bocajarro.

—Si Jackson estuviese trabajando en un rancho o granja de por aquí, ¿Bill lo sabría?

—Claro.

«Claro». Refunfuñé para mis adentros hundiéndome un poco más en el asiento. Si una cosa me había dejado clara mi estancia en Strokeville era que la frase de «pueblo pequeño, infierno grande» era una gran verdad. Todos los vecinos sabían lo de los demás. Mi lío con Kieran, el desprecio de Vera por Jarrad o las idas y venidas de Anitta y John; todo era de dominio público, así que era lógico que también lo fuesen cosas mucho menos íntimas y privadas como dónde o para quién trabajabas.

El codazo me hizo pegar un bote en el asiento.

—Que si quieres venir a mi casa a solas hasta que sepamos algo del resto.

Parpadeé una, dos, tres veces mientras en la cabeza no dejaba de sonar el sonido de la máquina tragaperras otra vez. *Clin, clin, clin*.

—¡Qué buena eres, Anitta! ¿Me puedes dejar en la casa de Kieran?

23. DARRELL

Llevaba más de diez minutos con la mirada perdida en la verja que se caía a pedazos al otro lado de la carretera sin moverme del asiento del conductor. Con la rapidez que me había dado el recoger lo necesario y salir pitando de la casa del sheriff y ahora… nada. Exhalé todo el aire que me quedaba en los pulmones y extendí la mano hasta el sitio del copiloto. Por una vez la «terapia de compras» iba a servir para algo más que de normal, porque por mucho que confiase en mi intuición, no me iba a cargar unas botas de más de quinientos dólares por ella.

Si la excursión nocturna salía bien tendría para comprarme otro par de botas nuevas de esas que quitaban el hipo y, con un poco de suerte, también me olvidaría de la decepción tan molesta que me recubría la piel. Até los cordones de las botas de trabajo con más fuerza de la necesaria, agarré la bandolera y crucé la carretera corriendo, decidida a centrarme en lo que me había traído hasta Strokeville.

Me detuve al llegar al vallado y tomé aire antes de apoyar las manos en las pocas partes que todavía se mantenían erguidas y decidirme a entrar. No era mi primera vez colándome en una propiedad privada y nunca me había supuesto un dilema ético hacerlo. Lo único que me preocupaba era aprenderme los horarios de los propietarios para no coincidir con ellos dentro. Era algo que podía suceder, pero no en esta ocasión porque la granja de los Jackson llevaba años abandonada y eso quedaba más que patente con un simple vistazo desde el exterior.

Salté y aterricé en un camino que llevaba mucho tiempo sin limpiarse, donde la maleza sobresalía a través de la gravilla y de las piedras. Metí la mano en el bolso para sacar el móvil ignorando la punzada al ver que seguía sin aparecer el icono del chat porque Kieran seguía sin contestarme. Solo quería repasar una vez más lo

que había dedicado un buen rato a estudiar antes de arrancar el coche y venir hasta aquí. Lo bueno de todo el trabajo previo que había realizado y que durante mucho tiempo no me pareció más que una posible pérdida de tiempo era que tenía cartografiada la zona casi al completo. Cualquier cosa digna de ser llamada granja o rancho salía en mi mapa. Además, gracias a los avances tecnológicos podías usar el Google Maps y las páginas oficiales del estado para recrear un mapa cenital de casi cualquier propiedad privada. Y por eso sabía que, además de la casa decrépita que veía a mi izquierda, había otras tres construcciones, aunque solo dos con capacidad para contener a algún animal. Y a ambas se llegaba por el mismo camino.

Revisé el mapa fijándome en los detalles que marcaban el cruce y antes de apretar el botón de bloqueo dudé. Nadie sabía que estaba aquí. Aunque tampoco tenía tanta gente con la que compartirlo; tan solo a dos personas. Kaito y Kieran. A mi supervisor solo le interesaba el resultado y al sheriff... Probablemente lo que más le importase a estas alturas fuese el papeleo que tendría que hacer si se enteraba de que me había colado en la granja.

«Céntrate»

Cuadré los hombros, puse el teléfono en modo avión y lo lancé al fondo de la bandolera antes de seguir caminando.

Le había dado muchas vueltas a la cabeza. Demasiadas. Seguro que Bill Woodhall tenía razón al asegurar que ningún capataz tan implicado en su trabajo como él pondría en manos de un borracho irresponsable la seguridad de su yeguada y equipo. El suyo era un trabajo duro que requería de sacrificio y compromiso de parte de cada uno de sus miembros.

Jackson no valía para cuidar de una yeguada.

Pero yo no estaba buscando una yeguada. Tan solo a un caballo.

Y, para eso, incluso alguien como él podía servir.

¿Qué necesitaba de manera imprescindible un caballo? Comida, agua y un poco de acción. Seguro que podía hacerlo hasta yo. Y más por la cantidad adecuada.

Además, contaba con un sitio perfecto. Yo misma me lo había planteado más de una vez: el caballo podía ocultarse perfectamente

en cualquiera de las instalaciones abandonadas del condado. La vieja granja de sus padres estaba lo suficientemente apartada del centro como para nadie se enterase de lo que sucedía allí dentro y según las vistas aéreas tenía algo parecido a un establo donde poder mantener un caballo a salvo y sin que pueda escapar.

Lo que también explicaría que tuviese un trabajo del que el resto de Strokeville no sabía nada. Y el dinero en efectivo que manejaba.

Era tan sencillo que ni me lo creía.

Seguramente porque si lo pensaba un poco más se me podían ocurrir otras cien opciones con las que una persona con pocos escrúpulos y todavía menos ganas de trabajar pudiera ganar suficiente dinero en efectivo de una manera no muy legal. Drogas. Robos. Apuestas ilegales. Había demasiadas opciones. Pero ahora que había llegado hasta aquí no iba a dar media vuelta antes de asegurarme.

Si me equivocaba no podía decir ni que hubiese perdido el tiempo. No tenía mucho más que hacer que seguir dándole vueltas en la cabeza esperando en una casa vacía mientras su dueño me daba el esquinazo. «No pienses en eso, Darrell. Céntrate en Blue Comet. Visualiza». Resoplé y el aire salió formando una bocanada blanca. Hacía frío, pero la luz de la luna era la suficiente como para evitar la mayoría de los charcos, así que tampoco me quejaba. Si mi intuición era equivocada, además del paseo tétrico llegaría a la casa lo suficientemente cansada como para quedarme dormida al instante y no pensar.

Identifiqué el grupo de árboles que aparecía en mi mapa y que me apresuré a cruzar a través. Las botas estaban siendo un añadido fantástico para esta escapada ya que con mis tacones me hubiese dejado el tobillo al enredarme con las raíces que sobresalían. Podía haber seguido el trazado camino, pero esto era mucho más rápido. Y al llegar al otro lado sentí un subidón al ver una edificación de madera medio cochambrosa que seguía en pie.

Según me acercaba me di cuenta de que en realidad estaba mejor de lo que parecía. La pintura blanca estaba tan desprendida que, más que desconchones, la superficie era de madera lisa con

restos de pintura aquí y allá. Pero aparte de eso, el sitio estaba bien. Nada de agujeros, de tablones sueltos o de paredes caídas, así que o el clima había sido más benévolo con aquella construcción que con la vivienda principal o alguien se había esforzado en mantenerla en pie. El portón de madera parecía más nuevo que el resto de las paredes y cuando todavía estaba a unos metros el corazón me dio un vuelco.

Un relincho.

No era necesario ser una experta en caballos para reconocerlo. Avancé tan rápido que iba casi corriendo y con las yemas de los dedos acaricié el escáner que había recogido un rato antes. No me dejé tiempo para pensar. Apoyé la mano en la puerta y se deslizó con suavidad tanto al abrirla como al cerrar, lo que significaba que alguien se había tomado la molestia de engrasar esos rodamientos. La luz que se colaba por las ventanas era escasa, pero la suficiente para apreciar que los boxes abiertos estaban vacíos y que el amplio espacio interior estaba limpio. Alguien se ocupaba regularmente de aquel sitio.

Di dos pasos y otra vez oí el relincho.

La madera crujía débilmente bajo mis pies mientras caminaba con cautela hacia las dos puertas cerradas de la izquierda. Los caballos eran animales nerviosos y asustadizos por naturaleza y no quería contribuir a estresarlo más.

Cuando estaba a menos de dos metros de los boxes el corazón se me detuvo un instante para luego latir desacompasado un par de veces.

Blue Comet me estaba mirando con sus astutos ojillos marrones justo enfrente. Había examinado sus vídeos e imágenes hasta aprenderme cada marca de su piel de memoria. Las pintas blancas en la punta de la oreja derecha y esas otras dos manchitas bajo la quijada que tanto contrastaban con su brillante pelaje castaño oscuro.

Estaba segura de que era él. Me lo gritaba mi cuerpo. Pero, a la vez, necesitaba pasarle el escáner porque no me fiaba de mí misma. Ni de mi suerte.

Solté el aire entre dientes despacio avanzando un poco más con cuidado de no hacer ruido o sobresaltarlo. Desde aquí el caballo parecía estar bien: sin marcas ni heridas visibles y tampoco se veía asustado, pero en cuanto lo sacase de allí de lo primero que haría sería llevarlo a un buen veterinario para que lo revisase a fondo. Deslicé la mano en el interior de la bandolera casi sin pensar rebuscando hasta que encontré el paquete y me acerqué un poquito más hasta que mi cazadora chocó contra la madera que nos separaba. Con cuidado abrí el paquete de golosinas especiales para caballos que había comprado en el primer pueblo de Texas en el que empecé la investigación. No las había sacado del bolso desde entonces, como si supiera que acabaría necesitándolas. Y ahí estaba.

El caballo estiró el cuello con cautela y detuvo los belfos justo sobre la recompensa.

—Buen chico —susurré de la misma manera en que unas horas antes Isabella hacía con Chistera, para animarlo a que la comiera y confiase en mí, aunque sin atreverme a acariciarle la crin como hacía ella.

Tras unos segundos de incertidumbre atrapó una de las golosinas y tuve que concentrarme para no revolverme de la alegría. Agarré otra, la posé en la palma extendía y el animal bajó la quijada conmigo animándolo cuando me llegó un sonido amortiguado y lejano que me dejó congelada. No necesitaba entender lo que decían para saber que en algún punto de esta maldita granja abandonada dos personas discutían acercándose a mí.

El caballo también los había oído porque había sacudido varias veces la oreja antes de comer otra golosina como si no fuera un problema. Yo en cambio empecé a pedir al universo o a quien me pudiese escuchar que los alejase del establo hasta que me pudiera largar.

—¿…cabreados? Porque no hacía falta que disparases, joder. —Escuché con esfuerzo—. ¡Lo has complicado todo!

No pude identificar la voz, aunque algo en su deje me resultó conocida. Tras varios segundos de silencio la escuché decir más cerca.

—¡Porque aceptaron retirar la denuncia que le hubiese complicado mucho las cosas a Green a cambio de una miseria, por eso! Y tú lo sabes mejor que nadie.

—¡También sé que Green se largó en cuanto pudo y no ha venido ninguno más a hacerse cargo!

—¡Porque para eso nos pagan, para que cuidemos del caballo hasta que sea seguro venderlo, no para que te lo cargues todo porque te pongas nervioso por los Velasco! ¡Inútil!

—Eso será si encuentran a algún comprador que no se raje como el último.

—¿Podéis gritar más bajo? —preguntó otra voz. Una que sonaba más baja, más cansada y ligeramente irritada—. Me duele la cabeza y vais a asustar al caballo.

Durante un minuto largo no escuché nada más y luego un runrún confuso y breve. Por un momento pensé que el universo me había hecho caso. Hasta que eché un vistazo por encima de mi hombro y vi unas sombras a través de la estrecha ranura de la puerta corredera. «O no me ha escuchado o no le caigo bien». Eso estaba claro porque alguien estaba a punto de entrar y seguro que no le entusiasmaba verme allí.

Abrí la compuerta del caballo con tanto cuidado como pude para que no reaccionase y tampoco alertar a los de fuera.

«Vamos, vamos, vamos».

Le ofrecí otra gominola con la mano temblando descontrolada. La atrapó. Me colé en el cubículo y lo cerré justo cuando el portón se movía.

Iba a necesitar mucho más que unos rezos para salir de allí sin ser vista.

24. KIERAN

—¿Te ha dado algún problema? —me preguntó Cruz girándose al escucharme subir.

Me encogí de hombros con hartazgo.

—Se ha pasado todo el trayecto farfullando que lo iban a despedir por nuestra culpa.

Cruz soltó una carcajada negando con incredulidad.

—Pero si se ha estampado contra el viejo sauce que casi se lo carga. —Empujó un llavero hacia mí hasta el borde de su escritorio— La camioneta está en el aparcamiento, Alan ha tenido que pedir ayuda al del taller para remolcarla.

Me froté los ojos con cansancio y saqueé una vez más el cajón de las barritas energéticas.

—Hazme un favor. Llama al rancho para informarles por si quieren venir a por la furgoneta antes de marcharte.

Louie asintió levantando el teléfono de inmediato mientras que yo volvía a esconderme en mi oficina. «Esconderme». Me molestaba el término, pero era el que me merecía. Y malo era que cada vez funcionaba peor porque no verla no implicaba que no la tuviese presente todo el día.

Me tiré sobre la silla de oficina moviendo las carpetas de un lado para el otro, pero sin hacer nada realmente. El día había sido una auténtica tortura. No solo por los idiotas que se habían emborrachado aprovechando el reclamo de la «hora feliz» del Willow Rock Bar como homenaje a no sé qué batería muerto y que había terminado con casi todas nuestras celdas llenas por culpa de las peleas y la conducción temeraria debido a las borracheras.

Aun así, lo peor había sido lo otro.

Saqué el teléfono del bolsillo y lo posé frente a mí con tanto cuidado como si manipulase una bomba. Lo era, en cierto modo. Después de más de una semana hartándome a comer bocadillos del

Dollar Matt Store solo en mi despacho, hoy Darrell me había enviado un mensaje muy sencillo al que no supe contestar. Las dos palabras me seguían retando desde la pantalla.

Darrell: ¿Comemos juntos?

Había dejado pasar tanto tiempo para ponerle la excusa de que se me había hecho tarde que ya no tenía sentido ninguno contestarle. Y yo me sentía como un *mierdas* acojonado solo por una invitación a comer de la mujer a la que no podía sacarle las manos de encima ni fuera ni dentro de mi cabeza. Nunca me había enfrentado a algo tan complejo como Darrell. Llevaba años con esta dinámica de divertirme con mujeres que buscasen lo mismo que yo. El sexo era fácil.

Darrell no.

Mi primer impulso fue escribir un «sí» que me apresuré a borrar porque aceptar llevaba a algo mucho más complicado. A otro riesgo nada calculado. Quería verla con las mismas ganas con las que me moría por perderme dentro de ella y dejar de pensar. Que era justo lo que no podía permitirme. Así que hice lo mismo que horas atrás y giré la pantalla boca abajo como si eso bastase para aparcar el asunto.

Deslicé el ratón hasta llegar al programa y lo abrí para rellenar el expediente de nuestro nuevo detenido cuando me llegó el ruido de dos voces desde el hall. Cruz ya no debería estar aquí; solo Funke, que estaba de guardia, y yo que me daba miedo mi propia casa. Me levanté notando el peso de la tensión en la espalda y salí para ocuparme del asunto. En cuanto llegué al pasillo vi la sonrisa socarrona de Jameson y a mi ayudante negando.

—¿Qué pasa, Louie?

—Nada, jefe —respondió con tono tranquilo, pero apartando las llaves de la furgoneta al lado contrario—. Que ya le he dicho que se tiene que esperar a que termine de rellenar el papeleo antes de poder recuperar su furgoneta.

—Lo termino yo. Tú ya no tenías que estar aquí.

Louie miró hacia el reloj de la pared y torció la boca en una mueca. El maldito homenaje del pub nos había tenido tan

entretenidos que ni siquiera se había dado cuenta que su turno había terminado hacía un buen rato.

—Hay que ver con los empleados, ¿eh? —Al girarse hacia mí, Louie puso los ojos en blanco recolocando el teclado frente a él—. La mayoría no hacen más que darnos problemas.

Apreté los labios intentando encontrar la mejor manera de despacharlo. Mi madre y mis tíos llevaban semanas recordándome que cuidase las formas de cara a la reelección. «Mano izquierda, Kieran», no hacían más que repetirme. Y lo hacían por hombres como Greg Jameson, propietarios de pequeños negocios que se creían más lo que eran y a los que les gustaba que los trataran como tal. Así que contuve mi opinión sobre lo que debería hacer para que los empleados le durasen más, como pagarles a tiempo, y señalé hacia el pasillo.

—Si lo dices por tu chico, el que tenemos abajo, mañana no te será de mucha ayuda.

Jameson soltó un ronquido desagradable, se palmeó la barriga y se volvió hacia mi ayudante diciéndole algo entre carcajadas que no llegué a entender. Su anterior frase volvió a sonar en mi cabeza y que era obvio que lo decía por mi último detenido, pero ya había tenido *otro* empleado que daba problemas. Uno del que ni mi colega de Los Rosales ni yo teníamos ningún tipo de información.

Pero Jameson sí, o eso aseguraba él.

Bajé el brazo, lo llamé con un ademán para que se acercase y obedeció dedicándome una sonrisa socarrona diciendo lo suficientemente alto para asegurarse de que mi ayudante nos escuchase desde su escritorio.

—¿Le dices a tu chico que me dé las llaves y lo arreglamos mañana?

Lo ignoré.

—Jameson, ¿qué sabes de Walter Green?

—¿Quién?

Me guardé las manos en los bolsillos del uniforme para evitar zarandearlo. Odiaba que la gente jugase a esa treta de hacerse el idiota.

—Sabes de sobra quién es. Otro empleado tuyo que dio problemas hace un tiempo.

—Ah, sí. Ya me acuerdo. No… No sé nada. Lo que sabía ya os lo conté cuando lo detuvisteis y me preguntáisteis.

El sonido de los dedos cortos de Louie aporreando el teclado a lo lejos se me hizo molesto mientras intentaba escrutar la expresión del vaquero. Jameson ya había torcido el rostro a un lado y al otro de la estancia. Evitándome.

—No es lo que he escuchado. Al parecer ofreces información nueva sobre él a cambio de 5.000$ —respondí con tono firme, pero bajo, para mantenerlo entre los dos—. Y me interesa saber qué es lo que tienes.

Su expresión se crispó a la vez que pasaba la palma de la mano por encima del labio de modo repetitivo. Me crucé de brazos apuntándolo con la barbilla y esperé. Echó un nuevo vistazo alrededor con sus ojillos saltando de lado para el otro hasta que regresaron a los míos.

—No sé nada, sheriff. Es solo que vi la oportunidad de hacer un poco de dinero extra y… —Resopló de forma exagerada y se apoyó en una torre de expedientes del escritorio vacío de Funke y elevó las cejas con arrogancia—. La chica no me ha pagado nada, ¿eh? Que igual eso se le ha olvidado de chivárselo.

La chica.

Apreté los puños solo porque la nombrara. Y también por mi impaciencia al sacar el tema allí, en medio de la sala como si fuese un novato incapaz de hacer bien las cosas. Conté hasta tres, separé las piernas y apunté con la cabeza en dirección a mi oficina decidido a limitar el tema únicamente al asunto de la furgoneta.

—Jefe, ya casi lo tengo —intervino Louie levantándose para acercarse a la impresora que ya empezaba a escupir los formularios —. Un par de firmas por aquí y por allá y listo.

Iba a abrir la boca para pedirle los papeles y se marchase cuando el teléfono comenzó a sonar. Cruz puso una mueca a la vez que agarraba las primeras hojas.

—¿Crees que serán más quejas por el «homenaje»?

Asentí bajando los párpados y apunté con el índice a mi despacho antes de echar a andar.

—Que firme, le das las llaves y te vas que no me puedo permitir pagar más horas extras —sonrió asintiendo y mientras iba por el pasillo pude escucharle pedir al vaquero que se sentase y agarrase un bolígrafo.

Colgué tirando con mala gana el auricular sobre la base. Hacía exactamente cinco llamadas de quejas sobre el descontrol del Willow Rock Bar que Louie se había marchado y yo me había quedado solo allí, a excepción de los hombres que la estaban durmiendo en el calabozo. Funke había salido para dar una última advertencia a Josh, el dueño del local, antes de tener que pasar a mayores. Y yo estaba a una sola queja más de lanzar el teléfono por la ventana.

Hacía casi dos horas que tenía que estar en mi casa, o, al menos, fuera de la oficina del sheriff, pero allí seguía. Cansado del trabajo de oficina. Aunque tampoco era justo; no todo eran malas noticias. Ya me había decidido entre los candidatos a nuevo ayudante y el lunes Mary lo llamaría y se lo comunicaría. Si aceptaba me encargaría de ponerlo a trabajar exactamente cinco minutos después de que firmase el contrato. El resto del equipo ya lo sabían y lo habían celebrado porque en días como el de hoy se hacía más evidente que no podíamos seguir a este ritmo y ser eficientes.

Paseé la vista de manera distraída por las carpetas más cercanas y deslicé el dedo por encima de una de color naranja. Llevaba más de dos días allí sin que hubiese hecho nada con ella. Aunque Funke era el encargado del caso del tiroteo de los Velasco y yo tenía que mantenerme apartado del caso, la actitud del matrimonio me había parecido tan sospechosa al evitar responder a ninguna de nuestras preguntas que no pude evitar hacer uno poco de trabajo de campo. Me había costado más llamadas de lo que esperaba, pero ya sabía lo que había sucedido con el Señor Botines.

Los Velasco no habían mentido: lo habían vendido poco después de la detención de Green. Pero era una venta legítima. El nuevo propietario le había facilitado al sheriff de su condado una copia del contrato de venta de ese y otro caballo, además de una

bandada de unas veinte gallinas, junto con el resguardo del banco. Una vía que se cerraba, aunque nunca hubiese creído que aquel jamelgo podía ser el caballo buscaba.

O igual era eso lo que me repetía para guardarme esa información para mí.

Como si así fuese a conservar a Darrell más tiempo.

El teléfono volvió a pitar y hastiado tiré la carpeta a la parte más alejada del escritorio antes de descolgar.

—Oficina del sheriff de Knockville, ¿en qué podemos atenderle?

La voz quejosa del otro lado hizo que un músculo del párpado saltase y se moviese solo.

—¿Sheriff? ¿Es usted?

—Sí, señora Staton. ¿Qué necesita?

—Pues que hagáis vuestro trabajo, que parece que se os olvida. Mi amiga la señora Miller me ha llamado muy asustada mientras que su hijo la llevaba para casa.

Clavé el codo en la mesa y dejé caer la mano sobre la frente lamentando que no fuese otra llamada por el homenaje del Willow Creek, porque al menos eso era real. Intenté cortarla tan pronto como pude y después de levantarme caí en la cuenta de que Funke no había regresado así que le marqué porque no podíamos dejar a los del calabozo solos en el edificio.

—¿Todavía estás en el pub?

El sonido llegaba entrecortados entre ruido de música y voces de la gente.

—¿Otra llamada más?

Se me escapó una risa por el tono lastimero.

—Sí, por eso necesito que vuelvas. Vuelven las quejas sobre luces en la periferia.

Resopló.

—El que estoy de guardia soy yo. Dime dónde y voy.

Funke tenía razón. Era a él a quien le tocaba apechugar con los avisos y los borrachos de abajo. Pero además de mi sentido de la responsabilidad y de que no me gustaba sobrecargar a mis subalternos, también era otra vía de escapar. Me subiría en el

todoterreno oficial y conduciría despacio por todas esas carreteras secundarias hasta cerciorarme de que el aviso era tan falso como todas las veces anteriores.

Y así cuando llegase ella ya estaría dormida y me sentiría un poco menos mal al no tener que enfrentarme a su mirada.

25. KIERAN

No había visto ni una sola luz, sospechosa o no, durante todo el trayecto de reconocimiento. Tampoco me había cruzado con nadie. No era raro, era la zona más apartada y menos poblada del condado y ya era tarde. Pero a cinco metros de la entrada principal de los Jackson clavé un frenazo mientras la ira me trepaba por la espalda como una llama.

—La madre que la parió —berreé tirando del freno de mano y sacando las llaves del contacto.

El nuevo coche de alquiler de Darrell estaba tirado del otro lado de la cuneta entre dos árboles.

Salí y crucé la carretera solo para cerciorarme de que estaba vacío antes de continuar con mis quejas. En efecto, lo único que había en el habitáculo eran sus botas y unos envases de comida.

Ni rastro de la dueña.

Estiré las mangas del uniforme bramando entre dientes de regreso al todoterreno.

Quizá la señora Miller no estaba tan desencaminada y esta vez sí que había visto *algo*. Como una cazarrecompensas allanando propiedades ajenas que no sabe cuándo parar. Crují los nudillos intentando encontrar un poco de paz, pero la sensación de la traición seguía campando a sus anchas. Quizá yo no me estaba comportando correctamente, pero ella tampoco estaba llorándome en casa. Más bien, lo contrario. Acelerando su investigación para marcharse y dejarme atrás lo antes posible sin importar transgredir las leyes que yo había jurado proteger. En *mi* condado. Durmiendo en *mi* cama. Aristóteles y su defensa de la propiedad privada debían estar revolviéndose en su tumba. Como mi estómago.

«Llama a Funke y que se encargue él de detenerla».

Asentí dándome la razón y rebusqué en el bolsillo de la chaqueta, pero cuando lo saqué los dedos se me congelaron y el

móvil cayó bajo el asiento.

Bam.

Un sonido bajo, grave y muy amortiguado.

Sentí el retumbar de la vibración percusiva por todo mi cuerpo a la vez que identificaba el timbre metálico.

«Darrell».

Las manos me temblaban y tuve que ayudarme de ambas para poder meter la llave en el contacto. Un disparo. Estaba seguro de que eso había sido un disparo y… bajé la ventanilla solo por si acaso.

Bam.

Mucho más fuerte. Tanteé bajo el asiento hasta que di con el teléfono y lo desbloqueé. «Acelera, acelera». Giré el volante y lo solté justo antes que impactar contra la verja medio rota de la entrada y seguí acelerando mientras que el todoterreno botaba entre piedras y baches sin otra cosa en la cabeza que encontrarla. Había sido militar el tiempo suficiente como para diferenciar un disparo lejano del chasquido de una rama o de un petardo. Y el segundo tiro me lo había corroborado.

Quería llamarla y saber que estaba bien. Pero eso no era lo que tenía que hacer. Si podía esconderse y el teléfono sonaba o se iluminaba solo lograría ponerla más en peligro. Eso si aun…

«Ni se te ocurra pensarlo».

Sacudí la cabeza y deslicé el índice con rapidez por los contactos guardados intentado no salirme del trazado. Refuerzos. Eso era lo que necesitábamos.

En cuanto colgué me subí la cremallera hasta la barbilla. El aire frío del anochecer se colaba en el interior del coche por las ventanillas abiertas y me mantenía alerta. Aquel sitio estaba hecho una pena y con un solo vistazo había descartado la vivienda principal: por la maleza que la rodeaba, allí no había entrado nadie en años. Tampoco había visto ni escuchado nada más y a falta de pruebas decidí seguir lo que quedaba del trazado del camino en busca de lo que fuera.

Un establo.

Contra todos mis instintos reduje la velocidad hasta un ritmo ridículo. Si por un milagro no los había espantado al cargarme la entrada, no iba a jugármela ahora. Luces apagadas. Dientes apretados. Contuve la respiración por si así oía algo.

Y lo escuché.

No fue un grito ni un llanto. Fue algo más bajo y sucio que parecía humano seguido del golpe seco de algo pesado contra una madera. No pensé. Apagué el motor sin frenar del todo y eché a correr sin pensar con el arma ya en la mano.

Ni tuve que abrir la puerta. Alguien la había dejado a medio cerrar. De perfil y como habíamos aprendido en la academia intenté hacer un rápido reconocimiento del lugar, pero no estaba lo suficientemente cerca, solo percibía sombras y el sonido descontrolado de mi corazón parecía que tapaba todo lo demás. Avancé a pequeños pasitos intentando distinguir lo que fuese antes de delatarme sin un plan por entrar de manera precipitada.

Una luz tenue se coló por una de las ventanas y percibí un brillo. Un casquillo junto a una paca de paja. Inspiré despacio peinando el lugar con la vista. Algo se movió. Distinguí un reflejo aceitoso del fondo del establo y supe que era un arma.

Tuve que entrar.

Había dos sombras. Probablemente dos hombres separados por poca distancia. Solo uno sostenía un arma con el cuerpo en tensión. El otro parecía tener las manos en la espalda. Y un movimiento rápido y nervioso por detrás de los dos me dejó claro que en uno de los boxes había un animal de gran tamaño y alterado. Ni rastro de mi chica.

—Ríndete y sal de una vez. No andes con estupideces.

Tras la incredulidad inicial, una oleada de alivio me bañó por entero. La situación había estado controlada desde el inicio y yo me había dejado llevar por el pánico.

—Para eso vas a tener que cargarte a Blue Comet y a ver cómo se lo explicas luego a tu jefe.

La sonrisa se me cuajó en el rostro. La voz de Darrell sonaba contenida, pero más aguda de lo normal. Y nada de aquello tenía sentido.

—¿A quién, a tu novio?

—No, al que os paga por chanchullar con los caballos.

Al fondo escuché un relincho que parecía fuera de lugar, al igual que el resto de la escena. Mi cerebro se había congelado, incapaz de procesarla. Louie levantó el arma y apuntó en la dirección desde la que había venido su voz. «Darrell». Me tensé al imaginarla herida y escondida al fondo del lugar. Era menuda, pero fuerte y con mucho más tesón que con cualquiera que hubiera trabajado. Aunque el carácter no servía de mucho para detener las balas, como ya le había sucedido a mi padre. Por un momento fui incapaz de respirar. El golpeteo de los cascos del caballo contra las maderas retumbó por el establo como una advertencia.

O como una llamada a actuar.

26. DARRELL

Me quedé muy quieta con la mano apretándome la pierna esperando una respuesta a lo que le había dicho en un impulso, pero no llegó. Al menos, no al instante.

Clack, clack.

Había asistido a las suficientes prácticas de tiros como para reconocer el ruido. El muy cabrón estaba amartillando la pistola por mí. Me encogí cuanto pude en la parte posterior del box intentando evitar a Blue Comet, que desde el primer disparo se encabritaba y lanzaba coces a uno y otro lado sin previo aviso y había tenido que ingeniármelas para esquivarlo con tan poco espacio. Intenté colocarme del modo en que su cuerpo me cubriese lo más posible. No quería que lo dañasen, pero tampoco quería morirme y si tenía que elegir, prefería llevarme una coz que una bala y optar a poder escaparme de allí.

Aunque eso cada vez lo veía menos probable.

Blue Comet relinchó nervioso y yo me coloqué el bolso sobre las rodillas y rebusqué hasta encontrar el teléfono. Si esos podían ser mis últimos momentos debería hacer algo de provecho con ellos, como despedirme y denunciar lo sucedido. Lo agarré y un crujido de paja y madera me hizo levantar la cabeza sospechando que me había quedado sin tiempo y que la puertecilla del box estaba a punto de abrirse. Unas pisadas bruscas contra la madera. Un gruñido de esfuerzo. Otro más parecido a un quejido. El impacto de algo grande y torpe cayendo contra el suelo. Desbloqueé el iPhone y un instante después un estallido muy cercano hizo que me pitaran los oídos, así que de manera inconsciente lo solté para llevarme las manos a las orejas. Casi a la vez una lluvia de polvo, astillas y pajas cayó sobre mi cabeza y al levantarla vi que se filtraba un hilo de luz por un nuevo agujero que antes no había.

Me levanté medio aturdida intentando averiguar lo que sucedía fuera de mi escondite. Percibí algo metálico arrastrándose entre quejidos, golpes y relinchos, pero todo resultaba demasiado confuso. Y cuando estaba llegando a la puerta lo escuché gritar.

—¡Darrell! —Era Kieran con la voz más ronca y seca que le hubiera escuchado—. Darrell, ¿estás bien?

—¡Sí! —Intenté gritar, pero me costó oírme a mí misma y decidí salir para comprobar lo que sucedía.

Todavía no sabía cómo Kieran había dado conmigo y necesitaba verlo y saber que él también estaba bien. Además, seguían superándonos en número y lo único que había evitado que me matasen hasta el momento era que necesitaban a Blue Comet con vida. Pero ahí fuera él no tenía ese escudo.

Nada más salir, los vi casi de frente.

Kieran y su ayudante intentaban golpearse y defenderse a la vez en un enredo de piernas y brazos. A Kieran le sangraba la frente, pero parecía dominarlo gracias al peso de su cuerpo y el modo en que lo había arrinconado, encajonándolo entre la pared y una de las estanterías. Sonreí con incredulidad y di dos pasos hacia él hasta que un leve crujido me recordó que esa rata inmunda no era la única que se había colado en el establo.

Aaron Jackson se alejaba de la pelea. Por un momento pensé que huía, hasta que me di cuenta que no se dirigía a la única salida, así que corrí tras él tan rápido como pude. Lo alcancé cuando se agachaba a coger el arma y le pateé en la corva ignorando el escozor de mi pierna. Se desequilibró e intentó frenar la caída con el brazo, pero volví a golpear y aterrizó con la cabeza en la madera. Soltó un quejido, pero su mano se movió con agilidad hasta rozar la culata. Le pisé la palma de la mano aplicando toda la fuerza que pude para detenerlo, y por primera vez desde que me las calcé lamenté no llevar mis botas de siempre para clavarle el tacón con tanta saña como pudiera.

Cuando pareció quedarse quieto me estiré tan rápido como pude para arrebatarle la pistola y hundí la puntera de mi pie derecho en sus costillas. Jackson aulló, pero no sentí ninguna pena. Él no había sostenido el arma, pero se había reído como una hiena cuando

me asusté y grité con el primer disparo y todavía no se me había olvidado. Así que le propiné otra patada en el abdomen con toda mi fuerza para que no se le ocurriera moverse del sitio. Necesitábamos igualar las fuerzas.

—¿Estás bien, Darrell? ¿Te han hecho algo? Dime algo, canija.

Levanté la cabeza y suspiré del alivio. Kieran me observaba con preocupación desde el otro lado del establo todavía a horcajadas de su ayudante, que no se movía. No me podía creer que nos las hubiésemos arreglado para dejarlos fuera de juego a la vez. Le respondí que sí levanté el pulgar de la mano libre y Kieran asintió con cansancio pasándose la manga por la frente para limpiar la sangre que manaba del lado izquierdo y se deslizaba hasta la mejilla.

—Tenemos que esperar a que lleguen los refuerzos. Este está KO ¿Lo tienes controlado?

Abrí la boca, pero el aliento se me quedó atrancado en la garganta al percibir un movimiento. No podía estar segura. La luz era escasa y su cuerpo estaba en una zona de sombra, pero hubiese jurado que Louie había girado la cabeza. Quise advertirle, pero no era incapaz de hablar. Había encontrado lo que buscaba Louie. La otra pistola. Pude distinguir su brillo opaco bajo la estantería, no muy lejos de donde estaban los dos. Kieran lo tenía inmovilizado, pero también estaba agotado. Lo notaba en su cara y en su respiración. Y llegados a este punto, Cruz era un hombre desesperado. Y las personas desesperadas eran capaces de todo.

—¡Kieran! —grité al fin.

Distrayéndole.

Lo vi estirar el brazo en un movimiento ágil y agarrar la culata a la vez que se libraba que Kieran y le apuntaba torciendo la boca en una sonrisa cruel.

—¡No!

No pensé.

Ni me di cuenta de lo que había hecho hasta después de sentir la violencia del disparo extendiéndose por todo mi cuerpo. El soplo caliente con el característico olor metálico en la cara. El latigazo en las muñecas que casi hizo que el arma me saltara de las manos obligándome a apretarla con más fuerzas. El golpe seco del

impacto en el esternón antes de que mi cuerpo pequeño absorbiese esa especie de gran empujón.

Kieran me miraba con los ojos como platos mientras que Cruz no dejaba de pegar alaridos.

—Tu pistola —musité señalándola junto a la pared—. Allí.

Completamente aturdido se levantó y la cara se le quedó pálida al localizarla. Louie levantó los brazos agarrándose una mano con la otra con la sangre cayendo a borbotones entre ambas.

—¡Joder! ¡Me ha reventado media mano la zorra esta!

De soslayo vi a Kieran sujetar la pistola como si fuese la primera vez que la viera mientras yo seguía apuntando a su ayudante, que se revolvía de dolor en el suelo con la sudadera y los rizos salpicados de pajas mientras que yo lo apuntaba.

—Te dije que no te movieras —escupí con asco—. Como vuelvas a intentar algo te remato.

No era verdad. Sentía los hombros agarrotados del esfuerzo, el picor insoportable de la pierna y la culata temblando entre los dedos, pero no pensaba permitir que se diera cuenta.

—Lo sabía —bufó apretándose los dedos con la mirada cargada de odio—. Sabía que ibas a dar problemas en cuanto entraste en la oficina.

—Ah, ¿sí? —avancé un paso apuntando al centro de su sudadera para evitar que intentase incorporarse—. ¿Por eso intentaste ligar conmigo con la excusa del expediente?

Negó con esfuerzo.

—Solo quería saber qué sabías y quién te mandaba. —Se le contrajo la cara y volvió a apretarse la mano. La frente le brillaba perlada de sudor y su piel morena se veía tan pálida como la mía—. Joder, ayudadme, veo borroso.

Escuché un sonido dentado metálico y eché un vistazo rápido por encima del hombro. Por muy mala pinta que tuviese ese cerdo, no iba a cometer el error de confiarme ahora. Kieran se cernía sobre Jackson, que seguía en la misma postura en la que lo había dejado. Identifiqué rápidamente los clics metálicos con el sonido de las esposas al cerrarlas y suspiré de alivio. Por una parte, porque era uno menos del que preocuparse. Y por otra, porque pasado el

estupor inicial, parecía que Kieran había vuelto a reaccionar y actuar como el sheriff decidido y pragmático de siempre.

Después de tantos días a su lado había llegado a conocerlo bien y sabía lo importante que era la confianza para Kieran. En su familia. En su equipo. En sí mismo. El secreto de Louie Cruz era una traición, una bomba que dinamitaba esa seguridad y valores y que dejaría por detrás una resaca de la que le costaría desprenderse tanto a Kieran como al resto de su equipo.

Escuché sus pasos pesados y más lentos que de costumbre detrás de mí y después su mano apretándome por la cintura hasta incrustarme en él. Tenía la cabeza empantanada y a veces sentía que las piernas no me iban a soportar más. Me apoyé en su pecho e inspiré hondo el olor que tan familiar me resultaba ya a esas alturas para intentar apaciguarme. Necesitaba sentir su palma callosa y áspera en mi piel para que sin palabras me dijera que todo había acabado y que estaba a mi lado.

—¿Estás bien, canija? —preguntó con su barbilla en mi sien haciéndome sentir cuidada, protegida.

Asentí.

—Yo sí, pero él no. Sangra mucho.

Louie no dejó de lloriquear, pero Kieran no contestaba.

—Ayúdame, Kieran. Me voy a desangrar.

En cuanto pronunció su nombre sus dedos se tensaron de inmediato en mi piel hasta casi hacerme daño.

—No le hagas ni puto caso —pronunció con desagrado en voz baja—. Aguantará hasta que lleguen los refuerzos. No creo que pierda más que un dedo.

—¿Y si tardan?

Negó y me abrazó por detrás un instante antes de acercarse a su ayudante.

—No lleva las esposas. Y no pienso salir al coche a por las bridas y dejarte con él a solas.

El estruendo de las sirenas acercándose resultó todo un alivio. Salí de allí temblando agarrada a su brazo después de que Kieran pusiera a los recién llegados al corriente de lo sucedido y de que yo insistiera varias veces en la importancia de custodiar correctamente

al caballo. Daba igual que todo hubiese finalizado bien. Mi cuerpo todavía no se había enterado y, tras tanta contención, otras emociones comenzaban a tomar el control. Me sentía pesada, con las piernas temblando y a la vez una extraña sensación de euforia corriéndome por el cuerpo al saber que nos habíamos librado.

—A estos no los conozco —dije señalando con la barbilla a los dos ayudantes del sheriff que sacaban a Jackson del establo y lo escoltaban hasta un coche oficial.

—Porque llamé a los refuerzos del condado de Menard.

En cuanto pasamos los coches me agarró por los hombros y me empujó contra la pared del establo. Me observó con fijeza con una expresión muy diferente a la de los últimos días mientras sus manos ascendían por mi costado hasta adueñarse de mi nuca y obligarme a sostenerle la vista. Tenía el pelo enmarañado y con restos de sangre seca, arañazos cruzándole la mejilla, la cicatriz de la frente que no había dejado de sangrar y el ojo izquierdo casi desaparecido entra la hinchazón y la sangre de la brecha.

Levanté la mano y tracé el contorno de sus heridas.

—Te va a quedar cicatriz.

Encogió los hombros y me agarró la mano.

—No vuelvas a darme más sustos de estos, Darrell —masculló con la boca apretada y su mirada ardió. El aire volvió a crepitar entre los dos. Quise protestar, pero su boca ya estaba sobre la mía devorándome de una manera como no lo había hecho nunca. Como si me perteneciera. Como si yo solo pudiera ser suya. Me aferré a sus hombros intentando demostrarle que yo también lo sentía así con un nuevo subidón de adrenalina.

—Pídemelo —susurré en cuanto se separó.

—Que te pida qué, canija. —preguntó sonriendo chafando su nariz con la mía— ¿Que te alejes de los tiroteos?

—Que me quede. Pídemelo y lo haré.

No contestó.

—¿Sheriff Gómez? —gritó un hombre de bigote con una estrella de sheriff en el pecho junto a otro de los vehículos que no estaban a mi llegada.

—Espérame en el coche —indicó abriéndolo a distancia.

Ni se molestó a acompañarme.

Cerré la puerta con rabia y apoyé la frente en el cristal. Las luces de los coches oficiales aparcadas justo ante la puerta del establo lo invadían todo haciendo que aquello resultase más extraño. Irreal. Lo vi alejarse cojeando por el retrovisor con la palma de la mano en la zona de la herida. Un ayudante con un botiquín lo interceptó junto al otro sheriff y cuando bajé los párpados lo perdí en medio del caos, aunque no fue suficiente para tapar las luces ni la decepción.

«¡Qué idiota eres, Darrell!»

Había visto lo que quería en vez de lo que había de verdad. Otra vez. Era como si no me cansase nunca de estrellarme contra la misma pared. Me pasé las manos por la cara obligándome a digerirlo y aceptarlo. Le atraía lo suficiente como para compartir su cama, pero nada más. Y yo me había dejado llevar por la euforia del momento y ahora… Sacudí la cabeza decidida a no darle más vueltas por el momento. No servía de nada. Saqué el teléfono del bolsillo de la cazadora y marqué un número que tenía desde hacía años, pero nunca usaba. «Solo para emergencias y más te vale que no tengas una», dijo cuando me lo pasó. Al tercer tonó descolgó.

—¿Darrell? Espero que me llames porque te han vuelto a disparar —gruñó Kaito al otro lado.

—Pues sí, pero yo he tenido más puntería que él —repliqué. Y era verdad. Una de sus balas solo me había rozado el exterior del muslo. Apenas había sangrado, pero la piel me quemaba—. He dado con Blue Comet.

Silencio. Lo escuché moverse al otro lado y una puerta que se cerraba con cuidado.

—¿Lo tienes?

—Algo así. Llama a la aseguradora; los del departamento jurídico van a estar ocupados. Dicen que Blue Comet es la evidencia principal tanto en el delito de robo de ganado como en el de asalto agravado con arma…

—¿Te han disparado de verdad? ¿Otra vez?

Puse los ojos en blanco cansada de que todos incidieran en lo mismo cuando no era de lejos lo que más me dolía.

—Mételes prisa, ¿me oyes? No van a querer pagar hasta que lo tengan y yo quiero largarme de aquí con mi dinero—repliqué molesta y colgué. No estaba para más preguntas ni estupideces. Mi supervisor también se llevaría una buena comisión cuando la que se jugaba el tipo era yo, así que lo mínimo que podía hacer era ocuparse de esa parte.

Para cuando levanté la vista, Kieran ya se acercaba. Tenía aspecto cansado y dos grapas en la frente. Abrió el coche y se quedó fuera con el brazo apoyado en el lateral observándome. Estaba deseando bajarme del todoterreno, subirme al mío y alejarme de todo. Después de unos segundos que se me hicieron eternos al fin se sentó tras el volante.

—Sobre lo de antes…

«*Ni de broma*».

Ya bastante malo había sido vivirlo como para dejar que ahora me consolara con palabras vacías y lastimeras. Torcí la cabeza hacia el parabrisas obligándome a poner toda mi atención en los dos ayudantes que fumaban cerca del árbol.

—Fue la adrenalina —lo interrumpí apretando con fuerza el iPhone sobre las rodillas. Esperé a que arrancase, pero no hizo ni dijo nada, aunque seguía sintiendo su mirada sobre mí. El sheriff del bigote salió del establo agarrando a Louie Cruz por el cogote obligándolo a acercarse a las luces de otro coche patrulla. Kieran carraspeó y me adelanté —. ¿Encontraron al otro?

—¿A quién?

—Al tercer tipo.

Cometí el error de girar la cabeza. Su boca estaba torcida en una mueca preocupada mientras sus ojos me examinaban.

—Dentro del establo solo estaban ellos dos, Darrell. Nadie más.

Me encogí de hombros apartando la mirada.

—No sé si llegó a entrar, pero escuché tres voces distintas discutir antes de que entrasen al establo. No me lo invento.

Kieran gruñó y se puso el teléfono en la oreja. Extendió la mano para darme una palmadita reconfortante en el muslo y descubrió el desgarro en el pantalón.

—¿Qué es esto, Darrell? Dame un momento —indicó al del otro lado del teléfono, pero yo ya estaba sacudiendo la cabeza—. ¿Estás herida?

—Solo es una quemadura —susurré entre dolorida y reconfortada por la sensación de sus yemas ásperas recorriendo la línea ennegrecida del vaquero a ambos lados de mi piel expuesta. Asintió con la boca apretada.

—¿Funke? Espero que tengas sitio en los calabozos. Te van a llevar a un detenido. Sí, llamé a los de Menard como refuerzo.

Su mano seguía sobre mi pierna, pero yo estaba cada vez más lejos mientras él escuchaba en silencio a su ayudante.

—Y seguramente mañana o pasado te lleven a Louie Cruz. Quiero que esté solo en su celda y el que el calabozo esté tan despejado como sea posible para evitar los rumores. Y que seas tú el que te encargues personalmente de vigilarlo. —Sin dejar de mirarme toqueteó la zona abrasada de mi vaquero hasta comprobar que no había sangre ni herida—. Sí, te lo contaré mañana. Y dile al sheriff que se esté con ojo, porque igual se nos ha escapado otro.

Colgó y tiró el teléfono sobre el salpicadero con las luces centelleantes reflejándose en la pantalla.

—Sobre lo de antes…

—Adrenalina —repetí sacudiendo las manos—, ¿me acercas al coche?

Sacudió la cabeza al atrapar mi mano y bajarla a mi muslo.

—No.

No era la persona más orgullosa del mundo. En realidad, quizás pecase de lo contrario, pero después de un día tan largo aquello ya era demasiado. Me zafé de su agarre y cargada de frustración le increpé:

—¿Qué?

Tomó aire de manera exagerada y se giró hacia el parabrisas.

—Cuando iba en décimo curso salí seis meses con Maia Gerber.

—Enhorabuena.

—Yo no diría tanto —respondió con una expresión graciosa que solo sirvió para molestarme más—. Pero es la relación más

duradera que he tenido hasta el momento.

—Medio año a los dieciséis no es ni siquiera una relación de verdad —repliqué con amargura—. ¿Esto va a algún lado?

—A que llevo más de quince años sin tener una relación estable.

—Eso ya me lo habías dicho —contesté sin pensar y medio segundo después el verdadero significado de sus palabras me golpeó en la cara como una cachetada.

Un recordatorio exacto y muy preciso de nuestra primera conversación en el hotel. «*No me acuesto con mujeres que estén bajo mi jurisdicción porque no quiero problemas. No tengo tiempo para relaciones serias ni de ningún tipo y cuando se dan cuenta siempre surgen complicaciones*». Y en eso me había convertido yo en aquel momento: en una complicación que había perdido la cabeza tras un episodio de estrés y lo había amenazado con mudarse de estado. Me reiría si no me estuviese muriendo de pena.

Levanté la barbilla encajándolo lo mejor que pude y le sostuve la mirada.

—Porque no te interesan —concluí.

Él asintió entrecerrando sus ojos oscuros y le sonreí con cinismo.

—Mensaje recibido. Gracias por recordármelo. Ahora, ¿me llevas al coche de una vez?

De soslayo lo vi negar con la cabeza y agarré la manilla de la puerta. Las botas nuevas habían resultado sorprendentemente cómodas y prefería regresar andando hasta mi coche que quedarme otro minuto más allí, encerrada con él, sintiéndome tonta.

—¿A dónde vas? —Me agarró por el codo hasta que solté la puerta—. No puedes salir ahí fuera tú sola después de lo que ha pasado. Y no hemos acabado.

—Yo pensaba que sí. Estoy cansada y ha sido un día muy largo —repliqué con hartazgo—, así que terminemos de una vez. ¿Qué quieres, Kieran?

Sus ojos vagaron por todo mi rostro sin darme una respuesta. Me mordí el carrillo por dentro girándome de nuevo hacia la puerta y la accioné.

—Que borres la aplicación de citas del móvil.

Me giré estupefacta. Creía que le había quedado claro que no la había usado «de verdad» más que con él. Y tampoco era relevante en aquel momento.

—Y que en la próxima llamada semanal le dejes muy claro a tu madre que no tienes nada que ver con el inútil de Isaac porque estás conmigo.

Apartó mi mano de la puerta y la unió con la mía apretándome los dedos.

—Y necesitas un coche de verdad para vivir aquí y no ese sedán que te han encasquetado los de la compañía de alquiler. El viernes hablamos con los del taller.

Asentí con precaución y llena de incredulidad.

—¿Estás… seguro?

Su grueso pulgar bajó por la línea de mi mandíbula hasta llegar a la barbilla y negó con suavidad.

—Desde que te conozco no estoy seguro de nada. Solo sé que no quiero perderte, pero tampoco estoy seguro de que sepa estar a la altura para que te quedes. Llevo demasiado tiempo solo; por eso te he dicho lo de Maia. No contaba contigo, canija, y voy a necesitar que tengas paciencia si…

Me lancé entre sus brazos para besarlo sin dejarlo terminar. No lo necesitaba tampoco porque sabía perfectamente a lo que se refería. Llevaba años esforzándome en todas mis relaciones, desde las sentimentales hasta las paternas, poniéndoles más empeño en hacerlas funcionar del que ponía en mí misma o en el trabajo y sin que nunca llegasen a buen puerto. Hasta me había rendido.

Y por azar lo había encontrado a él sin buscar.

Hasta este momento nunca había pensado que pudiera dar con alguien con quien todo pudiese ser tan sencillo y sin esfuerzos como lo había sido con Kieran; desde la primera conversación por la aplicación hasta vivir juntos en menos de un mes. Como si fuera lo natural. Como si no hubiera nada más correcto que lo que hacíamos juntos y el uno por el otro en cada instante.

Me separé lo justo para liberar mis labios de los suyos e inhalé ese aroma oscuro y magnético que tanto me enloquecía y

susurré:

—Yo tampoco contaba contigo, Kieran.

27. KIERAN

A pesar de que había transcurrido una semana de los sucesos en la vieja granja de los Jackson, la oficina y Strokeville seguían sumidas en el caos. No todos los días un ayudante intentaba matar a su sheriff. La intervención de Louie Cruz me había obligado a dar parte a los Texas Ranger, como exigía el protocolo, y su llegada al pueblo había desatado todos los rumores dando al traste con mi intención inicial de gestionarlo con la máxima discreción posible. Menos de veinticuatro horas después no quedaba una sola persona en cuarenta kilómetros a la redonda que no manejase alguna versión distorsionada de la historia.

—¡Adelante!

Desde que los de Austin habían colonizado la mayor parte del edificio, había comenzado a cerrar la puerta para intentar crear una barrera física y mental que me permitiera alejarme de lo que sucedía al otro lado. Era muy molesto sentirme un extraño en mi propio terreno mientras que los recién llegados fiscalizaban todos y cada uno de los archivos en los que la sabandija de Louie hubiese puesto las zarpas alguna vez. Lo que significaba prácticamente cualquier expediente que hubiésemos tramitado durante mi cargo.

Y no era el único que se sentía así de incómodo. Mary, Alan y los dos nuevos tampoco estaban a gusto con la situación, aunque no me lo dijeran, pero yo era el único que tenía prohibido bajar al área de las celdas desde que a Louie le habían dado el alta en el hospital y nos lo mandaron. El Fiscal del Distrito me había llamado con órdenes muy concretas de no mantener ningún tipo de contacto por ninguna vía con mi ex ayudante para evitar contaminar el caso y que pudiera usarlo más adelante para librarse de las consecuencias.

Como si tuviera algo que decirle a esa rata avariciosa.

Funke arrastró la silla y se sentó con pesadez frente a mí dejándome claro que era uno de los más afectados solo con ver otro

día más las bolsas bajo sus ojos. Trabajábamos juntos y el secreto de Louie nos había tomado a todos por sorpresa, pero ellos compartían el espacio de trabajo, sus escritorios eran adyacentes y muchas veces patrullaban juntos, así que Alan se había tomado la traición como algo personal y que le estaba costando mucho procesar.

Había pasado de la incredulidad por la acusación a romperse por completo en el momento en que el laboratorio confirmó que las balas del tiroteo de los Velasco coincidían a la perfección con las halladas en la granja de los Jackson.

Con el arma no registrada con la que Louie había intentado dispararme por la espalda hasta que Darrell le voló medio dedo de la mano.

—¿Alguna novedad?

Bufó arrugando la frente y sentí compasión por él. Un tipo tan grande y tan duro que no sabía cómo gestionar lo que llevaba dentro.

—No diría tanto. No sueltan una puta palabra.

Asentí hundiendo los dedos en el reposabrazos. Que los de Austin hubiesen decidido dejarme a un lado no implicaba que el resto de mi equipo los secundase; y Alan menos que nadie. Así que la información me acababa llegando de una manera o de otra.

—¿Algo más?

Encogió los hombros recorriendo la estantería y las paredes con las fotografías de mis antecesores en el cargo.

—No lo sé… ¿Darrell está segura de que había otro más? ¿Otro que no era Green?

—Ya sabes que ella cree que sí—contesté con cansancio porque habíamos repetido la misma conversación hasta la saciedad, tanto con el resto como en privado—. Os lo confirmó en su primera declaración.

Darrell se había mantenido contundente a ese respecto, tanto en la primera declaración como en las dos siguientes con los expertos de la ciudad. Estaba segura de que había alguien más que Jackson y Cruz, pero no podía precisar quién ni aportar ningún tipo más de información al respecto.

—Es que si es así no entiendo por qué no colaboran ninguno de los dos para intentar rebajar la pena.

Le mostré las palmas de las manos porque no tenía otra respuesta. Aaron Jackson se enfrentaba a tres delitos así que tendría difícil librarse de una condena, aunque fuese pequeña. En cambio, y según avanzaban las investigaciones, Louie Cruz se enfrentaba ya a cuatro delitos y todos con penas mucho más severas, tanto por su cargo oficial como por la violencia ejercida. Y seguramente los cargos se seguirían aumentando en cuanto se corroborase que los impresos y formularios de la falsa entrega de Green a Los Rosales había sido cosa suya también, porque a estas alturas yo ya no dudaba de lo que había pasado.

Y él lo sabía, porque para algo conocía las leyes.

—Quizá no tengan a quien delatar. —Soltó el aire despacio por la boca a la vez que asentía—. No es que dude, jefe, pero en una situación así no sería al primer testigo que le pasa. Que ve cosas donde no las hay, por el estrés.

Eso era lo que creían los expertos que habían venido a mi condado. Oficialmente, el representante había asegurado a los medios que todas las vías de investigación seguían abiertas. En la práctica, la habían descartado incluso antes de hablar con Darrell. No necesitaba leer el informe para saber que incluiría palabros grandilocuentes como «intrusión de memoria postraumática» para explicarlo; que aplicarán la lógica del «escenario del estrés agudo» para explicar que la testigo escuchó una «voz fantasma» o un efecto eco, que de manera mucho más profana significaba que Darrell, en una situación de alta tensión, creyó que había una tercera persona porque en algún momento la voz de uno de los otros dos le sonó diferente.

Esto era algo que sucedía muchas veces. Los testigos no siempre eran fiables, y lo eran menos cuanto más estresante fuese la situación. Este tipo de situaciones se estudiaba en la academia. Personas que recordaban un número mayor o menor de disparos de los que realmente se habían producido o que se enfocaban tanto en el arma que les apuntaba que no eran capaces de describir quién la sostenía o cuántas personas había. El cerebro no era perfecto y el

cortisol y la adrenalina en grandes cantidades nos jugaban malas pasadas.

Tardé tanto en responder que Alan se retorció en el asiento y con preocupación añadió.

—O igual había otro más, pero era un pardillo que no nos valdría para nada.

El principal motivo por el que los Ranger no creían en la existencia de una tercera persona era porque no existía una sola evidencia física. Solo el testimonio de Darrell.

Alan tamborileó el pulgar contra la mesa en un ritmo desacompasado.

—O que los Ranger se equivoquen y fuese Green largándose esa misma noche.

—Puede.

Los dos arrugamos la frente porque sabíamos que era la opción menos probable.

En un pequeño cobertizo cercano al establo habían encontrado pruebas claras de que Walter Green había estado viviendo allí, pero también que lo había abandonado hacía tiempo. Lo que coincidía con la versión de Darrell. Y Funke, al igual que el resto, estaba convencido de que allí solo hubo dos personas. Las que ahora custodiábamos en los calabozos. Yo era el único que no había manifestado mi opinión en alto, aunque por mi experiencia tanto en el ejercito como de sheriff, también me inclinaba por el lado de los expertos.

El problema era que cunado Alan estaba cansado o nervioso de daba más vueltas a las cosas. Tras la traición de Louie se había vuelto aún más desconfiado y no era la primera vez que le escuchaba esa misma teoría. Si existía la posibilidad de que hubiera una tercera persona en la granja, Funke estaba empeñado en que fuese Green porque, en otro caso, podría implicar que quien estuviese con nuestros detenidos fuese otro vecino de Strokeville. Yo también lo había pensado y esa posibilidad me aterraba porque significaría que seguía habiendo algo que se me escapaba en mi jurisdicción. Y sobrellevar el sucio secretito de Cruz ya había sido suficientemente complicado para todos.

Vi la hora en el monitor y me incliné hacia adelante cuando alguien llamó a la puerta. Todavía no distinguía a mis dos nuevos ayudantes por el modo de hacerlo. La que apareció al otro lado fue Chelsea, mi más reciente incorporación al equipo. Había sido mi segunda opción, pero la misma mañana que llamé a los Ranger también contacté con ella porque estaba claro que lo sucedido en la granja abandonada dejaba otra vacante en el equipo y no pensaba dejar ver su silla vacía nos afectase más de la cuenta.

—Los Ranger dicen que necesitan los expedientes de Thompson y de Clarsson de mayo —dijo con tranquilidad apartándose un rizo rojizo de la frente. Puse los ojos en blanco, los busqué en la pila de carpetas de mi izquierda y se los tendí. A veces parecía que pedían los expedientes solo por provocarnos, porque los que tenía en esa pila eran los que ellos ya habían examinado.

—Gracias, McCurdy.

Ella estiró la mano y se despidió sin una palabra. Alan la siguió con la mirada hasta que salió y no se giró hasta pasados varios segundos de que se escuchase el clic de la puerta al cerrarse. Luego se removió en el asiento hasta llegar casi al borde y clavó los codos en la mesa.

—Los Velasco tampoco hablan —dijo en tono confidencial. A Alan no le gustaba hablar del caso ante los nuevos; en realidad, solo lo hacía conmigo.

Me recliné en la silla e hice un ademán con la mano para que continuase. Además de nuestros dos detenidos, si alguien podía arrojar algo de luz a las investigaciones era el matrimonio Velasco.

—No tengo nada más. He tenido que ir hasta allí en persona porque ya no contestan al teléfono. Marlon me ha dado esquinazo y Helena me ha despachado lo más rápido que ha podido diciendo que de eso no sabe nada, que lo lleva todo su marido.

Puse cara de circunstancias y me hundí un poco más en el asiento.

—No forman parte del robo de Blue Comet. Ya sabes cómo viven; les cuesta llegar a fin de mes.

Era imposible que estuviesen involucrados en ningún tipo de trama de corrupción y pagos en metálico cuando habían tenido que

deshacerse de la mayoría de sus animales a bajo precio porque no podían ni mantenerlos.

—Ya lo sé, pero saben algo y no lo quieren decir.

—Si tienen miedo no vamos a conseguir que abran la boca hostigándolos, Alan. Se cazan más moscas con miel…

—Ya lo sé, pero necesito respuestas, jefe. Esta incertidumbre va a acabar conmigo.

Sonreí y cambié de tema, preguntándole por cómo habían ido las labores de vigilancia con los nuevos. Era él quien se estaba encargando de supervisarlos y formarlo en nuestro sistema de trabajo ya que los primeros días tras su incorporación yo me había pasado la mayor parte del tiempo respondiendo las mismas preguntas a los agentes y fiscales y mi equipo se había echado la oficina al hombro para que yo pudiese descansar un poco.

Cuando se quedó en silencio volví a comprobar la hora y aunque todavía quedaban unos minutos me puse en pie y apagué el ordenador.

—He quedado para comer.

Funke alzó una ceja con una sonrisa burlona que hacía días que no le veía y se levantó también.

—Esa chica te ha enganchado bien, ¿eh? A mí también me pasó con Cindy cuando la conocí…

Cuando metí la llave en la cerradura un hormigueo me recorrió las yemas por la anticipación. Al entrar la busqué en la cocina y mi cuerpo reaccionó nada más verla, como siempre. La mitad de su cabello claro se le había escapado de la coleta. Llevaba una de mis camisetas de manga larga que apenas le llegaba a los muslos y mis calcetines para nieve favoritos arrugados en torno a los tobillos. Se giró al escuchar mis pasos y su sonrisa llenó el lugar.

—Es una receta de tu madre —comentó entre risas. Olía raro desde que había abierto la puerta y a nada parecido a lo que mi madre hubiese cocinado jamás. Me acerqué y la besé en la sien antes de ir hasta la alacena —. Creo que esto de cocinar no se me da nada bien.

Agarré dos cubremanteles y los dejé sobre la encimera escuchando sus carcajadas mientras removía una masa espesa con la cuchara de madera. Si ese era el precio, que se jodieran mis papilas gustativas un par de días al mes, estaba más que dispuesto a pagarlo. Agarré los platos y me quedé ensimismado mientras ella parloteaba y me los quitaba de las manos. Darrell era como yo, alguien activo a quien no le gustaba estar ocioso. Por eso en los dos últimos días había emprendido una nueva cruzada en la cocina que había terminado con varias visitas exprés a la sección de platos precocinados del supermercado.

—¿Crees que nos lo podremos comer? —preguntó echando una buena cantidad en un plato —. ¿Qué tal la mañana en la oficina?

Arrugué la cara y ella se puso de puntillas para besarme la mejilla. Al moverse y ver la quemadura de su muslo se me volvió a retorcer el estómago de la rabia y la impotencia. La aventura de aquella noche nos había marcado a los dos hasta en la piel. Inconscientemente me llevé la mano a la cicatriz y ella se apresuró a tirar por la mano y dejarme frente a la banqueta.

—¿Sabes qué? Me ha llamado Kaito justo después de que te fueras —comentó cambiando hábilmente de tema—. Me ha pasado un par de cosillas por aquí, nada grande. Pagan regular, pero ya he aceptado uno para no aburrirme.

—¿Aquí? —Asintió—¿En Strokeville? —pregunté haciéndome el tonto.

Darrell me dio un codazo y se sentó a mi lado. Me encantaba cuando se movía a mi alrededor y me llegaba su olor avainillado.

—Casi. Estoy segura de que no me llevará más de unas horas, pero por si acaso he alquilado la habitación del hotel en San Antonio para todo el fin de semana y te advierto que no pienso dormir sola —terminó apuntándome con el tenedor.

La agarré por el hombro para pegarla a mí e inhalé con ganas.

—Como si fuese a dejarte dormir —le susurré antes de sentármela encima.

28. EPÍLOGO. DARRELL.

Habían pasado más de cuatro meses, pero yo seguía sin recibir un solo dólar por haber encontrado a Blue Comet, aunque la seguradora lo tuviese bajo custodia judicial desde hacía semanas. Las excusas eran ridículas y variopintas: que el caso no estaba cerrado todavía, que la investigación seguía activa, que tenerlo en custodia judicial no era suficiente para cumplir con la cláusula del contrato que especificaba «pago contra entrega» y así un email tras otro. Kaito estaba furioso. Yo, en cambio, mucho menos de lo que debería y eso que me debían casi cien mil dólares.

Probablemente porque estaba en el mejor momento de mi vida.

Me apoyé en la encimera de la cocina observado a Kieran preparar el café con la toalla todavía enrollada en las caderas y su cara adormilada. La noche pasada se le hizo tarde porque la guardia se les complicó con un accidente de un tractor y para cuando llegó yo ya estaba durmiendo. En nuestra cama. El bíceps se le marcó al abrir la alacena y sacar la cajita para «el ritual del desayuno». En nuestra primera escapada a la ciudad lo había arrastrado hasta un Starbucks para obligarlo a probar el Caramel Macchiato que tanto echaba de menos con el pretexto de que era mi bebida favorita. *Era*. Pocos días después me encontré un café con una nota en la encimera. «Sé que no es lo mismo, pero espero que te guste. Nos vemos para comer»

Y su versión propia de mi café preferido se convirtió en mi momento favorito del día que intentaba no perderme salvo que el trabajo de uno de los dos nos lo impidiera.

El teléfono emitió un aviso y tras comprobar que era solo un email más, lo dejé boca abajo sobre la encimera. Intentaba que nada disturbase el ritual mientras me lo comía con los ojos. Kieran posó la cafetera y me miró de soslayo con un mechón rebelde tapándole la mitad de sus ojos oscuros.

—¿Es Kaito? ¿Un encargo para esta semana?

Sonreí negando con vehemencia. El domingo nos íbamos de vacaciones a la costa maya; juntar los días nos había costado demasiado esfuerzo como para que ahora me arriesgase a aceptar un encargo cualquiera y perdérmelo. Kieran había tenido que trabajar muchos días seguidos para darme el gusto de tener esta escapada, así que renunciar a un par de recuperaciones no muy importantes no me había supuesto nada.

—Me muero por volver a estar contigo en un aeropuerto.

—Y eso que te daba miedo volar —repuso elevando las cejas con elocuencia.

Me eché a reír y sentí que se me enrojecían las mejillas. Todavía me sucedía cada vez que me acordaba de aquel día.

—La última vez me distrajiste muy bien.

Kieran soltó una carcajada, dejó la taza frente a mí y me besó en la sien.

—Trevor nos ha invitado a cenar esta noche —dijo sentándose a mi lado. Su rodilla rozó mi muslo desnudo y la piel se me estremeció como de costumbre—. Solo nosotros, ellos y Jarrad. Inauguran la casa nueva.

—¿La cabaña que ha construido solo para ella? —pregunté embobada y me gané un codazo y un ceño fruncido.

—¿Envidia, canija?

Removí el café recorriendo la estancia completa con la vista. Si esa misma pregunta me la hubiesen hecho cuando me bajé del avión que me trajo hasta Texas hubiese confirmado que sí, sin dudar. Ahora, en cambio, sentía aquella casa reformada de los cincuenta más propia que el que piso quería poner a la venta en Atlanta. Kieran se había encargado de ello. Mi rostro aparecía en las paredes, mesetas y estanterías. Recuerdos nuevos mezclándose con los viejos. Junto a la fotografía con sus primos de cuando eran niños había aparecido una de gran tamaño en la que me abrazaba mientras que yo me ría y abría su regalo de navidad. Otra fotografía de un día en que llegué un poco piripi de una noche con las chicas sujeta en la nevera con un imán con forma de estrella. Y en la estantería de la entrada se había colado otra en donde aparecíamos en una comida familiar del domingo en el rancho junto con mis padres cuando por

fin se pusieron de acuerdo en venir el mismo fin de semana a conocerlo.

—No cambiaría esta casa por nada. Ya es casi mía.

Kieran me rodeó con su brazo y yo besé su tatuaje antes de separarme y tomar el primer trago disfrutando de la mezcla de su olor con el del café recién hecho.

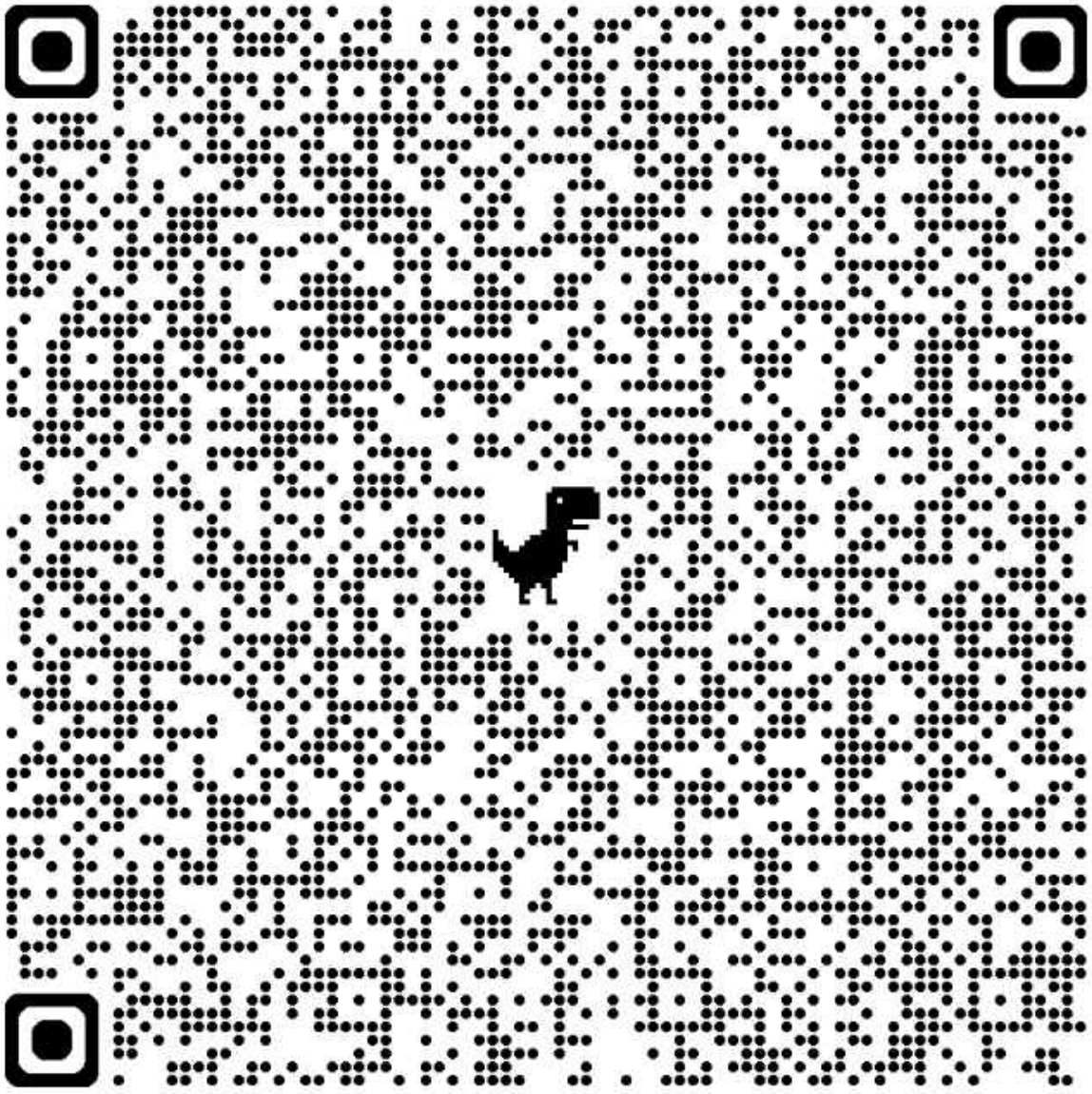
—No sé cómo te puede gustar con lo dulce que es.

Me lo quedé viendo en silencio porque por cosas como esa sabía que lo había encontrado. La vida no era perfecta, pero sí espectacular desde que le pedí que me pidiera que me quedase a su lado y cada vez estaba más segura de que había sido la decisión correcta. Había pasado de conformarme con llegar a casa y que la vida siguiera pasando a saber dónde quería estar.

En mi casa. Con mi familia.

A tener todo lo que siempre había anhelado y mucho más.

AGRADECIMIENTOS



Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace